República de Honduras
Secretaría de Educación

# Español 6

## Libro de Lectura

Se to grado

II Ciclo

**El Libro de Lectura - Español – Sexto grado de Educación Básica**, ha sido elaborado por la Universidad Pedagógica Nacional Francisco Morazán (UPNFM) y sus derechos son propiedad de la Secretaría de Estado en el Despacho de Educación de Honduras.

**Presidencia de la República**

**Secretaría de Estado en el Despacho de Educación**

**Subsecretaría de Asuntos Técnico Pedagógicos**

**Subsecretaría de Asuntos Administrativos y Financieros**

**Unidad de Coordinación de Proyectos BID - Secretaría de Educación**

Ref.

**Coordinación General - UPNFM**
Carolina Raudales Rizzo

**Coordinación Técnica-Pedagógica - UPNFM**
Maura Catalina Flores Estrada
Rosario Bueso Velásquez
Sandra Liz Irías

**Autores**
Ana Francisca Jiménez Avelares
Norma Elizabeth Varela Matamoros
Gustavo Adolfo Gonzales Cáceres
Antonia Margarita Serpa

**Gerente Pedagógico UCP/BID-SE**
Martha Patricia Rivera Girón

**Equipo Técnico Revisor UCP/BID-SE**
Vilma Xiomara Valerio, Iris Leonor Martínez
Viena Yamileth Arellano y Jorge Noel Pavón

**Equipo Técnico-Pedagógico Revisor - SE**
Neyra Gimena Paz, María Adilia Posas,
Levis Nohelia Escober, Lidia Marina López
y Martha Patricia Rivera

**Corrección y Estilo**
Ana Francisca Jiménez Avelares
Norma Elizabeth Varela Matamoros

**Portada**
Samuel Campos

**Fotografía Portada**
Escuela Oswaldo López Arellano,
Colonia Kennedy, Tegucigalpa, M.D.C.

**Diseño y Diagramación**
Ramón Enrique Maradiaga,
Luis Fernando Robles Laínez

**Ilustración**
Enrique Escher

**Equipo de Validación**
Ana Luz Carrillo,
Cecilia Martza Loza Martínez
Matilde Marizabet Alemán
Alejandrina Lemuz

**Revisión Técnico- Gráfico**
Dirección General de Tecnología Educativa - SE

**©Secretaría de Educación**
1ª Calle, entre 2ª y 4ª avenida de
Comayagüela, M.D.C., Honduras, C.A.
www.se.gob.hn
Libro de Lectura, Español, Sexto grado
Primera Edición 2015

ISBN: 978-99926-856-9-3

Se prohíbe la reproducción parcial o total de este Libro, sin el permiso de la Secretaría de Estado en el Despacho de Educación de Honduras.

**DISTRIBUCIÓN GR ATUITA – PROHIBIDA SU VENTA**

República de Honduras
Secretaría de Educación

# Español 6

## Libro de Lectura
### Sexto grado

**II Ciclo**

371.1 Secretaría de Educación
SE466 Español Libro de Lectura Sexto grado.
Tegucigalpa, Secretaría de Educación, 2015.
231p. Ilus. colors.

Bibliografía
ISBN: 798-99926-856-9-3

1.- ESPAÑOL.- LIBRO DE LECTURA.- I.- Jiménez Avelares, Norma Elizabeth y otros II.- tit.

**Nota:** Cualquier observación encontrada en este Libro, por favor escribir a la Dirección General de Tecnología Educativa de la Secretaría de Educación, para ser rectificado y mejorado en las próximas ediciones, nuestro correo electrónico es: **contacto@se.gob.hn**

# Introducción

La serie de textos de Español para estudiantes y docentes de primero a noveno grado de educación básica, representa la voluntad de la Secretaría de Estado en los Despachos de Educación, por mejorar los procesos de enseñanza aprendizaje de la lectura y escritura en la niñez y juventud hondureña.

Estos textos han sido redactados de acuerdo con las líneas metodológicas del enfoque comunicativo funcional que establece el Diseño Curricular Nacional de Educación Básica (DCNEB) hondureño; por lo que su aplicación en el aula de clases, desarrollará al máximo la competencia comunicativa de los estudiantes. Se espera, como producto, una mayor adquisición de conocimientos, destrezas, habilidades y actitudes de manera más práctica y amena.

Fundamentalmente, estos textos ofrecen una variedad de secuencias didácticas que integran los bloques de las Programaciones Educativas Nacionales: lengua oral, lectura y escritura. Cada actividad está orientada al logro de los Estándares Educativos Nacionales y al desarrollo de las habilidades lingüísticas.

En cada ciclo educativo y atendiendo la dosificación en las Programaciones Educativas Nacionales, los libros se estructuran en cuatro unidades que contienen ocho lecciones con estrategias encaminadas al logro de la competencia comunicativa. Cada unidad está planificada para desarrollarse en los períodos establecidos en las programaciones ya establecidas para cada ciclo. Las estrategias también, incorporan el contexto social y educativo hondureño; aspectos importantes que el docente debe considerar para lograr un aprendizaje significativo y funcional.

El aprovechamiento máximo de las estrategias propuestas en los textos se complementará con la creatividad y experiencia del docente en el aula de clases. Los estudiantes, como protagonistas de este complejo camino de aprendizaje de la lengua, serán motivados a desarrollar el goce por la lectura, a enriquecer su pensamiento, su juicio crítico, a crear y recrear a través de las letras.

**¡Comencemos este reto!**

# Mi libro de lectura

Mi libro de lectura constituye un recurso adicional para desarrollar el proceso de enseñanza-aprendizaje de manera eficiente y creativa. El propósito del mismo es enriquecer los ejercicios propuestos en el libro de actividades.
Cada lectura ha sido seleccionada o redactada de acuerdo con las expectativas de logro planteadas en los documentos que contienen las políticas educativas nacionales.

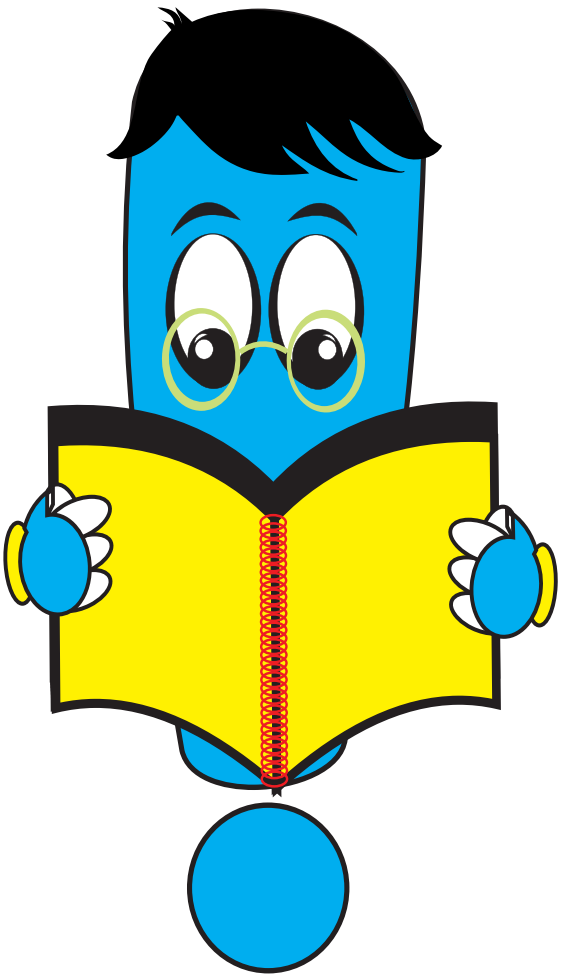
Este texto está estructurado en cuatro unidades correspondientes a los cuatro bimestres del calendario escolar establecido por la Secretaría de Educación de nuestro país.

El libro contiene 32 lecturas que se desarrollarán simultáneamente con las actividades de cada unidad distribuidas así:

- Primera unidad: febrero, marzo y abril
- Segunda unidad: mayo y junio
- Tercera unidad: julio y agosto
- Cuarta unidad: septiembre, octubre y noviembre

Aprovechar este recurso es el reto que permitirá abrir la puerta hacia la imaginación y el conocimiento.

***"El que lee mucho y anda mucho, ve mucho y sabe mucho".***
***Miguel de Cervantes***



Leer lo es todo.
La lectura me hace sentir que he logrado algo, he aprendido algo, que soy mejor persona.

Nora Ephron

# Índice

## Unidad 1


**Descripción de la unidad** ..... 1
**Lectura 1:** Cuentos, fábulas y leyendas ..... 3
**Lectura 2:** Acta de asamblea de grado ..... 15
**Lectura 3:** El Diario de Ana Frank ..... 17
**Lectura 4:** Adoro la tecnología, pero ..... 27
**Lectura 5:** Lluvia de peces en julio ..... 31
**Lectura 6:** Pastel Chabela ..... 35
**Lectura 7:** La abeja haragana ..... 49
**Lectura 8:** Negrito y el sueño ..... 61


## Unidad 2


**Descripción de la unidad** ..... 63
**Lectura 1:** Ardiente paciencia ..... 65
**Lectura 2:** La luz es como el agua ..... 71
**Lectura 3:** Lo sorprendente del universo ..... 75
**Lectura 4:** Protagonista del día Thomas Alva Edison ..... 89
**Lectura 5:** Oliver Twist ..... 95
**Lectura 6:** Guion radial ..... 101
**Lectura 7:** Los viajes de Gulliver ..... 105
**Lectura 8:** La buenaventura ..... 111

## Unidad 3

**Descripción de la unidad** ..... 133
**Lectura 1:** Simbad el marino ..... 135
**Lectura 2:** Cuentos..... 141
**Lectura 3:** El picapedrero ..... 147
**Lectura 4:** Aventuras..... 151
**Lectura 5:** Colección poética..... 159
**Lectura 6:** El lobo y los siete cabritos ..... 165
**Lectura 7:** El burrito descontento ..... 173
**Lectura 8:** La sal ..... 179

## Unidad 4

**Descripción de la unidad** ..... 181
**Lectura 1:** El sastrecillo valiente ..... 183
**Lectura 2:** Fábulas..... 191
**Lectura 3:** El maravilloso mundo de las aves..... 197
**Lectura 4:** El rótulo ..... 199
**Lectura 5:** La escuela antigua ..... 201
**Lectura 6:** Cabalgando entre sueños y realidades ..... 205
**Lectura 7:** Reflexiones..... 209
**Lectura 8:** Sembremos la paz enterrando las armas..... 225

**Bibliografía**..... 231

# Unidad 1

En esta unidad aprenderé a valorar diferentes textos, mediante la participación activa, lectura comprensiva y producción de textos como: fábulas, cartas, instructivos, agendas, actas de asamblea de grado y artículos de opinión.
Utilizaré adecuadamente la gramática y la ortografía en la producción de textos en forma individual y en equipo valorando continuamente mi aprendizaje.

## Indicadores de logro

- Comprende ideas globales, secundarias e inferenciales de la fábula, leyenda y artículos de opinión.
- Redacta cartas y reconocen su estructura.
- Produce textos narrativos de acuerdo con las normas de la gramática.
- Participa en contextos comunicativos formales como oyente y hablante.

## Contenido de la unidad

- **Lectura 1:** Cuentos, fábulas y leyendas
- **Lectura 2:** Acta de asamblea de grado
- **Lectura 3:** El Diario de Ana Frank
- **Lectura 4:** Adoro la tecnología, pero...
- **Lectura 5:** Lluvia de peces en julio
- **Lectura 6:** Pastel Chabela
- **Lectura 7:** La abeja haragana
- **Lectura 8:** Negrito y el sueño

## El pajarito y el mono

Un día que el mono andaba en busca de comida por el monte, se subió a una rama y, botó a un pajarito que se encontraba en su nido, él al verlo, bajó rápidamente, pero, cuando lo tuvo entre sus manos, vio que estaba muy flaco y dijo:

-¡Aah!, eres muy pequeño, no tienes mucha carne. Así como estás no me sirves para nada, lo que haré es criarte para que cuando crezcas te pueda comer.

Así lo hizo, se lo llevó para criarlo en su casa.

Cuando llegó el día de comérselo, el mono sacó al pajarito de la jaula, lo preparó y a punto estaba de meterlo en su boca, cuando el pajarito le preguntó:

-Y... ¿me vas a comer?...
-Sí, ¿por qué no he de hacerlo? Para eso te crie durante mucho tiempo.

-En ningún momento pasó por tu mente, ¿por qué me encontraba tan flaco?

-No, en ningún momento... ¿por qué lo preguntas? -dijo el mono, mientras se rascaba la cabeza.

-No vez que tengo una enfermedad muy mala, si tú me comes te puedo contagiar, además, debes saber que esta enfermedad no tiene curación y mata de manera rápida- y para ver si lo asustaba más le siguió diciendo otras cosas-. Lo que te va a matar es la pura tristeza. Veas lo que veas, escuches lo que escuches, todo te causará tristeza y te pondrás a llorar y de tanto llorar te irás poniendo flaco hasta que mueras.

-¿Es cierto lo que me estás diciendo? preguntó el mono mientras tragaba saliva.

-Si piensas que te estoy engañando, cómeme, pero sólo un rato me vas a disfrutar, porque no tardarás en morir de tristeza y de llanto.

Esto último hizo que dudara el mono. En ese momento -¡ay, ay!, dijo el pajarito y se desplomó- me estoy mareando, me voy a ...mo...rir-.

Cuando el mono vio que se desplomaba lo aventó. En ese preciso momento, el pajarito emprendió el vuelo “pok, pok, pok, pok, pok,” y se fue.

-¡Hijo del demonio!, ya me engañaste dijo enojado el mono. Mientras volaba el pajarito, el mono lo siguió con la vista y lamiéndose el hocico se quedó con las ganas de comérselo.

Cuando pasé por ahí, el tigre tenía apresado al mono y éste le decía:

-No, no me comas, no ves que tengo una enfermedad muy rara, si tú me comes te puedo contagiar...

Moraleja: No menosprecies a nadie por pequeño que sea o parezca, su inteligencia puede ser muy grande.

# El hombre de los caites

Era el verano del año 1998 y en la casa de Amílcar Mejía y de su esposa Corina reinaba la felicidad. Ella era muy cariñosa y él, un esposo ejemplar. Tenían un niño llamado Wilfredo, a quien todos le decían Wilito por cariño.

Era insoportable, andaba de un lado para otro y cuando se reunía con otros niños se volvía terrible. A sus diez años estaba en sexto grado y aunque era buen alumno jugaba mucho en clases; por lo los maestros le llamaban la atención y notificaban a sus padres para que lo corrigieran.

Poco a poco y con los consejos de la mamá fue cambiando en la escuela. Fue así como un día lo llevaron a la iglesia católica a prepararse para hacer la primera comunión. El niño estudió el catecismo con una señora que pertenecía a la Legión de María, un grupo de mujeres devotas de la Virgen María. El día de la primera comunión iba vestido de blanco y con guantes. Los vecinos dijeron:
—Miren que guapo se ve Wilito de blanco, parece un príncipe.

El niño sonreía con los comentarios. El acto fue solemne en la santa iglesia catedral de Comayagua. Niños y niñas desfilaron ante el altar mayor para recibir la primera comunión. La fiesta en la casa de Wilito fue muy alegre, le llevaron regalos, sorpresas y sobre todo el amor de la familia. Amílcar, el padre del niño, era aficionado a la pesca en el río. Se iba con sus amigos y no dejaba de llevar a su pequeño hijo para que fuera aprendiendo a sacar guapotes en el río Humuya. Acostumbraban llevar una hielera grande con refrescos y comida, iban en dos carros de paila, doble cabina, y siempre regresaban con buenas piezas. A veces se iban de pesca desde el sábado para regresar el domingo y llevaban tiendas de campaña, pero lo que más le gustaba al niño era quedarse en el campo en la orilla del río con su papá y sus amigos. Por la noche encendían una fogata y a veces cocinaban algunos pescados de los que habían atrapado durante el día.

Me vas a hacer vago al cipote, Amílcar —se rio Corina—, solo habla de pescar, de los sanguches que se comieron, de los refrescos, del pescado frito con tomate y cebolla... en fin, solo eso tiene en la boca.
—Vieras como pesca. Se ha convertido en un experto. El otro día, solo él sacó seis guapotes grandes. Nos dejó ahuevados a todos, ja, ja, ja.

Un viernes llegó uno de los amigos a decirle que desde el sábado iban a ir a pescar al Lago de Yojoa, que lo tenían todo listo, hasta el lugar donde iban a pasar la noche. El niño se entusiasmó y dijo:
—Al fin me vas a llevar al lago, papá. Acordate que no conozco.
—Claro que sí —dijo Amílcar—. Ahí vamos a pescar en un bote y otras veces desde la orilla, allá donde el lago llega al departamento de Santa Bárbara.
Cuando Wilito les contó a sus compañeros que iba el fin de semana a pescar en el Lago de Yojoa, todos lo rodearon. Algunos ya conocían el lago de pasada, pero nunca habían ido de pesca con sus papás. Estaban fascinados por el viaje que emprendería su compañero y le desearon buena suerte y muchos peces.

Llegó el día esperado. Esta vez iban en tres vehículos de paila repletos de cosas, cañas y anzuelos para pescar. El entusiasmo era general. Al llegar al lago se instalaron en un pequeño hotel que habían contratado, alquilaron lanchas y muy contentos se fueron instalando en sus puestos para pescar. Will y su padre estaban juntos, cordel en mano. Los que iban en la primera lancha gritaron entusiasmados;

—Deténganse aquí. Están picando. Juan acaba de sacar un pescado tamaño pipa, acérquense.
Tuvieron suerte. Había un banco de peces en el sitio donde colocaron las lanchas. Wilito, como de costumbre, sacó varios peces. Cuando ya no picaban decidieron ir a Santa Bárbara, ya que, por informes de dos pescadores del lago que andaban con ellos, ahí había buena pesca. A lo lejos se miraban unas pequeñas casas en el sitio señalado por los pescadores. Como lo habían afirmado, ahí había buena pesca. Cada pez que sacaban lo echaban en una enorme hielera que habían instalado en una lancha.
—Se me pegó un grandote —dijo el niño—, ¿qué hago, papá?
—Lucha con él. Ese sí parece que es grande. Cuando no aguantes dejas el cordel para sacarlo yo. No, papá, voy a sacar ese animal, no me va a dominar.

—El que guiaba la lancha hizo una maniobra para facilitarle la pesca al niño, con tan mala suerte que este cayó al agua y no sabía nadar.
—¡El niño se cayó al agua!
Lo vieron desaparecer. Varios hombres se lanzaron al agua y no pudieron hacer nada. De repente uno de ellos gritó.
—¡Allá, allá en la orilla! ¡Un hombre lo sacó y está vivo!
Todos se alegraron y se fueron en sus lanchas a la orilla. El niño, asustado, dijo:
—Me salvó ese señor de caites, papá. Él me salvó.
Los vecinos habían salido de sus casas al escuchar que los hombres se lanzaban al agua y luego rodearon al niño. Una anciana dijo:
—Lo salvó Chico, el hombre de los caites.
—¿Y quién es ese señor para agradecérselo?
—Don Chico se ahogó en esas aguas hace cinco años, pero siempre aparece cuando hay una persona en peligro.
En esa ocasión salvó la vida de un niño llamado Wilito.
Todos enmudecieron. Nadie dijo nada. Regresaron a las lanchas y luego a Comayagua, donde contaron esta increíble historia.

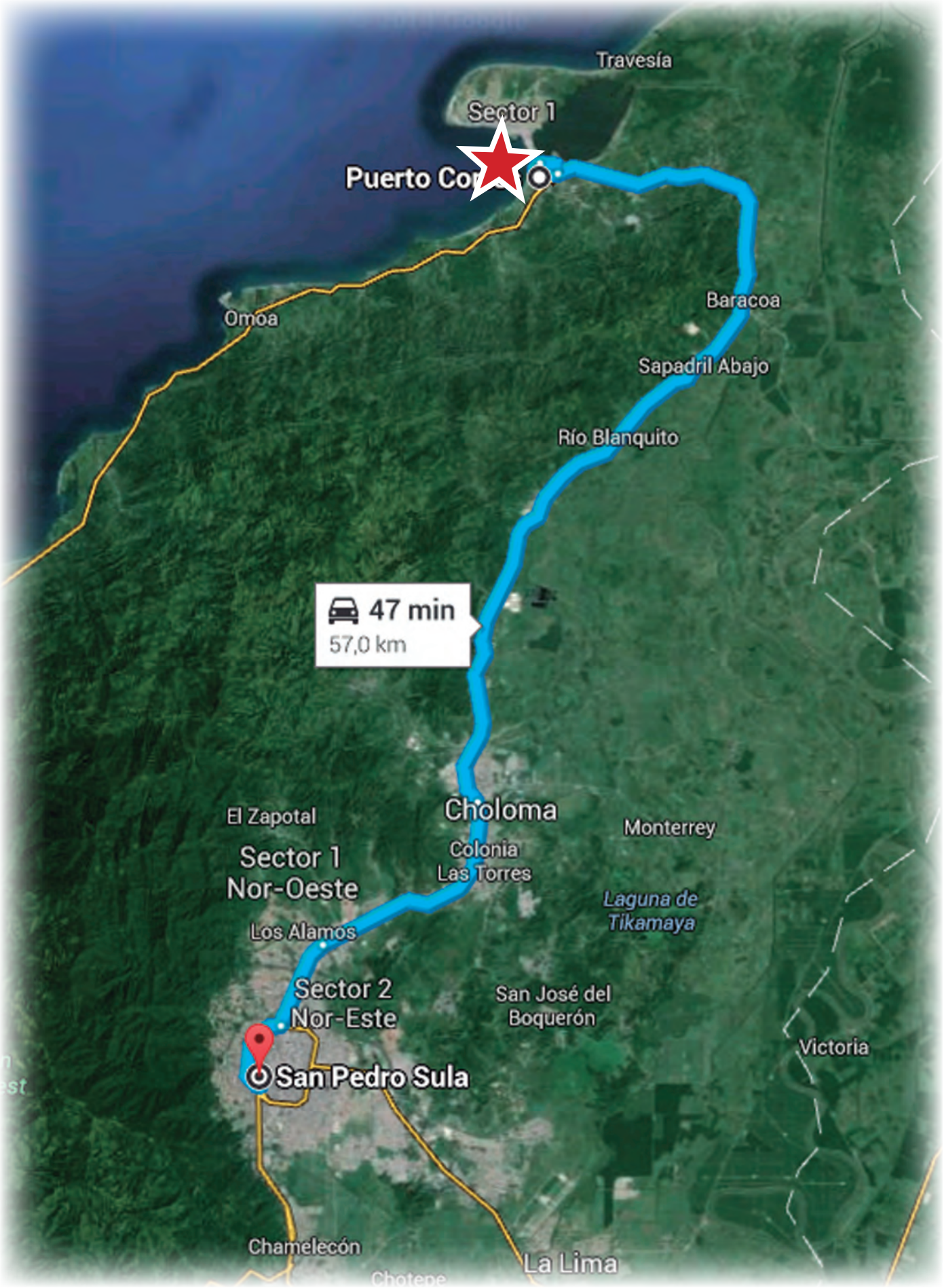
*Jorge Montenegro*
*(Hondureño)*

## ¿Qué sucedió en la carretera?

Un grupo de estudiantes había llegado a Puerto Cortés para disfrutar de sus vacaciones en la playa, se trataba de seis buenos amigos y compañeros de estudios que habían ahorrado para poder divertirse en aquella ocasión.

Se entretuvieron durante la tarde del primer día que llegaron; metidos en las aguas del mar, jugando con una pelota y haciendo castillos de arena.

Fueron tres días de plenas vacaciones, tres días en que los muchachos supieron divertirse sanamente. Virgilio era el mayor de todos, tenía 22 años de edad, era quien conducía el vehículo en el que se transportaban y fue el que al llegar la tarde los reunió a todos para que tomaran sus cosas y las depositaran en el auto con el propósito de no olvidar nada.


Travesía
Sector 1
Puerto Cor
Omoa
Baracoa
Sapadril Abajo
Río Blanquito
47 min
57,0 km
El Zapotal
Choloma
Monterrey
Sector 1
Nor-Oeste
Colonia
Las Torres
Laguna de
Tikamaya
Los Alamos
Sector 2
Nor-Este
San José del
Boquerón
Victoria
San Pedro Sula
Chamelecón
La Lima
Chotepe

“Vamos a salir a las seis de la tarde -dijo Virgilio, aprovecharemos que el clima se pone fresco”. Sus compañeros estuvieron de acuerdo y a las seis en punto salieron de Puerto Cortés rumbo a la Ciudad del Adelantado (San Pedro Sula).

Habían recorrido unos 15 kilómetros cuando se desinfló una de las llantas delanteras; estacionaron el auto a un lado de la carretera y colocaron el gato, se disponían a poner la llanta de repuesto cuando vieron que se acercaba un anciano. El hombre llegó cuando acababan de cambiar la llanta: “Hola muchachos -dijo- ¿Tuvieron mala suerte con la llanta, verdad?”.

Todos asintieron con la cabeza, el viejo siguió hablando: “¿No han escuchado ustedes que en esta carretera ocurren cosas extrañas? Vale más que los encontré para avisarles para que vayan con cuidado.

-¡Ah!, otro consejo muchachos, no se vayan a parar en la carretera pase lo que pase. Que tengan un buen viaje”. Emprendieron de nuevo la marcha comentando lo del anciano. -“Ese viejo está loco muchachos, la edad hace que muchas personas hablen brutadas”. Todos se rieron de lo que dijo Saúl, el menor de ellos, luego Virgilio remató: -“Ese don no sólo está loco, sino que a lo mejor se escapó del manicomio.

Estamos aburridos de viajar por esta carretera y lo único que hemos visto en raras ocasiones han sido accidentes automovilísticos que no han sido de gravedad. De todos modos, pobre viejo, además, no hablemos mal de él porque todos vamos para viejos”.

La tarde comenzó a declinar, las primeras sombras se dibujaban en los cerros y las colinas que bordeaban la carretera, un aire agradable soplaba en ese momento, para disfrute de los estudiantes.

Se aproximaban a una aldea cuando de repente un hombre atravesó la vía, siendo atropellado por el vehículo; las llantas quedaron “pintadas” en el pavimento debido al tremendo frenazo.

Los muchachos bajaron inmediatamente para auxiliar al hombre atropellado, pero no estaba frente al auto y pensaron lo peor: “Debe estar debajo del carro completamente aplastado”.

Dos de los estudiantes se tendieron en el suelo para reanudar la marcha, Virgilio encendió la máquina visiblemente nervioso: “Yo lo vi cuando lo levanté en el aire, no es posible que haya desaparecido así nomás, esto es muy extraño”.

De nuevo comentaron las palabras del viejo: “Él dijo que pasara lo que pasara, no detuvieramos la marcha y fue lo primero que hicimos”. La noche los sorprendió en el camino, iban en silencio recordando el incidente, muy nerviosos y con los ojos clavados en la carretera.

Roberto, otro de los muchachos, sugirió: “¿por qué no cantamos? Alegrémonos durante lo que nos falta del camino de regreso a San Pedro. ¿Cuál nos echamos? Inmediatamente improvisaron un coro desafinado para darse valor: “Estas son las mañanitas que cantaba el rey David...”.

Iban muy alegres cantando corridos mexicanos, olvidando completamente al viejo y al

hombre que atropellaron, platicaron de las novias, de las compañeras que les gustaban, de armar un nuevo paseo, de ir al puerto de Tela o a las lindas playas de Trujillo y muchos planes más para un futuro cercano.

Saúl dijo: “Bueno, si queremos hacer lo que venimos platicando desde mañana hay que comenzar a ahorrar y ‘chambiar’ para poder tener el pisto que necesitamos”. Sus compañeros lo aplaudieron con entusiasmo.

Faltaban pocos kilómetros para llegar a San Pedro Sula, cuando por los focos del auto vieron que en medio de la carretera venía caminando un hombre hacia ellos. “Agárrense -gritó Virgilio-, ese hombre viene borracho”. De inmediato frenó bruscamente y todos vieron con claridad que atropellaban al viejo que habían visto al salir de Puerto Cortés. Gritaron aterrados.

El golpe fue tremendo, el anciano fue suspendido y lanzado a varios metros de distancia frente al automóvil. Con las luces encendidas del vehículo corrieron hacia el anciano atropellado y no lo encontraron, había desaparecido misteriosamente. Cuando se dieron cuenta de que era imposible que ese hombre les hubiera aparecido antes de llegar a la ciudad, subieron apresurados y Virgilio no paró hasta llegar a San Pedro.

Cuentan que todos enfermaron de gravedad y que Saúl murió de pánico. Cuando contaron lo sucedido en sus hogares comprobaron que habían sido señalados por un maligno que había sorprendido a otras personas en la carretera entre San Pedro Sula y Puerto Cortés.

“No vayan a parar en la carretera, pase lo que pase.”

*Jorge Montegro*

*(Hondureño)*

# Lectura 2 Acta de asamblea de grado

Reunidos todos los alumnos y alumnas del sexto grado sección “U” en el aula de clases de nuestra escuela, el día viernes 06 de abril del presente año, con el propósito de organizarnos para colaborar con la protección del medio ambiente y el manejo de la basura en nuestra escuela.

Después de dar a conocer el propósito de la asamblea mediante la lectura de la agenda y recordar las normas de participación, se dio por iniciada la asamblea a las 10:00 a.m. con la asistencia de todos los alumnos.
Andrea, la coordinadora del grado hizo la apertura de la asamblea y recordó que la participación debe centrarse en el tema a discutir.

La compañera Cecilia pidió la palabra y dijo que es muy importante que todos colaboremos, ya que el corte de muchos árboles de la comunidad ha hecho que las ardillas y pájaros que nos alegraban se extinguieran.

El compañero Marcos, dijo que es cierto, que antes escuchábamos el canto de los pájaros en la escuela, pero pregunta cómo vamos hacer si son personas mayores los que talan los árboles.

Susana propuso que se hagan pancartas y se coloquen afuera de la escuela, o que los padres se reúnan, para que digan cómo pueden ayudar también en la solución al problema de almacenamiento de la basura, en algunas partes de la comunidad.
Juan, dijo que además de las pancartas, se puede pedir a las autoridades de la comunidad: patronato, centro de salud y alcaldía municipal que se reúnan y hablen con las personas de la comunidad en el control de corte de árboles.

La coordinadora del grado solicitó que propusieran, cómo deseaban participar para cuidar del medio ambiente y realizar el tratamiento de la basura en la escuela y la comunidad, para evitar que nos enfermemos y además que el ambiente se ve muy desagradable.
También dijo que el director y la maestra quieren que nos involucremos en la actividad de forma inmediata.
María propuso que se hiciera la campaña con todos los alumnos y alumnas de la escuela y seleccionar de cada grado para que se involucren más directamente en la actividad, la cual se puede llamar "guardianes del ambiente "y debe comenzar a partir del día siguiente de la asamblea.
Carlos dijo que la idea está bien, pero que deben existir equipos de vigilancia coordinados por alumnos de cuarto, quinto y sexto grados.

Todos estuvieron de acuerdo con la propuesta quedando organizados para las acciones siguientes:

1. Solicitar al Director y a cada maestro la selección de alumnos para que participen como guardianes del ambiente.
2. Escribir pancartas alusivas a la protección del medio ambiente y hacer reuniones cada dos semanas para evaluar.
3. Hacer campañas de limpieza para mantener un ambiente sano.
4. Hacer actividades económicas para la compra de basureros y utilizarlos de acuerdo al tipo de basura.
5. Realizar limpieza en los predios de la escuela y alrededores.

Al final se acordó que se controlará la participación de cada compañero o compañera, a través de los coordinadores de cada comité. De las dos primeras acciones se encargarán la directiva del grado.
También se acordó que la próxima sesión se realizará el viernes 20 de abril a la misma hora.
La sesión se cerró a las 12:00 m.

Firmas:

Presidente: Marta Rondales Secretaria: Susana

Lectura 3

# Diario de Ana Frank
(Fragmento)

Todo comenzó un día miércoles siendo uno de los meses más calurosos de Frankfurt, Alemania y para ser precisos el gran acontecimiento fue a la mitad del año 1929. Era el fin de la espera, al fin la hora, día, segundo, que debería llegar la niña que añoraban, pero eso marcaba lo mejor, el inicio de la felicidad para Margot, ya que dejaría de ser la hija única, para desempeñar el papel más importante, que tendría que ejecutar como la hermana mayor. Esa que tiene la obligación de servir de ejemplo a sus menores, de sobresalir en los estudios y de actuar de acorde a los valores con los que se le han educado y que ahora deberán fomentar en la pequeña que acaba de nacer un doce de junio. Mismo día en que nació la esposa del expresidente de Estado Unidos de Norte América, Jonh F. Kennedy.

Anneliesse Marie  Frank era una niña que vivía rodeada de amor y de un ambiente intelectual, ello se refleja que para conmemorar su cumpleaños le obsequiaban libros, los que devoraba con premura. Sin embargo, a pesar de tener alrededor de treinta amigos, no consideraba que todos ellos cumplieran con los requisitos para serlo, ya que de una forma u otra carecían de actitudes que la llevaran hacia un mundo de intimidad.

Con tan solo trece años y asistiendo al colegio Anna Frank decidió comenzar a escribir un diario. Por su edad, no consideraba que iba a ser de tanta importancia, debido a la situación que rodeaba esa época pero al cual esperaba confiarle todo y de esa forma que le sirviera de apoyo para soportar lo que le sucedía a su temprana edad.

Por razones de trabajo por parte de su padre,  Anna Frank fue enviada en febrero a vivir a Holanda con su abuela. Es ahí donde logra ingresar a liceo judío. Pero transcurrido un corto tiempo, la hermosa Ana que atraía miradas de los chicos del colegio se fue ilusionando con Peter. Un joven que la acompañaba de regreso a casa y que frecuentaba el hogar de la joven que dejo un día de ser una niña.

Los padres de Ana eran únicos, ya que no se interesaban por un número colocado como calificación al buen desempeño obtenido en el año escolar, si no que su única preocupación era el bienestar emocional de sus hijas. Como en la vida no existe la felicidad y si algún día este sentimiento existió, Ana Frank no la conoció por mucho tiempo, es aquí donde comienza su tragedia.

Sábado 20 de junio de 1942

Querida Kitty:

En casa está todo tranquilo. Papá y mamá han salido y Margot ha ido a jugar el ping-pong con unos chicos en casa de su amiga Trees. Yo también juego mucho al ping-pong últimamente, y hasta fundamos un club con cinco jugadoras.

A todas nos encanta el helado, sobre todo en verano, y jugando al ping-pong nos acaloramos mucho; por eso nuestros partidos suelen terminar en una visita a alguna de las heladerías más próximas abiertas a los judíos, como Oase o Delphi. No nos molestamos en llevar nuestros monederos. Oase está generalmente tan concurrido, que entre los presentes siempre hay algún señor dadivoso, perteneciente a nuestro amplio círculo de amistades, o algún admirador, que nos ofrece más helado del que podríamos tomar en toda una semana.

Basta por hoy. Ya hemos sentado las bases de nuestra amistad. ¡Hasta mañana!

Tu Ana

Miércoles, 8 de julio de 1942

Querida Kitty:

Desde la mañana del domingo hasta ahora parece que hubieran pasado años. Han pasadotantas cosas que es como si de repente el mundo estuviera patas arriba, pero ya ves, Kitty: aún estoy viva, y eso es lo principal, como dice papá. Sí, es cierto, aún estoy viva, pero no me preguntes dónde ni cómo. Hoy no debes de entender nada de lo que te escribo, de modo que empezaré por contarte lo que pasó el domingo por la tarde.

A las tres de la tarde –Helio acababa de salir un momento, luego volvería– alguien llamó a la puerta. Yo no lo oí, ya que estaba leyendo en una tumbona al sol en la galería. Al rato apareció Margot toda alterada por la puerta de la cocina.

–Ha llegado una citación de la SS para papá –murmuró–. Mamá ya ha salido para la casa de Van Daan. (Van Daan es un amigo y socio de papá.)
Me asusté muchísimo. ¡Una citación! Todo el mundo sabe lo que eso significa. En mi mente se me aparecieron campos de concentración y celdas solitarias. ¿Acaso íbamos a permitir que a papá se lo llevaran a semejantes lugares?
–Está claro que no irá –me aseguró Margot cuando nos sentamos a esperar en el salón a que regresara mamá–. Mamá ha ido a preguntarle a Van Daan si podemos instalarnos en nuestro escondite mañana. Los Van Daan se esconderán con nosotros. Seremos siete.

Silencio. Ya no podíamos hablar. Pensar en papá, que sin sospechar nada había ido al asilo judío a hacer unas visitas, esperar a que volviera mamá, el calor, la angustia, todo ello junto hizo que guardáramos silencio. De repente llamaron nuevamente a la puerta. –Debe de ser Helio –dije yo.

–No abras –me detuvo Margot, pero no hacía falta, oímos a mamá y al señor Van Daan abajo hablando con Helio. Luego entraron y cerraron la puerta. A partir de ese momento, cada vez que llamaran a la puerta, una de nosotras debía bajar sigilosamente para ver si era papá; no abriríamos la puerta a extraños. A Margot y a mí nos hicieron salir del salón;

Van Daan quería hablar a solas con mamá.

Una vez en nuestra habitación, Margot me confesó que la citación no estaba dirigida a papá, sino a ella. De nuevo me asusté muchísimo y me eché a llorar. Margot tiene dieciséis años. De modo que quieren llevarse a chicas solas tan jóvenes como ella... Pero por suerte no iría, lo había dicho mamá, y seguro que a eso se había referido papá cuando conversaba conmigo sobre el hecho de escondernos.

Escondernos... ¿Dónde nos esconderíamos? ¿En la ciudad, en el campo, en una casa, en una cabaña, cómo, cuándo, dónde? Eran muchas las preguntas que no podía hacer, pero que me venían a la mente una y otra vez.

Margot y yo empezamos a guardar lo indispensable en una cartera del colegio. Lo primero que guardé fue este cuaderno de tapas duras, luego unas plumas, pañuelos, libros del colegio, un peine, cartas viejas... Pensando en el escondite, metí en la cartera las cosas más estúpidas, pero no me arrepiento, me importan más los recuerdos que los vestidos.

A las cinco llegó por fin papá. Llamamos por teléfono al señor Kleiman, pidiéndole que viniera esa misma tarde. Van Daan fue a buscar a Miep. Miep vino, y en una bolsa se llevó algunos zapatos, vestidos, chaquetas, ropa interior y medias, y prometió volver por la noche. Luego hubo un gran silencio en la casa: ninguno de nosotros quería comer nada, aún hacía calor y todo resultaba muy extraño.

La habitación grande del piso de arriba se la habíamos alquilado a un tal Goldschmidt, un hombre divorciado de treinta y pico, que por lo visto no tenía nada que hacer, por lo que se quedó matando el tiempo hasta las diez con nosotros en el salón, sin que hubiera manera de hacerle entender que se fuera.

A las once llegaron Miep y JanGies. Miep trabaja desde 1933 para papá y se ha hecho íntima amiga de la familia, al igual que su flamente marido Jan. Nuevamente desaparecieron zapatos, medias, libros y ropa interior en la bolsa de Miep y en los grandes bolsillos del abrigo de Jan, y a las once y media también desaparecieron ellos mismos.

Estaba muerta de cansancio, y aunque sabía que sería la última noche en que dormiría en mi cama, me dormí en seguida y no me desperté hasta las cinco y media de la mañana, cuando me llamó mamá. Por suerte hacía menos calor que el domingo; durante todo el día cayó una lluvia cálida. Todos nos pusimos tanta ropa que era como si tuviéramos que pasar la noche en un frigorífico, pero era para poder llevarnos más prendas de vestir. A ningún judío que estuviera en nuestro lugar se le habría ocurrido salir de casa con una maleta llena de ropa. Yo lleva a puestas dos camisetas, tres pantalones, un vestido, encima una falda, una chaqueta, un abrigo de verano, dos pares de medias, zapatos cerrados, un gorro, un pañuelo y muchas cosas más; estando todavía en casa ya me entró asfixia, pero no había' más remedio.

Margot llenó de libros la cartera del colegio, sacó la bicicleta del garaje para bicicletas y salió detrás de Miep, con un rumbo para mí desconocido. Y es que yo seguía sin saber cuál era nuestro misterioso destino.

A las siete y media también nosotros cerramos la puerta a nuestras espaldas. Del único del que había tenido que despedirme era de Moortje, mi gatito, que sería acogido en casa de los vecinos, según le indicamos al señor Goldschmidt en una nota.

Las camas deshechas, la mesa del desayuno sin recoger, medio kilo de carne para el gato en la nevera, todo daba la impresión de que habíamos abandonado la casa atropelladamente. Pero no nos importaba la impresión que dejáramos, queríamos irnos, sólo irnos y llegar a puerto seguro, nada más.
Seguiré mañana.

Tu Ana

La vida de la familia Frank fue dolorosa, debido a que se encontraban en un lugar, en el cual nadie puede visitarlos y los que lo hacen tiene temor hacer atrapados por la Gestapo (policía secreta alemana), se debe tener valentía para soportar el encierro y valor para no mostrarse derrumbada ante las calamidades en las que se encuentra, la familia, desde que los nazis y la guerra comenzaron atacar a los judíos.

La decisión de los Nazi de llevar a la práctica el genocidio fue tomada en verano y principios de otoño de 1941, tiempo en el que Ana Frank disfrutaba de su vida con tranquilidad. Un año más tarde 1942 vive con la familia de Peter en el escondite del cual no se puede huir de otra forma que no sea a través de su diario, contándole a Kitty todo lo que piensa, siente y necesita.

Una de las salidas o medio de distracción cercanos al nuevo mundo que habitan los siete inquilinos judíos, es la lectura, sin embargo muchos de esos libros no son adecuados para la edad de Margot y Peter, por lo que deben de arriesgarse y acudir a estrategias que les permitan distraerse y simultáneamente conocer lo que las paredes de los Nazi no les permiten aprender.

Lunes, 21 de septiembre de 1942

Querida Kitty:

Hoy te comunicaré las noticias generales de la Casa de atrás. Por encima de mi diván hay una lamparita para que pueda tirar de una cuerda en caso de que haya disparos. Sin embargo, de momento esto no es posible, ya que tenemos la ventana entornada día y noche.

La sección masculina de la familia Van Daan ha fabricado una despensa muy cómoda, de madera barnizada y provista de mosquiteros de verdad. Al principio habían instalado el armatoste en el cuarto de Peter, pero para que esté más fresco lo han trasladado al desván.

En su lugar hay ahora un estante. Le he recomendado a Peter que allí ponga la mesa, con un bonito mantel, y que cuelgue el armarito en la pared, donde ahora tiene la mesa. Así, aún puede convertirse en un sitio acogedor, aunque a mí no me gustaría dormir ahí.

La señora Van Daan es insufrible. Arriba me regañan continua mente porque hablo sin parar, pero yo no les hago caso. Una novedad es que a la señora ahora le ha dado por negarse a fregar las ollas. Cuando queda un poquitín dentro, en vez de guardarlo en una fuente de vidrio deja que se pudra en la olla. Y si luego a Margot le toca fregar muchas ollas, la señora le dice:
–Ay Margot, Margotita, ¡cómo trabajas! El señor Kleiman me trae cada quince días algunos libros para niñas. Me encanta la serie de libros sobre Joop ter Heul, y los de Cissy van Marxveldt por lo general también me gustan mucho. Locura de verano me lo he leído ya cuatro veces, pero me siguen divirtiendo mucho las situaciones tan cómicas que describe.

Con papá estamos haciendo un árbol genealógico de su familia, y sobre cada uno de sus miembros me va contando cosas.

Ya hemos empezado otra vez los estudios. Yo hago mucho francés, y cada día me machaco la conjugación de cinco verbos irregulares. Sin embargo, he olvidado mucho de lo que aprendí en el colegio.

Peter ha encarado con muchos suspiros su tarea de estudiar inglés. Algunos libros acaban de llegar; los cuadernos, lápices, gomas de borrar y etiquetas me los he traído de casa en grandes cantidades.Pim (así llamo cariñosamente apapá) quiere que le demos clases de holandés. A mí no me importa dárselas, en compensación por la ayuda que me da enfrancés y otras asignaturas. Pero no te imaginas los errores garrafales que comete. ¡Son increíbles!A veces me pongo a escuchar Radio Orange3; hace poco habló el príncipe Bernardo, quecontó que para enero esperan el nacimiento de un niño. A mí me encanta la noticia, pero en casa no entienden mi afición por la Casa de Orange4.

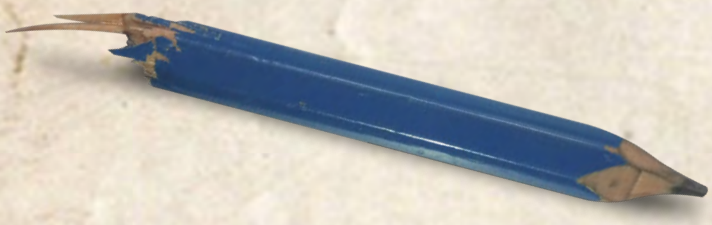
Hace días estuvimos hablando de que todavía soy muy ignorante, por lo que al díasiguiente me puse a estudiar como loca, porque no me apetece para nada tener que volveral primer curso cuando tenga catorce o quince años. En esa conversación también sehabló de que casi no me permiten leer nada. Mamá de momento está leyendo Hombres,mujeres y criados, pero a mí por supuesto no me lo dejan leer (¡a Margot sí!); primerotengo que tener más cultura, como la sesuda de mi hermana. Luego hablamos de mi ignoranciaen temas de filosofía, psicología y fisiología (estas palabras tan difíciles hetenido que buscarlas en el diccionario), y es cierto que de eso no sé nada. ¡Tal vez el año que viene ya sepa algo!

He llegado a la aterradora conclusión de que no tengo más que un vestido de manga largay tres chalecos para el invierno. Papá me ha dado permiso para que me haga un jersey delana blanca. La lana que tengo no es muy bonita que digamos, pero el calor que me dé mecompensará de sobras. Tenemos algo de ropa en casa de otra gente, perolamentablemente sólo podremos ir a recogerla cuando termine la guerra, si es que paraentonces todavía sigue allí.Hace poco, justo cuando te estaba escribiendo algo sobre ella, apareció la señora VanDaan. ¡Plaf!, tuve que cerrar el cuaderno de golpe.

–Oye, Ana, ¿no me enseñas algo de lo que escribes?
–No, señora, lo siento.
–¿Tampoco la última página?
–No, señora, tampoco.

Menudo susto me llevé, porque lo que había escrito sobre ella justo en esa página no eramuy halagüeño que digamos.Así, todos los días pasa algo, pero soy demasiado perezosa y estoy demasiado cansada para escribírtelo todo.

Tu Ana



Viernes, 24 de diciembre de 1943

Querida Kitty:

Ya te he escrito sobre lo mucho que todos aquí dependemos de los estados de ánimo, y creo que este mal está aumentando mucho últimamente, sobre todo en mi; en la más alta euforia me encuentro cuando pienso en lo bien que estamos aquí, comparado con la suerte que corren otros jóvenes judíos, y la más profunda aflicción me viene, por ejemplo, cuando ha venido de visita la señora Kleima y nos ha hablado del club de hockey de Jopie, de sus paseos en piragua, de sus representaciones teatrales y los tés con sus amigas.

No creo que envidie a Jopie, pero si me da un ansia enorme de poder salir a divertirme como una loca y reírme hasta que me duela la tripa. Sobre todo ahora que en invierno, con las fiestas de Navidad y Año Nuevo, estamos aquí encerrados como parias, aunque ya sé que no debo escribir estas palabras, porque parecería que soy una desgraciada, pero no puedo guardármelo todo.

Créeme, cuando llevas un año y medio encerrada, hay días en que ya no puedo más. Entonces ya no cuentan la justicia ni la ingratitud; los sentimientos no se dejan ahuyentar. Montar en bicicleta, bailar, silbar, mirar el mundo, sentirme joven, saber que soy libre, eso es lo que anhelo, y sin embargo no puedo dejar que se me note, porque imagínate que todos empezáramos a lamentarnos o pusiéramos caras largas.

Al escribirte se me ha pasado un poco de mi <<más profunda aflicción>>.

Tu Ana

*Ana Frank*
*(Alemana)*

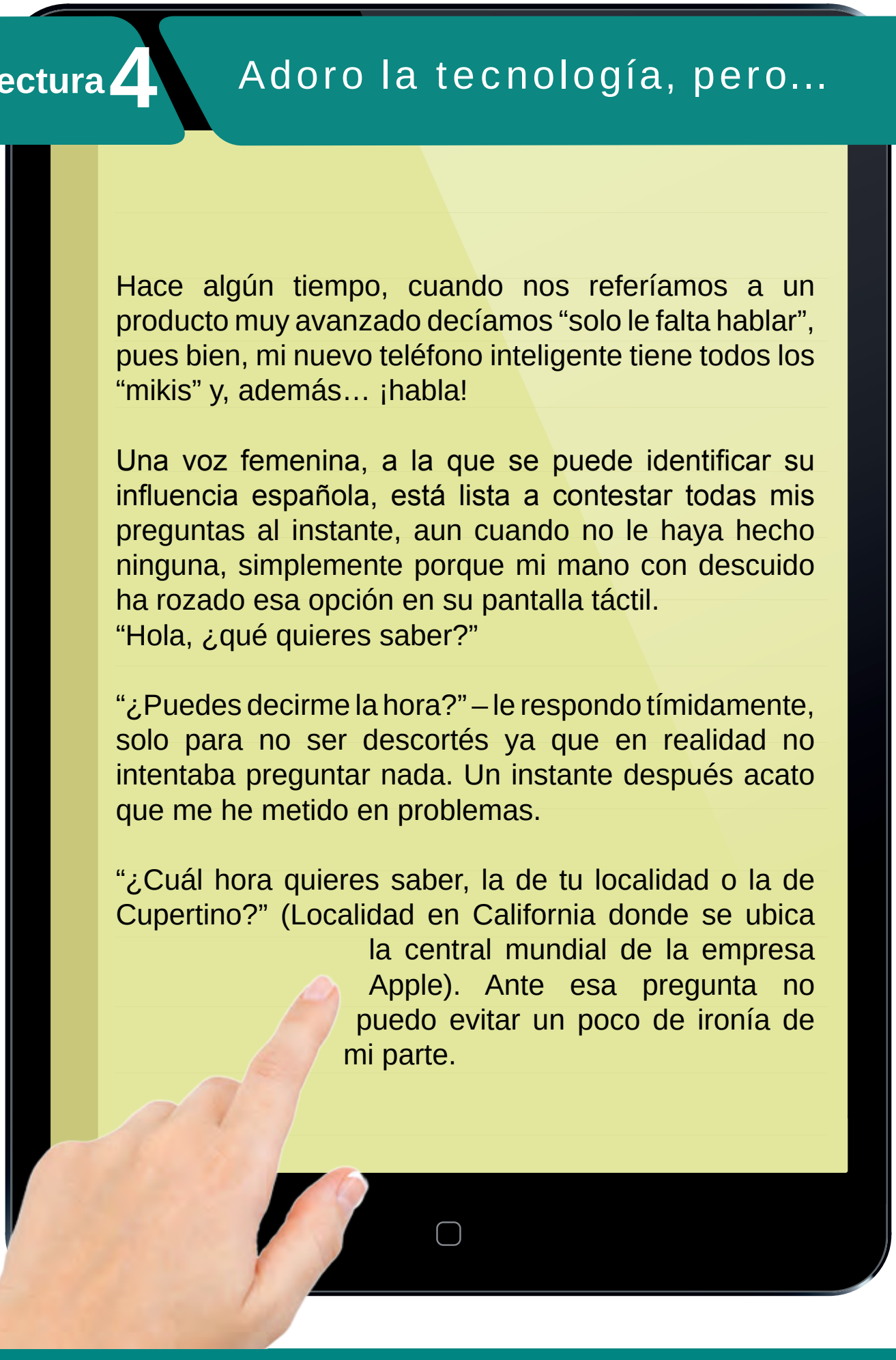
# Lectura 4 Adoro la tecnología, pero...

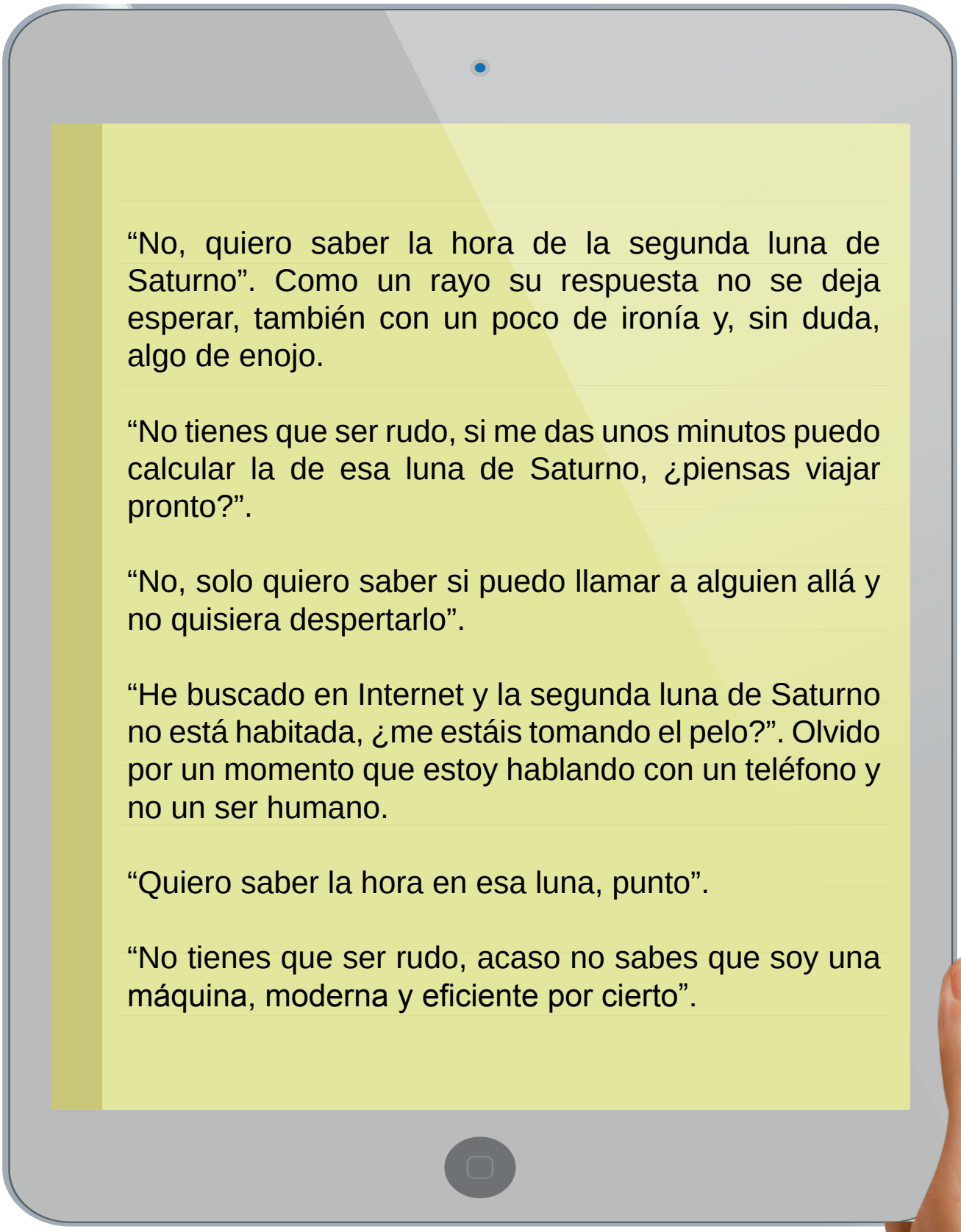
Hace algún tiempo, cuando nos referíamos a un producto muy avanzado decíamos “solo le falta hablar”, pues bien, mi nuevo teléfono inteligente tiene todos los “mikis” y, además… ¡habla!

Una voz femenina, a la que se puede identificar su influencia española, está lista a contestar todas mis preguntas al instante, aun cuando no le haya hecho ninguna, simplemente porque mi mano con descuido ha rozado esa opción en su pantalla táctil.
“Hola, ¿qué quieres saber?”

“¿Puedes decirme la hora?” – le respondo tímidamente, solo para no ser descortés ya que en realidad no intentaba preguntar nada. Un instante después acato que me he metido en problemas.

“¿Cuál hora quieres saber, la de tu localidad o la de Cupertino?” (Localidad en California donde se ubica la central mundial de la empresa Apple). Ante esa pregunta no puedo evitar un poco de ironía de mi parte.





“No, quiero saber la hora de la segunda luna de Saturno”. Como un rayo su respuesta no se deja esperar, también con un poco de ironía y, sin duda, algo de enojo.

“No tienes que ser rudo, si me das unos minutos puedo calcular la de esa luna de Saturno, ¿piensas viajar pronto?”.

“No, solo quiero saber si puedo llamar a alguien allá y no quisiera despertarlo”.

“He buscado en Internet y la segunda luna de Saturno no está habitada, ¿me estáis tomando el pelo?”. Olvido por un momento que estoy hablando con un teléfono y no un ser humano.

“Quiero saber la hora en esa luna, punto”.

“No tienes que ser rudo, acaso no sabes que soy una máquina, moderna y eficiente por cierto”.

Decido terminar con ese diálogo despersonalizado, muy parecido al que a veces y muy a mi pesar me toca sostener con los robots contestadores en bancos y otras empresas. Coincidentemente aquí, también hablan con acento español.

“Buenos días, bienvenido a la central inteligente del banco, si desea hablar con una operadora marque 1, si desea verificar su saldo marque 2, para opciones del usuario marque 3 o de lo contrario permanezca en línea que una operadora le atenderá en breves instantes”. ¿Esa operadora no será acaso la misma de la opción 1? Por cierto, todos los instantes son breves, ¿no es cierto?

Sin brindarme oportunidad de nada, inmediatamente me descargan una serie de innecesarios anuncios. ¿Verdad que ya estoy hablando con el banco? No tienen que promovérmelo, ya llamé, se supone que ya respondí a una de sus masivas campañas publicitarias, ahora atiéndanme porfa.

“Nosotros somos el banco más bello, donde le damos el mejor trato y estamos más listos a servirle”. La verdad no quiero anuncios, me encantaría hablar con un ser humano y rápido de ser posible, en lugar de estar tecleando opciones impersonales.

¿Qué se habrán hecho las telefonistas de antes, esas a las que nunca se les “caía” el sistema y a las que uno, inclusive, llegaba a conocer por su nombre? ¿Las jubilaron?
Un día de estos relataré lo que sucedió cuando la operadora de mi teléfono inteligente entró en discusión con la del sistema de sincronización con que viene equipado mi auto.

También contaré los problemas con el “área de texto predictivo” de mi celular, el cual al menor descuido envía mensajes incoherentes, muy diferentes a los que yo quiero mandar… a toda velocidad desde luego.

Adoro y admiro la sorprendente tecnología moderna, seguro que usted también, creo que es maravillosa e imparable, nada más no olvidemos que en este lado del teléfono hay un ser humano... por el momento.

*Otto Martín Wolf*

# Lectura 5 Lluvia de peces en julio

No es alucinación, tampoco un cuento de caminos. En el valle de Yoro —uno de los edénicos parajes del trópico— del 3 al 5 de julio de cada año hay una lluvia de peces de agua dulce. Recuerdo el maravilloso fenómeno en charla con mi hermano, quien me lo ha descrito con palabras de colores marinos. Este relato lo ofrezco bajo el patrocinio del santo arcángel que, con hígado de pez, curo la ceguera de Tobías.

El suceso –increíble para quienes no lo han presenciado— acaece en una llanura en que los guayabos florecen. Caen los peces en un área de doscientos metros cuadrados. Al norte, a los dos kilómetros, está la ciudad de Yoro; al sur un montículo cubierto con el pinar; al oriente, se yerguen las montañas vírgenes; y al poniente, que es hacia donde corren las aguas- lluvias, y como a unos cien metros, hay un lagunato de veinticinco metros de extensión, que sólo lleva agua en invierno, y tiene escape en el arroyo que se forma con el agua desbordada de aquél y la que cae en la lluvia de peces.

El día que el fenómeno se efectúa, los habitantes de la ciudad lo conocen muy bien por los grandes nubarrones negros que se forman en la cresta de la montaña de “La Flor”, los cuales van descendiendo poco a poco hasta cubrir toda la planicie e inmediatamente se desata una tormenta furiosa que dura pocos instantes. Cuando esto pasa, todo queda despojado, el sol impone su esplendor y entonces puede admirarse en la sabana a miles de peces vivos, que brincan y se empeñan en seguir hilos de agua de la tormenta, escabulléndose entre los hierbazales.

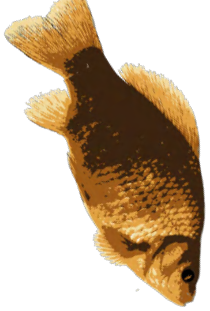
Y ocurre algo sorprendente, que da color y estrépito a la escena: todas las aves que se nutren de peces acuden como si se hubieran dado cita puntual; numerosas bandadas de clarinero y de “sanates” llegan en algarabía bárbara; garzas morenas, blancas y rosadas forman remolinos, atropellándose; y los alcatraces, los “ajoquines” hambrientos, sacan su tripa de mal año, y hasta los “pichiches” inquietos baten sus alas encendidas, como mariposas… Y comen todos, que es un contento, metiendo ruido, saciándose mientras los muchachos, después de presenciar en éxtasis el espectáculo fascinador, se apresuran a recoger los peces de gran calado, los de la carne apetecida, uniendo su bullanguería a la de los pájaros fiesteros.

Sublime instante –dice Bernardo– en que pájaros y muchachos conviven como si fueran amigotes, siendo partícipes de una ganancia caída de los cielos. Algunos peces logran escabullirse, ganando su salvación en el arroyo improvisado.

En el relato desfilan con sus ojazos de agua dulce las sardinas, las mojarras, los “guapotes” blancos, los sábalos y las “olominas”. Aparecen también las famosas “sardinas papelillas” y las “guavinas” que tienen astucia singular para burlarse de sus perseguidores, pues se entierran en la arena cuando se ven acosadas y así logran despistar.

Y una vez cayó en la trifulca un tiburón jovencito. Hay que creerlo, porque yo tampoco creía en lo de la lluvia de peces –añade mi hermano.

Después de la pesca extraordinaria es el alboroto en las cocinas y la discusión de los sabios que acercando las sillas –logran explicar el fenómeno piscatorio. Y devanándose los sesos, todo lo atribuyen a corrientes subterráneas que, al crecer las aguas-lluvias, salen a la superficie arrojando peces; pero no sucede lo mismo cuando las lluvias son más intensas.



¡Una tromba marina! Advierte otro sabio, mesándose la barba–. Una tromba que, al disolverse, lanza los peces…

Pero, ¿cómo explicar la extraña coincidencia de que en cierta época del año, y en el mismo paraje, se disuelve esa tromba, arrojando peces de agua dulce y no de mar?

Otro sabio, abriéndole el pecho a una sardina: –Tal vez un río, laguna o manantial próximo al sitio maravilloso, y que, al desbordarse, los arroja hacia allí.

No hay río ni manantial a más de una legua del paraje, mi querido señor– responde Toño Romero–. El lagunato que se halla al oriente, sólo en la época de las lluvias tiene agua, y por eso no puede tener peces. Además, encontrándose hacia el lado en que corren las aguas del lagunato en que caen los peces, es difícil que los arroje vivos y mucho menos hacia arriba, cuando para el agua se atiene a las aguas que llueven sobre el célebre sitio.

¿Serán peces excursionistas, peces trepadores de montañas que con un itinerario siempre estricto, llevan guías para mayor seguridad? No podemos pronunciar la última palabra sobre este fenómeno. Conformémonos con admirar el prodigio y echar en los sartenes el regalo que en julio hacen los cielos al valle de Yoro, que debería ser pintado en los mapas. Así en las viejas cartas los monstruos detienen con chorros de agua el paso de las carabelas que en su pánico encienden las farolas y antes que un hacha el timonel pide las albricias.

*Rafael Heliodoro Valle*
*(Hondureño)*

Lectura 6

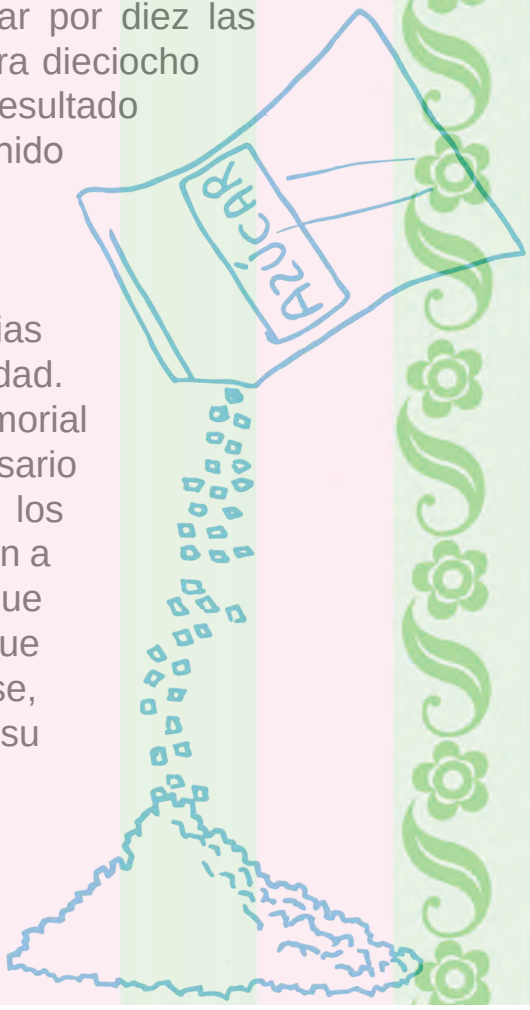
# Pastel Chabela
## (Fragmento)

### Ingredientes

- 175 Gramos de azúcar granulada de primera
- 300 Gramos de harina de primera, tamizada tres veces
- 17 Huevos
- Raspadura de un limón

### Manera de hacerse:

En una cacerola se ponen cinco yemas de huevo, cuatro huevos enteros y el azúcar. Se baten hasta que la masa espesa y se le anexan dos huevos enteros más. Se sigue batiendo y cuando vuelve a espesar se le agregan otros dos huevos completos, repitiendo este paso hasta que se terminan de incorporar todos los huevos, de dos en dos. Para elaborar el pastel de boda de Pedro con Rosaura, Tita y Nacha habían tenido que multiplicar por diez las cantidades de esta receta pues en lugar de un pastel para dieciocho personas tenían que preparar uno para ciento ochenta. ¡El resultado da ciento setenta huevos! Y esto significaba que habían tenido que tomar medidas para tener reunida esta cantidad de huevos, de excelente calidad, en un mismo día.




Para lograrlo fueron poniendo en conserva desde hacía varias semanas los huevos que ponían las gallinas de mejor calidad. Este método se utilizaba en el rancho desde época inmemorial para proveerse durante el invierno de este nutritivo y necesario alimento. El mejor tiempo para esta operación es por los meses de agosto y septiembre. Los huevos que se destinen a la conservación deben ser muy frescos. Nacha prefería que fueran del mismo día. Se ponen los huevos en una vasija que se llena de cebo de carnero derretido, próximo a enfriarse, hasta cubrirlos por completo. Esto basta para garantizar su buen estado por varios meses.

Ahora, que si se desea conservarlos por más de un año, se colocan los huevos en una orza y se cubren con una lechada de un tanto de cal por diez de agua. Después se tapan muy bien para interceptar el aire y se guardan en la bodega. Tita y Nacha habían elegido la primera opción pues no necesitaban conservar los huevos por tantos meses. Junto a ellas, bajo la mesa de la cocina, tenían la vasija don¬de los habían puesto y de ahí los tomaban para elaborar el pastel.

El esfuerzo fenomenal que representaba el batir tantos huevos empezó a hacer estragos en la mente de Tita cuando iban apenas por los cien huevos batidos. Le parecía inalcanzable llegar a la cifra de ciento setenta.
Tita batía mientras Nacha rompía los cascarones y los incorporaba. Un estremecimiento recorría el cuerpo de Tita y, como vulgarmente se dice, se le ponía la piel de gallina cada vez que se rompía un huevo. Asociaba los blanquillos con los testículos de los pollos a los que habían capado un mes antes. Los capones son gallos castrados que se ponen a engorda. Se eligió este platillo para la boda de Pedro con Rosaura por ser uno de los más prestigiados en las buenas mesas, tanto por el trabajo que implica su preparación como por el extraordinario sabor de los capones.

Desde que se fijó la boda para el doce de enero se mandaron comprar doscientos pollos a los que se les practicó la operación y se pusieron a engorda de inmediato.
Las encargadas de esta labor fueron Tita y Nacha. Nacha por su experiencia y Tita como castigo por no haber querido estar presente el día en que fueron a pedir la mano de su hermana Rosaura, pretextando una jaqueca.
–No voy a permitir tus desmandadas —le dijo Mamá Elena— ni voy a permitir que le arruines a tu hermana su boda, con tu actitud de víctima. Desde ahora te vas a encargar de los preparativos para el banquete y cuidadito y yo te vea una mala cara o una lágrima, ¿me oíste?

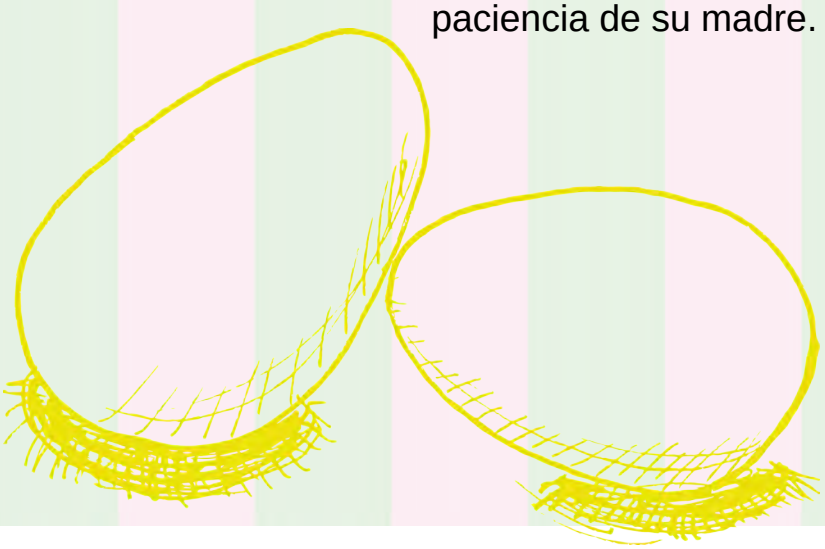
[…] Tita batía y batía con frenesí, como queriendo terminar de una vez por todas con el martirio. Solo tenía que batir dos huevos más y la masa para el pastel quedaría lista. Era lo único que faltaba, todo lo demás, incluyendo los platillos para una comida de veinte platos y los bocadillos de entrada, estaban listos para el banquete.

En la cocina solo quedaban Tita, Nacha y Mamá Elena. Chencha, Gertrudis y Rosaura estaban dando los últimos toques al vestido de novia. Nacha, con un gran alivio, tomó el penúltimo huevo para partirlo. Tita, con un grito, impidió que lo hiciera.
–¡No!

Suspendió la batida y tomó el huevo entre sus manos. Claramente escuchaba piar a un pollo dentro del cascarón. Acercó el huevo a su oído y escuchó con más fuerza los pillidos. Mamá Elena suspendió su labor y con voz autoritaria preguntó:
–¿Qué pasa? ¿Qué fue ese grito?
–¡Es que dentro de este huevo hay un pollo! Nacha de seguro no lo puede oír, pero yo sí.
–¿Un pollo? ¿Estás loca? ¡Nunca ha pasado algo parecido con los huevos de conserva!

De dos zancadas, llegó hasta donde estaba Tita, le arrebató el huevo de las manos y lo partió. Tita cerró los ojos con fuerza.
–¡Abre los ojos y mira tu pollo!
Tita abrió los ojos lentamente. Con sorpresa vio que lo que creía un pollo no era mas que un huevo y bastante fresco, por cierto.
–Escúchame bien, Tita, me estás colmando la paciencia, no te voy a permitir que empieces con locuras. ¡Esta es la primera y la última! ¡O te aseguro que te arrepentirás!

Tita nunca pudo explicar qué fue lo que pasó esa noche, si lo que escuchó fue producto del cansancio o una alucinación de su mente. Por lo pronto lo más conveniente era volver a la batida, no quería investigar cuál era el límite de la paciencia de su madre.



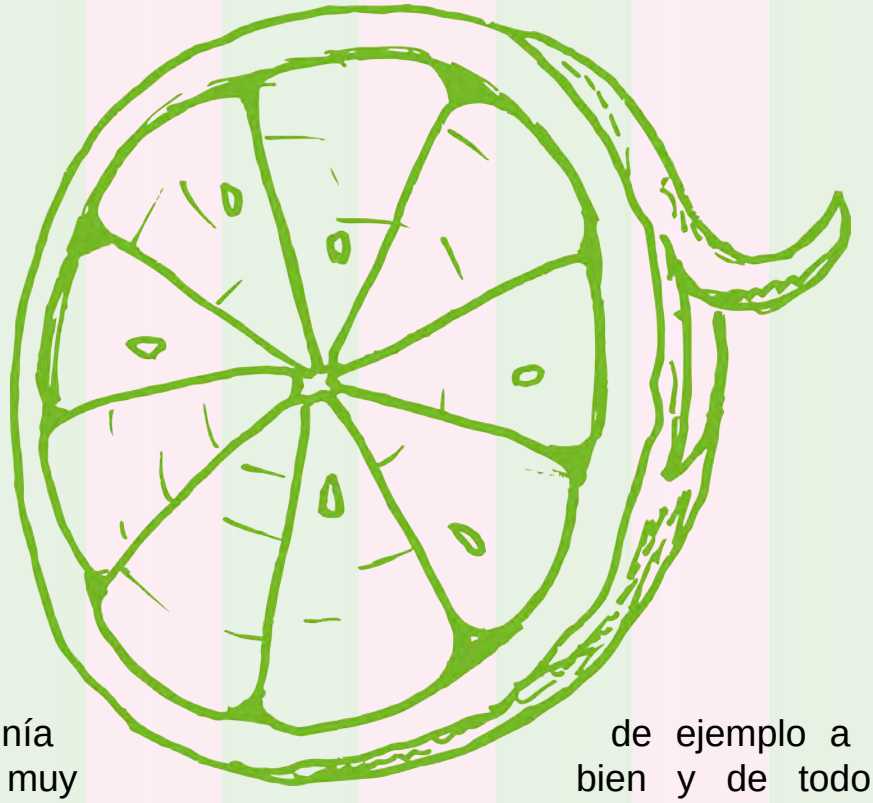
Cuando se baten los dos últimos huevos, se incorpora la ralladura del limón; cuando ha espesado bastante la masa, se deja de batir y se le pone la harina tamizada, mezclándola poco a poco con una espátula de madera, hasta incorporarla toda. Por último se engrasa un molde con mantequilla, se espolvorea con harina y se le vacía la pasta. Se cuece en horno por treinta minutos.

Nacha, después de preparar durante tres días veinte platillos diferentes, se encontraba muerta de cansancio y no veía llegar la hora de meter el pastel al horno para por fin poderse ir a descansar. Tita por esta vez no era muy buena ayudante que digamos. En ningún momento se había quejado, tal vez porque la mirada escrutadora de su madre no se lo permitía, pero en cuanto vio a Mamá Elena salir de la cocina para dirigirse a sus habitaciones, lanzó un interminable suspiro. Nacha, a su lado, le quitó suavemente la pala de las manos, la abrazó y le dijo:

—Ya no hay nadie en la cocina, mi niña, llora ahora, porque mañana no quiero que te vean hacerlo. Mucho menos Rosaura.

Nacha suspendió la batida porque sentía que Tita estaba a punto de un colapso nervioso, bueno, ella no lo conocía con ese nombre, pero con su inmensa sabiduría comprendía que Tita no podía más. La verdad, ella tampoco.

Rosaura y Nacha nunca se habían llevado bien. A Nacha le molestaba mucho que desde niña Rosaura fuera melindrosa con la comida. Siempre la dejaba intacta en el plato, o se la daba a escondidas al Tequila, el papá del Pulque (el perro del rancho).



Nacha le ponía de ejemplo a Tita, que siempre comió muy bien y de todo. Bueno, solo había un alimento que no era del agrado de Tita; se trataba del huevo tibio que Mamá Elena la obligaba a comer. De ahí en fuera, como Nacha se había encargado de su educación culinaria, Tita no solo comía lo acostumbrado, sino que comía, además, jumiles, gusanos de maguey, acociles, tepezcuintle, armadillo, etc., ante el horror de Rosaura. De ahí nació la aversión de Nacha para con Rosaura y la rivalidad entre las dos hermanas, que culminaba con esta boda en la que Rosaura se casaba con el hombre que Tita amaba. Lo que Rosaura no sabía, aunque lo sospechaba, era que Pedro amaba a Tita con un amor inconmensurable. Era de entender entonces que Nacha tomara partido por Tita y tratara por todos los medios de evitarle sufrimientos. Nacha le secaba con su delantal las lágrimas que rodaban por la cara de Tita y le decía:

–Ya, mi niña, ya vamos a terminar.

Pero se tardaron más de lo acostumbrado pues la masa no podía espesar debido a las lágrimas de Tita.

Y así, abrazadas, permanecieron llorando hasta que a Tita no le quedaron más lágrimas en los ojos. Entonces lloró en seco y dicen que eso duele más, como el parto en seco, pero al menos no seguía mojando la masa del pastel, pudiendo continuar con el paso siguiente, que es el del relleno.

## Relleno:

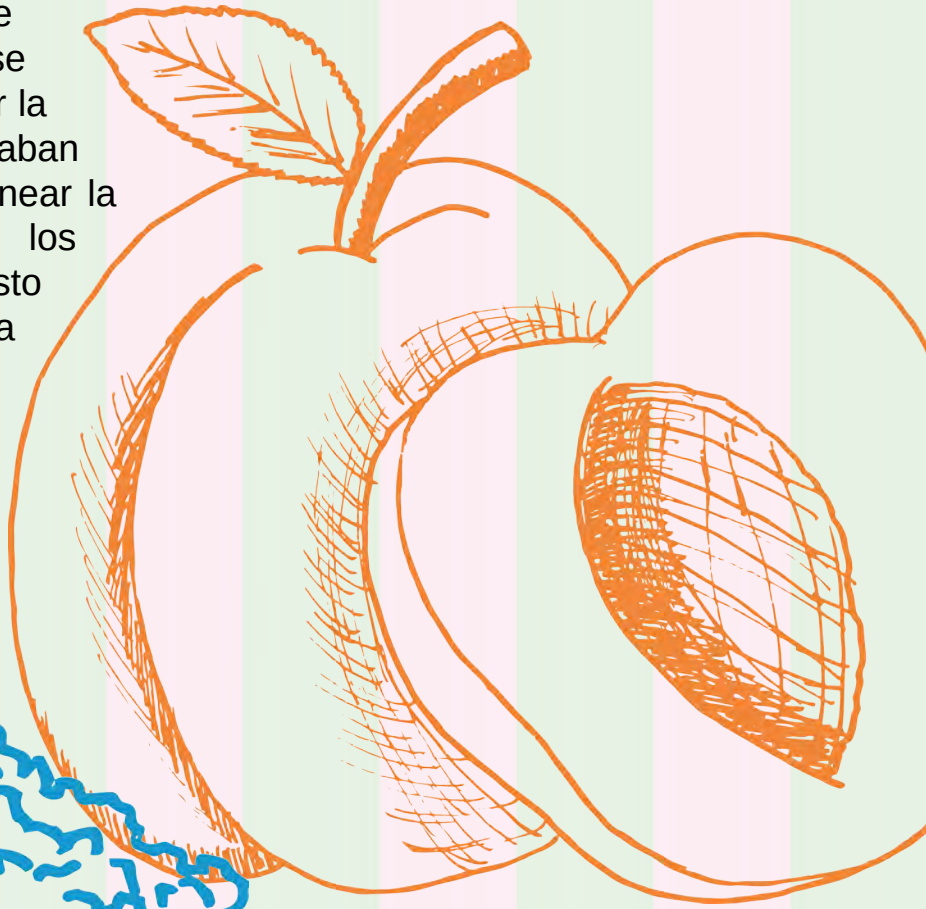
- 150 Gramos de pasta de chabacano
- 150 Gramos de azúcar granulado

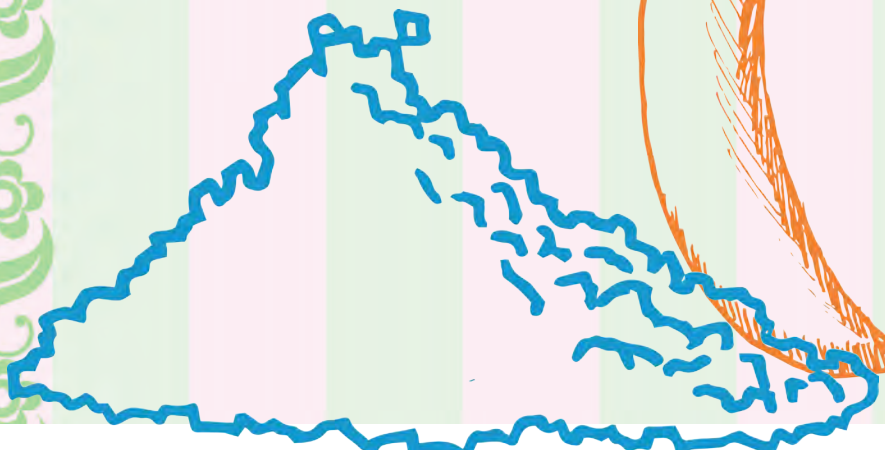
## Manera de hacerse:

Se ponen los chabacanos al fuego con muy poca agua, se dejan hervir y se pasan por un cedazo o tamiz; si no se tiene, se puede usar una vulgar coladera. Se pone esta pasta en una cacerola, se le agrega el azúcar y se pone al fuego sin dejar de moverla hasta que toma punto de mermelada. Se retira del fuego y se deja enfriar un poco antes de ponerla en la parte de en medio del pastel, que por supuesto se ha partido con anterioridad.

Afortunadamente, un mes antes de la boda, Nacha y Tita habían preparado varios frascos con conservas de chabacano, higo y camote con piña. Gracias a eso se evitaron el trabajo de preparar la mermelada ese mismo día.

Ellas estaban acostumbradas a preparar cantidades enormes de mermelada en un gran cazo que se ponía en el patio, para aprovechar la fruta de la temporada. Lo colocaban encima de una fogata y para menear la mermelada tenían que cubrirse los brazos con sábanas viejas. Esto evitaba que un borbotón de la misma brincara y les quemara la piel.





En cuanto Tita abrió el frasco, el olor de los chabacanos la hizo remitirse a la tarde en que prepararon la mermelada. Tita venía del huerto cargando la fruta sobre su falda pues había olvidado la canasta. Traía recogida la falda cuando entró y cuál no sería su sorpresa al toparse con Pedro en la cocina. Pedro se dirigía al patio trasero a preparar la carretela. Tenían que ir al pueblo a entregar unas invitaciones y como el caballerango no se había presentado ese día en el rancho, él mismo tenía que encargarse de esa labor. En cuanto Nacha lo vio entrar a la cocina salió casi corriendo, pretextando ir por epazote para los frijoles. Tita, de la sorpresa, dejó caer algunos chabacanos sobre el piso. Pedro rápidamente corrió a ayudarla a recogerlos. Y al inclinarse pudo ver una parte de las piernas de Tita que quedaba al descubierto.

Tita, tratando de evitar que Pedro la mirara, dejó caer su falda.

Al hacerlo, el resto de los chabacanos rodaron sobre la cabeza de Pedro.
–Perdóneme, Pedro. ¿Lo lastimé?
–No tanto como yo la he lastimado, déjeme decirle que mi propósito...
–No le he pedido ninguna explicación.
–Es necesario que me permita dirigirle unas palabras...
–Una vez lo hice y resultaron una mentira, no quiero escucharlo más...

Y diciendo esto, Tita salió rápidamente de la cocina, por la otra puerta, hacia la sala, donde Chencha y Gertrudis bordaban la sábana nupcial. […] Realmente habían tenido suerte en haber podido conseguir seda francesa en esas épocas de inestabilidad política. La revolución no permitía que uno viajara de una manera segura por el país; así es que, de no haber sido por un chino, que se dedicaba al contrabando, no les hubiera sido posible conseguir la tela, pues Mamá Elena no habría permitido que ninguna de sus hijas se arriesgara yendo a la capital a comprar lo necesario para el vestido y el ajuar de Rosaura. Este chinito era bastante listo: vendía en la capital aceptando billetes del ejército revolucionario del norte, ahí carecían de valor y no eran negociables. Claro que los aceptaba a precios irrisorios y con ese dinero viajaba al norte, donde los billetes adquirían su precio real y con ellos compraba mercancía.

En el norte, por supuesto, aceptaba billetes emitidos en la capital a precios ínfimos y así se la pasó toda la revolución, hasta que terminó millonario. Pero lo importante era que gracias a él Rosaura pudo gozar de las telas más finas y exquisitas para su boda.

Tita quedó como hipnotizada, observando la blancura de la sábana, solo fueron algunos segundos, pero los suficientes como para causarle una especie de ceguera. Dondequiera que fijaba la vista solo distinguía el color blanco. A Rosaura, que se encontraba escribiendo a mano unas invitaciones, la percibía como un níveo fantasma. Disimuló tan bien lo que le pasaba que nadie lo notó.

No quería provocar otro regaño de Mamá Elena. Así que cuando los Lobo llegaron a entregar su regalo de bodas, procuró agudizar sus sentidos para descubrir a quiénes estaba saludando pues para ella eran como un espectáculo de sombras chinas cubiertas por una blanca sábana. Afortunadamente la voz chillante de Paquita le dio la clave y los pudo saludar sin mayor problema.

Más tarde, cuando los acompañó a la entrada del rancho, notó que hasta la noche se mostraba ante ella como nunca la había visto: reluciente de albor.

Le dio miedo que le fuera a pasar lo mismo en estos momentos, cuando por más que trataba de concentrarse en la elaboración del fondant para cubrir el pastel, no podía. La atemorizaba la blancura del azúcar granulado, sentía que de un momento a otro el color blanco se adueñaría de su mente, sin que ella lo pudiera impedir, arrastrando las cándidas imágenes de su niñez cuando en el mes de mayo la llevaban vestida de blanco a ofrecer flores blancas a la virgen. Entraba caminando entre una fila de niñas vestidas de blanco, hasta el altar lleno de velas y flores blancas, iluminado por una celestial luz blanca proveniente del vitral de la blanca parroquia. No hubo una sola vez en que no entrara a la iglesia soñando en que algún día lo haría del brazo de un hombre. Tenía que bloquear no solo este sino todos aquellos recuerdos que la lastimaran: tenía que terminar el fondant para el pastel de boda de su hermana. Haciendo un esfuerzo supremo empezó a prepararlo.

## Cantidades para el fondant:

- 800 Gramos de azúcar granulado
- 60 Gotas de limón y el agua suficiente para que remoje el azúcar

## Manera de hacerse:

Se ponen en una cacerola el azúcar y el agua al fuego sin dejar de moverla, hasta que empieza a hervir. Se cuela en otra cacerola y se vuelve a poner al fuego agregándole el limón hasta que tome punto de bola floja, limpiando de vez en cuando los bordes de la cacerola con un lienzo húmedo para que la miel no se azucare; cuando ha tomado el punto anteriormente indicado se vacía en otra cacerola húmeda, se rocía por encima y se deja enfriar un poco.

Después, con una espátula de madera, se bate hasta que empaniza.

Para aplicarlo, se le echa una cucharada de leche y se vuelve a poner al fuego para que se deslíe, se le añade después una gota de carmín y se cubre con él únicamente la parte superior del pastel.

Nacha se dio cuenta de que Tita estaba mal cuando esta le preguntó si no le iba a poner el carmín.

–Mi niña, se lo acabo de poner, ¿no ves el color rosado que tiene?

–No...

–Vete a dormir, niña, yo termino el turrón. Solo las ollas saben los hervores de su caldo, pero yo adivino los tuyos, y ya deja de llorar, que me estás mojando el fondant y no va a servir, anda, ya vete.

Nacha cubrió de besos a Tita y la empujó fuera de la cocina. No se explicaba de dónde había sacado nuevas lágrimas, pero las había sacado y alterado con ellas la textura del turrón. Ahora le costaría doble esfuerzo dejarlo en su punto.

Ya sola se dio a la tarea de terminar con el turrón lo más pronto posible, para irse a dormir. El turrón se hace con diez claras de huevo y quinientos gramos de azúcar batidos a punto de hebra fuerte.

Cuando terminó, se le ocurrió darle un dedazo al fondant, para ver si las lágrimas de Tita no habían alterado el sabor. Y no, aparentemente no alteraron el sabor, pero, sin saber por qué, a Nacha le entró de golpe una gran nostalgia. Recordó uno a uno todos los banquetes de boda que había preparado para la familia De la Garza con la ilusión de que el próximo fuera el suyo. A sus ochenta y cinco años no valía la pena llorar, ni lamentarse de que nunca hubieran llegado ni el esperado banquete ni la esperada boda, a pesar de que el novio sí llegó, ¡vaya que había llegado! Solo que la mamá de Mamá Elena se había encargado de ahuyentarlo. Desde entonces se había conformado con gozar de las bodas ajenas y así lo hizo por muchos años sin repelar. No sabía por qué lo hacía ahora. Sentía que era una reverenda tontería, pero no podía dejar de hacerlo. Cubrió el pastel con el turrón lo mejor que pudo y se fue a su cuarto, con un fuerte dolor de pecho. Lloró toda la noche y a la mañana siguiente no tuvo ánimos para asistir a la boda.

Tita hubiera dado cualquier cosa por estar en el lugar de Nacha, pues ella no solo tenía que estar presente en la iglesia, se sintiera como se sintiera, sino que tenía que estar muy pendiente de que su rostro no revelara la menor emoción. Creía poder lograrlo siempre y cuando su mirada no se cruzara con la de Pedro. Ese incidente podría destrozar toda la paz y tranquilidad que aparentaba.

Sabía que ella, más que su hermana Rosaura, era el centro de atención. Los invitados, más que cumplir con un acto social, querían regodearse con la idea de su sufrimiento, pero no los complacería, no. Podía sentir claramente cómo penetraban por sus espaldas los cuchicheos de los presentes a su paso.

–¿Ya viste a Tita? ¡Pobrecita, su hermana se va a casar con su novio! Yo los vi un día en la plaza del pueblo, tomados de la mano. ¡Tan felices que se veían!
–¡No me digas! ¡Pues Paquita dice que ella vio cómo un día, en plena misa, Pedro le pasó a Tita una carta de amor, perfumada y todo!
–¡Dicen que van a vivir en la misma casa! ¡Yo que Elena no lo permitiría!
–No creo que lo haga. ¡Ya ves cómo son los chismes!

No le gustaban nada esos comentarios. El papel de perdedora no se había escrito para ella. ¡Tenía que tomar una clara actitud de triunfo! Como una gran actriz representó su papel dignamente, tratando de que su mente estuviera ocupada no en la marcha nupcial ni en las palabras del sacerdote ni en el lazo y los anillos.

Se transportó al día en que a los nueve años se había ido de pinta con los niños del pueblo. Tenía prohibido jugar con varones, pero ya estaba harta de los juegos con sus hermanas. Se fueron a la orilla del río grande para ver quién era capaz de cruzarlo a nado, en el menor tiempo. Qué placer sintió ese día al ser ella la ganadora.

Otro de sus grandes triunfos ocurrió un tranquilo día domingo en el pueblo. Ella tenía catorce años y paseaba en carretela acompañada de sus hermanas cuando unos niños lanzaron un cohete. Los caballos salieron corriendo espantadísimos. En las afueras del pueblo se desbocaron y el cochero perdió el control del vehículo.

Tita lo hizo a un lado de un empujón y ella sola pudo dominar a los cuatro caballos. Cuando algunos hombres del pueblo a galope las alcanzaron para ayudarlas, se admiraron de la hazaña de Tita.
En el pueblo la recibieron como a una heroína.

Estas y otras muchas remembranzas parecidas la tuvieron ocupada durante la ceremonia, haciéndola lucir una apacible sonrisa de gata complacida, hasta que a la hora de los abrazos tuvo que felicitar a su hermana. Pedro, que estaba junto a ella, le dijo a Tita:

–¿Y a mí no me va a felicitar?
–Sí, cómo no. Que sea muy feliz.

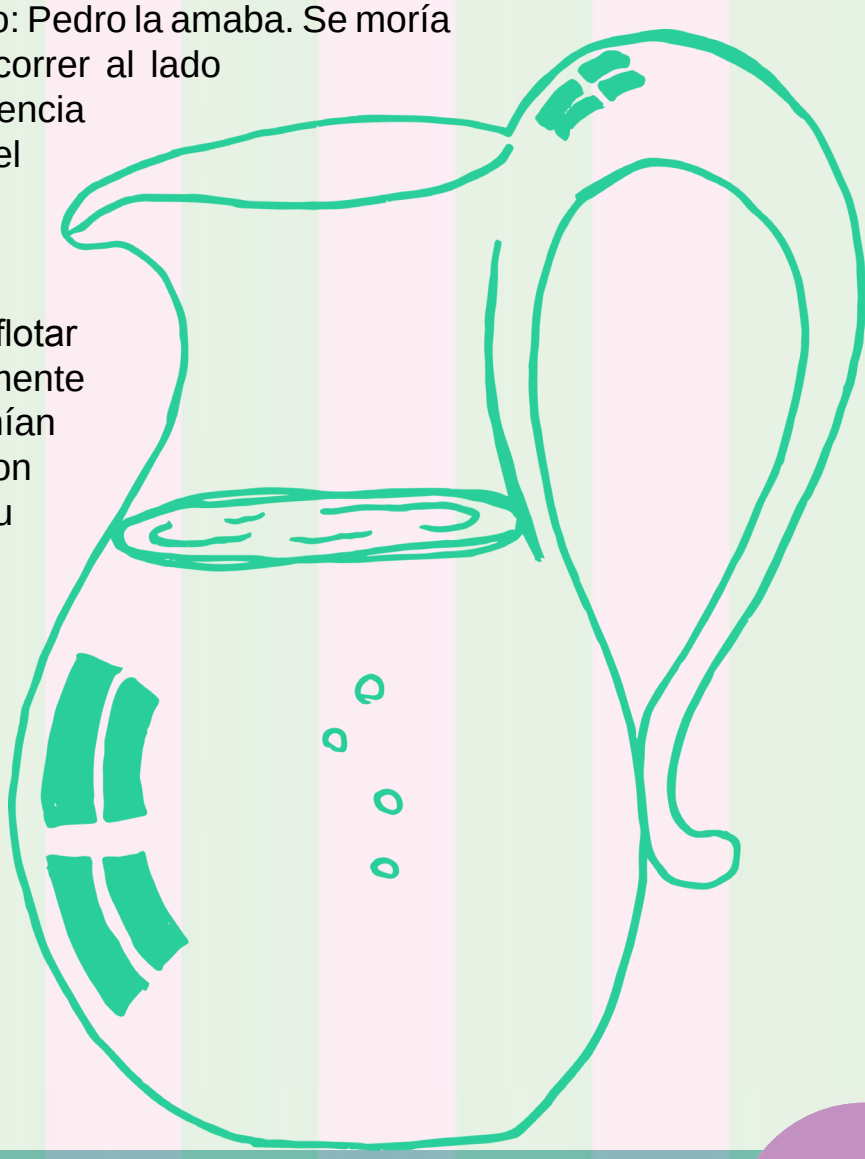
[…] Mamá Elena se acercó a Tita y le preguntó:

–¿Qué fue lo que Pedro te dijo?
–Nada, mami.
–A mí no me engañas, cuando tú vas, yo ya fui y vine, así que no te hagas la mosquita muerta. Pobre de ti si te vuelvo a ver cerca de Pedro.

Después de estas amenazantes palabras de Mamá Elena, Tita procuró estar lo más alejada de Pedro que pudo. Lo que le fue imposible fue borrar de su rostro una franca sonrisa de satisfacción. Desde ese momento la boda tuvo para ella otro significado.

Ya no le molestó para nada ver cómo Pedro y Rosaura iban de mesa en mesa brindando con los invitados, ni verlos bailar el vals, ni verlos más tarde partir el pastel. Ahora ella sabía que era cierto: Pedro la amaba. Se moría por que terminara el banquete para correr al lado de Nacha a contarle todo. Con impaciencia esperó a que todos comieran su pastel para poder retirarse.

El manual de Carreño le impedía hacerlo antes, pero no le vedaba el flotar entre nubes mientras comía apuradamente su rebanada. Sus pensamientos la tenían tan ensimismada que no le permitieron observar que algo raro sucedía a su alrededor.



Una inmensa nostalgia se adueñaba de todos los presentes en cuanto le daban el primer bocado al pastel. Inclusive Pedro, siempre tan propio, hacía un esfuerzo tremendo por contener las lágrimas. Y Mamá Elena, que ni cuando su esposo murió había derramado una infeliz lágrima, lloraba silenciosamente.

Y eso no fue todo, el llanto fue el primer síntoma de una intoxicación rara que tenía algo que ver con una gran melancolía y frustración que hizo presa a todos los invitados y los hizo terminar en el patio, los corrales y los baños añorando cada uno al amor de su vida. Ni uno solo escapó del hechizo y solo algunos afortunados llegaron a tiempo a los baños; los que no, participaron de la vomitona colectiva que se organizó en pleno patio.

Bueno, la única a quien el pastel le hizo lo que el viento a Juárez fue a Tita. En cuanto terminó de comerlo abandonó la fiesta. Quería notificarle a Nacha cuanto antes que estaba en lo cierto al decir que Pedro la amaba solo a ella. Por ir imaginando la cara de felicidad que Nacha pondría no se percató de la desdicha que crecía a su paso hasta llegar a alcanzar niveles patéticamente alarmantes.

Rosaura, entre arqueadas, tuvo que abandonar la mesa de honor.

Procuraba por todos los medios controlar la náusea, ¡pero esta era más poderosa que ella! Tenía toda la intención de salvar su vestido de novia de las deposiciones de los parientes y amigos, pero al intentar cruzar el patio resbaló y no hubo un solo pedazo de su vestido que quedara libre de vómito.

Un voluminoso río macilento la envolvió y la arrastró algunos metros, provocando que sin poderse resistir más lanzara como un volcán en erupción estruendosas bocanadas de vómito ante la horrorizada mirada de Pedro. Rosaura lamentó muchísimo este incidente que arruinó su boda y no hubo poder humano que le quitara de la mente que Tita había mezclado algún elemento en el pastel.

Pasó toda la noche entre quejidos y el tormento que le provocaba la idea de deponer sobre las sábanas que tanto tiempo se había tardado en bordar.

[…] La noche de la fiesta Tita había recibido de manos de Mamá Elena una paliza fenomenal, como nunca antes la había recibido ni la volvería a recibir. Pasó dos semanas en cama reponiéndose de los golpes. El motivo de tan colosal castigo fue la certeza que tenía Mamá Elena de que Tita, en contubernio con Nacha, había planeado premeditadamente arruinar la boda de Rosaura, mezclando algún vomitivo en el pastel. Tita nunca la pudo convencer de que el único elemento extraño en él fueron las lágrimas que derramó al prepararlo. Nacha no pudo atestiguar en su favor, pues cuando Tita había llegado a buscarla el día de la boda la había encontrado muerta, con los ojos abiertos, chiqueadores en las sienes y la foto de un antiguo novio en las manos.

*Laura Esquivel*
*(Mexicana)*

Lectura 7

# La abeja haragana

Había una vez en una colmena una abeja que no quería trabajar, es decir, recorría los árboles uno por uno para tomar el jugo de las flores; pero en vez de conservarlos para convertirlo en miel, se lo tomaba todo.

Era, pues, una abeja haragana. Todas las mañanas, apenas el sol calentaba el aire, la abejita se asomaba a la puerta de la colmena, veía que hacía buen tiempo, se peinaba con las patas, como hacen las moscas, y echaba entonces a volar, muy contenta del lindo día. Zumbaba muerta de gusto de flor en flor, entraba en la colmena, volvía a salir, y así se la pasaba todo el día mientras las otras abejas se mataban trabajando para llenar la colmena de miel, porque la miel es el alimento de las abejas recién nacidas.

Como las abejas son muy serias, comenzaron a disgustarse con el proceder de la hermana haragana. En la puerta de las colmenas hay siempre unas cuantas abejas que están de guardia para cuidar que no entren bichos en la colmena.

Estas abejas suelen ser muy viejas, con gran experiencia de la vida y tienen el lomo pelado porque han perdido todos los pelos de rozar contra la puerta de la colmena.
Un día, pues, detuvieron a la abeja haragana cuando iba a entrar, diciéndole:

–Compañera: es necesario que trabajes, porque todas las abejas debemos trabajar.
La abejita contesto:
–Yo ando todo el día volando, y me canso mucho.
–No es cuestión de que te canses mucho—respondieron—, sino de que trabajes un poco. Es la primera advertencia que te haremos.

Y diciendo así, la dejaron pasar.

Pero la abeja haragana no se corregía. De modo que a la tarde siguiente las abejas que estaban de guardia, le dijeron:

–Hay que trabajar, hermana.
Y ella respondió en seguida:
–¡Uno de estos días lo voy a hacer!
–No es cuestión de que lo hagas uno de estos días—le respondieron—sino mañana mismo. Acuérdate de esto.
Y la dejaron pasar.

Al anochecer siguiente se repitió la misma cosa. Antes de que le dijeran nada, la abejita exclamó:
–¡Si, sí, hermanas! ¡Ya me acuerdo de lo que he prometido!
–No es cuestión de que te acuerdes de lo prometido—le respondieron—, sino de que trabajes. Hoy es 19 de abril.

Pues bien: trata de que mañana, 20, hayas traído una gota siquiera de miel y ahora pasa.
Y diciendo esto, se apartaron para dejarla entrar.
Pero el 20 de abril pasó en vano como todos los demás.
Con la diferencia de que al caer el sol el tiempo se descompuso y comenzó a soplar un viento frío.
La abejita haragana voló apresurada hacia su colmena, pensando en lo calientito que estaría allá adentro. Pero cuando quiso entrar, las abejas que estaban de guardia se lo impidieron.

–¡No se entra! —le dijeron fríamente.
– ¡Yo quiero entrar! —clamó la abejita—. Ésta es mi colmena.
–Ésta es la colmena de unas pobres abejas trabajadoras—le contestaron las otras. —No hay entrada para las haraganas.
–¡Mañana sin falta voy a atrabajar! —insistió la abejita.
–No hay mañana para las que no trabajan—respondieron las abejas, que saben mucha filosofía.

Y esto diciendo la empujaron afuera.

La abejita, sin saber qué hacer, voló un rato aún; pero ya la noche caía y se veía apenas. Quiso cogerse de una hoja, y cayó al suelo. Tenía el cuerpo entumecido por el aire frío, y no podía volar más. Arrastrándose entonces por el suelo, trepando y bajando de los palitos y piedritas, que le parecían montañas, llegó a la puerta de la colmena, a tiempo que comenzaban a caer frías gotas de lluvia.

–¡Ay, mi Dios! —clamó la desamparada—. Va a llover, y me voy a morir de frío.
Y tentó entrar en la colmena.
Pero de nuevo le cerraron el paso.
–¡Perdón!—gimió la abeja—. ¡Déjenme entrar!
–Ya es tarde –le respondieron.
–¡Por favor, hermanas! ¡Tengo frío!
–Imposible.
–¡Por última vez! ¡Me voy a morir!

Entonces le dijeron:

–No, no morirás. Aprenderás en una sola noche lo que es el descanso ganado con el trabajo.
Y la echaron.

Entonces, temblando de frío, con las alas mojadas y tropezando, la abeja se arrastró, se arrastró hasta que de pronto rodó por un agujero; cayó rodando, mejor dicho, al fondo de una caverna.
Creyó que no iba a concluir nunca de bajar. Al fin llegó al fondo, y se halló bruscamente ante una víbora, una culebra verde de lomo color amarillo, que la miraba enroscada y presta a lanzarse sobre ella.

En verdad aquella caverna era el hueco de un árbol que habían trasplantado hacía tiempo y que la culebra había elegido de guardia.
Las culebras comen abejas, que les gustan mucho. Por esto la abeja, al encontrarse ante su enemiga, murmuró cerrando los ojos:

–¡Adiós mi vida! Ésta es la última hora que yo veo la luz.

Pero con gran sorpresa suya, la culebra no solamente no la devoró sino que le dijo:
–¿Qué tal, abejita? No has de ser muy trabajadora para estar aquí a estas horas.
–Es cierto –murmuró la abeja--. No trabajo, y yo tengo la culpa.
–Siendo así --agregó la culebra, burlona—voy a quitar del mundo a un mal bicho como tú. Te voy a comer, abeja.

La abeja temblando, exclamó entonces:
–¡No es justo eso, no es justo! No es justo que usted me coma porque es más fuerte que yo. Los hombres saben lo que es justicia.
–¡Ah, ah!—exclamó la culebra, enroscándose ligero—. ¿Tú conoces bien a los hombres? ¿Tú crees que los hombres que les quitan la miel a ustedes, son más justos, grandísima tonta?
–No, no es por eso que nos quitan la miel —respondió la abeja.
¿Y por qué, entonces?
–Porque son más inteligentes.
Así dijo la abejita. Pero la culebra se echó a reír, exclamando:
–¡Bueno! Con justicia o sin ella te voy a comer; apróntate.
Y se echó atrás, para lanzarse sobre la abeja. Pero ésta exclamó:
–Usted hace eso porque es menos inteligente que yo.
–¿Yo menos inteligente que tú, mocosa?—se rió la culebra.
–Así es —afirmó la abeja.
–Pues bien —dijo la culebra—, vamos a verlo. Vamos a hacer dos pruebas. La que haga la prueba más rara, ésa gana. Si gano yo, te como.

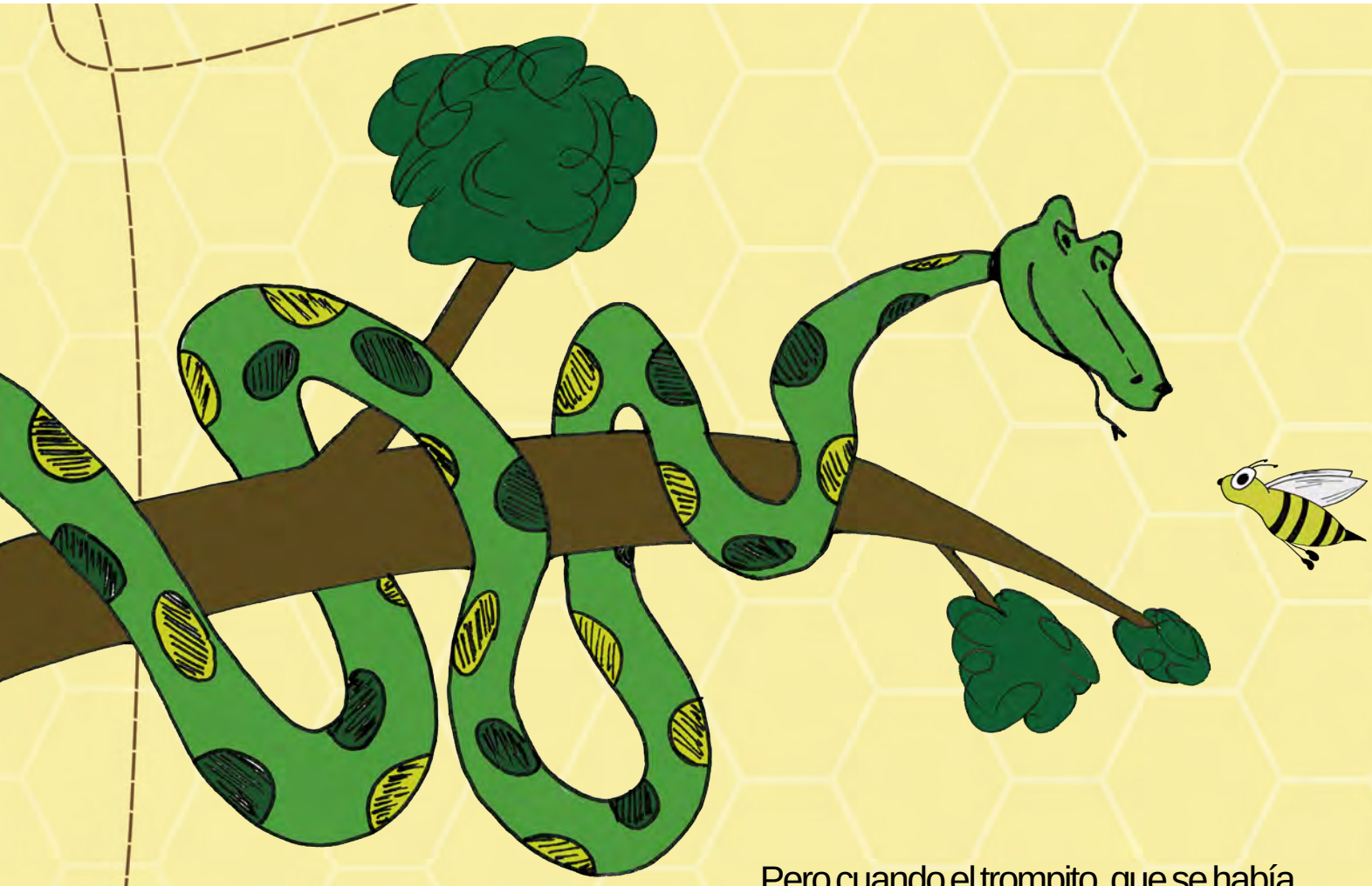
–¿Y si gano yo?—preguntó la abejita.
–Si ganas tú—repuso—repuso su enemiga—, tienes el derecho de pasar la noche aquí, hasta que sea de día. ¿Te conviene?
–Acepto —contestó la abeja.

La culebra se echó a reír de nuevo, porque se le había ocurrido una cosa que jamás podría hacer una abeja. Y he aquí lo que hizo.

Salió un instante afuera, tan velozmente que la abeja no tuvo tiempo de nada. Y volvió trayendo una cápsula de semillas de eucalipto, de un eucalipto que estaba al lado de la colmena y que le daba sombra.
Los muchachos hacen bailar como trompos esas cápsulas, y les llaman trompitos de eucalipto.

–Esto es lo que voy a hacer—dijo la culebra. —¡Fíjate bien, atención!
Y arrollando vivamente la cola alrededor del trompito como un piolín la desenvolvió a toda velocidad, con tanta rapidez que el trompito quedó bailando y zumbando como un loco.

La culebra se reía, y con mucha razón, porque jamás una abeja ha hecho ni podrá hacer bailar a un trompito.



Pero cuando el trompito, que se había quedado dormido zumbando, como les pasa a los trompos de naranjo, cayó por fin al suelo, la abeja dijo:

–Esa prueba es muy linda, y yo nunca podré hacer eso.
–Entonces, te como —exclamó la culebra.
–¡Un momento! Yo no puedo hacer eso; pero hago una cosa que nadie la hace.
–¿Qué es eso?
–Desaparecer.

--¿Cómo? —exclamó la culebra, dando un salto de sorpresa—. ¿Desaparecer sin salir de aquí?
–Sin salir de aquí.
–¿Y sin esconderte en la tierra?
–Sin esconderme en la tierra.
–Pues bien, ¡hazlo! Y si no lo haces, te como en seguida—dijo la culebra.

El caso es que mientras el trompito bailaba, la abeja había tenido tiempo de examinar la caverna y había visto una plantita que crecía allí. Era un arbustillo, casi un yuyito, con grandes hojas del tamaño de una moneda de dos centavos.

La abeja se arrimó a la plantita teniendo cuidado de no tocarla, y dijo así:
–Ahora me toca a mí, señora Culebra. Me va a hacer el favor de darse vuelta, y contar hasta tres. Cuando diga “tres”, búsqueme por todas partes, ¡ya no estaré más!

Y así pasó, en efecto. La culebra dijo rápidamente: ”uno…, dos…, tres”, y se volvió y abrió la boca cuan grande era, de sorpresa: allí no había nadie. Miró arriba, abajo, a todos lados, recorrió los rincones, la plantita, tanteó todo con la lengua. Inútil: la abeja había desaparecido…

La culebra comprendió entonces que si su prueba del trompito era muy buena, la prueba de la abeja era simplemente extraordinaria. ¿Qué se había hecho? ¿Dónde estaba?
No había modo de hallarla
–¡Bueno! —exclamó por fin—. Me doy por vencida.
¿Dónde estás?

Una voz que apenas se oía —la voz de la abejita— salió del medio de la cueva.

–¿No me vas a hacer nada?—dijo la voz— ¿Puedo contar con tu juramento?
–Sí —respondió la abejita, apareciendo súbitamente de entre una hoja cerrada de la plantita.

¿Qué había pasado? Una cosa muy sencilla: la plantita en cuestión era una sensitiva, muy común también aquí en Buenos Aires, y que tiene la particularidad de que sus hojas se cierras al menor contacto. Solamente que esta aventura pasaba en Misiones, donde la vegetación es muy rica, y por lo tanto muy grandes las hojas de las sensitivas. De aquí que, al contacto de la abeja, las hojas se cerraran, ocultando completamente al insecto.

La inteligencia de la culebra no había alcanzado nunca a darse cuenta de este fenómeno; pero la abeja lo había observado, y se aprovechaba de él para salvar su vida.

La culebra no dijo nada, pero quedó muy irritada con su derrota, tanto que la abeja pasó toda la noche recordando a su enemiga la promesa que había hecho de respetarla.

Fue una noche larga, interminable, que las dos pasaron arrimadas contra la pared más alta de la caverna, porque la tormenta se había desencadenado, y el agua entraba como un río adentro.

Hacía mucho frío, además, y adentro reinaba la oscuridad más completa. De cuando en cuando la culebra sentía impulsos de lanzarse sobre la abeja, y ésta creía entonces llegado el término de su vida.

Nunca, jamás, creyó la abejita que una noche podría ser tan fría, tan horrible. Recordaba su vida anterior, durmiendo noche tras noche en la columna, bien calientita, y lloraba entonces en silencio.

Cuando llegó el día, y salió el sol, porque el tiempo se había compuesto, la abejita voló y lloró otra vez en silencio ante la puerta de la colmena hecha por el esfuerzo de la familia. Las abejas de guardia la dejaron pasar sin decirle nada, porque comprendieron que la que volvía no era la paseandera haragana, sino una abeja que había hecho en sólo una noche un duro aprendizaje de la vida.

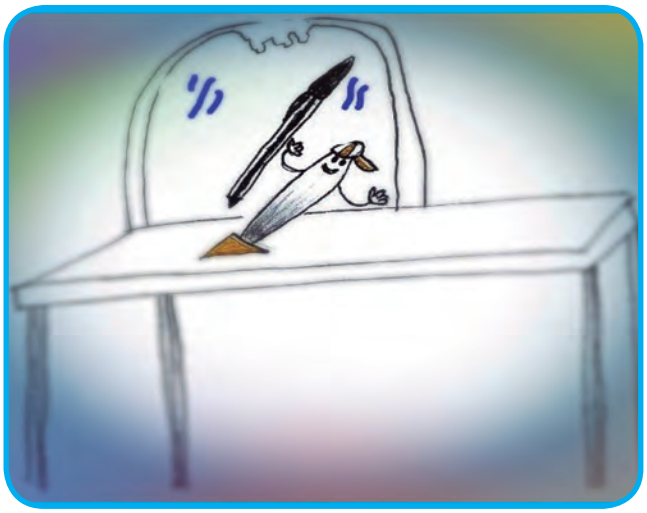
Asi fue, en efecto. En adelante, ninguna como ella recogió tanto polen ni fabricó tanta miel. Y cuando el otoño llegó, y llegó también el término de sus días, tuvo aún tiempo de dar una última lección antes de morir a las jóvenes abejas que la rodeaban:

–No es nuestra inteligencia, sino nuestro trabajo quien nos hace tan fuertes. Yo usé una sola vez de mi inteligencia, y fue para salvar mi vida. No habría necesitado de ese esfuerzo, si hubiera trabajado como todas. Me he cansado tanto volando de aquí para allá, como trabajando. Lo que me faltaba era la noción del deber, que adquirí aquella noche.

Trabajen, compañeras, pensando que el fin a que tienden nuestros esfuerzos —la felicidad de todos— es muy superior a la fatiga de cada uno. A esto los hombres llaman ideal, y tienen razón. No hay otra filosofía en la vida de un hombre y de una abeja.

*Horacio Quiroga*
*(Uruguayo)*

# Lectura 8 Negrito y el sueño



María José llego de la escuela y pidió a Negrito que le ayudara a hacer unas oraciones que la maestra le había dejado de tarea.

Pasó un rato y Negrito se paró, porque estaba cansado, y preguntó a María José:
- ¿Por qué tienes que escribir tantas oraciones?
- ¡Ah! Es que estoy aprendiendo las partes de una oración, y el único modo de aprender es practicando mucho.

María José apreciaba mucho a Negrito, ya que siempre le ayudaba a tomar apuntes. La pasaban muy bien juntos, pues mientras hacían la tarea, conversaban.
Una tarde, María José se fue a repartir las tarjetas para su cumpleaños y se encontró con una niña que vestía muy diferente a ella, y decidió saludarla.
- Hola - dijo María José
- Hola - respondió la niña, muy sonriente.
- Nunca te había visto por aquí.
- Nunca me habías visto por aquí, porque no pertenezco a este lugar.
- ¿Y de qué ciudad vienes?
- De esta misma – contestó.
- ¿Y cómo es que dices que no perteneces a este lugar?
- Es que vengo del pasado y esta ciudad era diferente cuando yo vivía aquí. Ha cambiado mucho.

María José se sorprendió al conocer a una persona de otro tiempo y decidió invitar a Sarahí, que así se llamaba la niña, a su casa para que le platicara como era todo antes.

Sarahí le contaba a María José que antes no habían robots, y menos uno que hiciera la comida, y que lo más parecido a ello era una estufa que utilizaba energía eléctrica, pero que era su mamá la que preparaba la comida en ella. Llamó a Negrito para presentárselo a Sarahí, y cuando ella lo vio, se sorprendió al saber que no era un niño como ella imaginó, sino un robot con la forma de lápiz que escribía por si solo lo que María José le dictaba.

- ¿Por qué te sorprendes? - pregunto María José.
- Porque nunca pensé que en el futuro me encontraría con un lápiz que escribe solo. - respondió Sarahí.
-Y, entonces, cómo lo hacían antes?
- Con un simple lápiz que nos dejaba los dedos dormidos y rojos de hacer las planas que la maestra nos mandaba.
- Hola Sarahí - dijo Negrito.
- Hola Negrito - dijo ella sin poder decir más porque casi cae de la silla.
Sarahí quedó aún más sorprendida al ver que Negrito también escribía.
- ¿De qué hablaban? - pregunto él.
- De que antes no había lápices como tú. - habló María José
- Si, conocí a muchos de mis antepasados. - dijo recordando haber visto imágenes en internet.

Y así continuo la plática hasta que llegó la hora en que Sarahí tendría que volver, pues no era su tiempo y no podía quedarse ahí para siempre. María José escuchaba que le hablaban y creía reconocer la voz de Sarahí, pero no entendía por qué ella le hablaba, si hacia un rato se había marchado. Comenzó a ver que las cosas se desintegraban, incluso a Negrito, que no alcanzó a ponerle tilde a una palabra. Despertó con un libro en la cara, y con su amiga Sarahí junto a ella tratando de despertarla, pues tenían tarea y no había comenzado porque se había quedado dormida. Se entristeció un poco al darse cuenta que todo era un sueño, pero recordó que le encantaba escribir y que, aunque sería sorprendente tener un robot en forma de lápiz, no le gustaría dejar de hacerlo.

*Yalena María Andino*
*(Hondureña)*

# Unidad 2

En esta unidad aprenderé a valorar diferentes textos, mediante la participación activa, lectura comprensiva y producción de textos como: cartas, solicitudes de empleo, diario personal, entrevistas. Disfrutaré de la lectura de novelas cortas, elaboración de guion radial, recibos y pagarés. Utilizaré adecuadamente la gramática y la ortografía en la producción de textos en forma individual y en equipo valorando continuamente mi aprendizaje.

## Indicadores de logro

- Lee con sentido crítico textos para comunicarse de manera funcional, informarse, ampliar y profundizar sus conocimientos.
- Identifica y valora la función social de textos informativos.
- Redacta textos con diferentes propósitos, utiliza su creatividad y los mejora hasta obtener una versión final.
- Reflexiona sobre la construcción gramatical, palabras sinónimas, antónimas y de varios significados, en el uso de la lengua y normas de ortografía.

## Contenido de la unidad

- **Lectura 1:** Ardiente paciencia
- **Lectura 2:** La luz es como el agua
- **Lectura 3:** Lo sorprendente del universo
- **Lectura 4:** Protagonista del día Thomas Alva Edison
- **Lectura 5:** Oliver Twist
- **Lectura 6:** Guion radial
- **Lectura 7:** Los viajes de Gulliver
- **Lectura 8:** La buenaventura

# Lectura 1

# Ardiente paciencia (Fragmento)

En una visita a la parroquia, el telegrafista hizo su planteo al cura que había casado a la pareja, y revisando las utilerías arrumbadas en la bodega del último vía crucis escenificado en San Antonio por Aníbal Reina, padre, popularmente conocido como el “rasca reina”, apodo que heredó su talentoso y socialista hijo, encontraron un par de alas trenzadas con plumas de gansos, patos, gallinas y otros volátiles, que accionadas por un piolín batían angelicalmente. Con paciencia de orfebre el cura montó un pequeño andamio sobre el lomo del funcionario de correos, le puso su visera de plástico verde, semejante a la de los gangsters en los garitos, y con limpiador “Brasso” le sacó brillo a la cadena de oro del reloj que le atravesaba la panza.

Al mediodía, el telegrafista avanzó desde el mar hasta la hostería dejando estupefactos a los bañistas que vieron atravesar sobre la inflamada arena al ángel más gordo y viejo de toda la historia hagiográfica.

Mario, Beatriz y Rosa ocupados en cuantas tendientes a confeccionar un menú que sorteara los precoces problemas del desabastecimiento, creyeron ser víctimas de una alucinación. Más en cuanto el telegrafista gritó desde la distancia: “Correo de Pablo Neruda para Mario Jiménez” alzando en una mano un paquete con no tantas estampillas como pasaporte chileno pero más cintas que árbol de pascua y en la otra una pulcra carta, el cartero flotó sobre la arena y le arrebató ambos objetos. Fuera de sí, los puso en la mesa y los observó cual si fueran dos preciosos jeroglíficos. La viuda, repuesta de su arrebato onírico, increpó al telegrafista con tono británico:

— ¿Tuvo viento a favor?
— Viento a favor, pero mucho pájaro en contra.

Mario se apretó ambas sienes y parpadeó de un bulto a otro.

— ¿Qué abro primero? ¿La carta o el paquete?
— El paquete, mijo — dijo la viuda, haciendo ademán de tomarlo.

El telegrafista se echó aire con un ala y levantó un admonitorio ante las narices de la viuda.

— No sea materialista, suegra.

La mujer se echó sobre el respaldo de la silla.

— A ver usted que se las da de culto. ¿Qué es un materialista?
— Alguien que cuando tiene que elegir entre una rosa y un pollo, elige siempre el pollo — farfulló el telegrafista.

Carraspeando, Mario se puso de pie y dijo:

— Señoras y señores, voy a abrir la carta.
Puesto que ya había propuesto incluir ese sobre donde su nombre aparecía reciamente diagramado por la tinta verde del poeta en su colección de trofeos sobre la pared del dormitorio, lo fue rasgando con la paciencia y la levedad de una hormiga. Con las manos temblorosas puso frente a sus ojos el contenido y comenzó a silabearlo cuidando que no se le saltara ni el más insignificante signo:

— “Que-ri-do Ma-rio Ji-mé-nez de pies a-la-dos.”

De un manotazo la viuda le arrebató la carta y procedió a patinar sobre las palabras sin pausa ni entonaciones:
“Querido Mario Jiménez, de pies alados, recordada Beatriz González de Jiménez, chispa e incendio de Isla Negra, señora excelentísima Rosa viuda de González, querido futuro heredero Pablo Neftalí Jiménez González, delfín de Isla Negra, eximio nadador en la tibia placenta de tu madre, y cuando salgas al sol rey de las rocas, los volantines, y campeón en ahuyentar gaviotas, queridos, queridísimos cuatros”.

“No les he escrito antes como había prometido porque no quería mandarles solo una tarjeta postal con las bailarinas de Degas. Sé que ésta es la primera carta que recibes en tu vida, Mario, y por lo menos tenía que venir dentro de un sobre; si no, no vale. Me da risa que esta carta te la tuviste que repartir tú mismo. Ya me contarás todo lo de la Isla y me dirá a qué te dedicas ahora que la correspondencia me llega a París. Es de esperar que no te hayan echado de correos y telégrafos, por ausencia del poeta. ¿O acaso el presidente Allende te ofreció alguna ministerio?”

“Ser embajador en Francia es algo nuevo e incómodo para mí. Pero entraña un desafío. En Chile hemos hecho una revolución a la chilena muy admirada y discutida. El nombre de Chile se ha engrandado en forma extraordinaria”. ¡Hmm!

— El ¡hmm! Es mío — intercaló la viuda, sumergiéndose otra vez en la carta.
“Vivo con Matilde en un dormitorio tan grande que serviría para alojar a un guerrero con su caballo. Pero me siento muy, muy lejos de los días de alas azules en mi casa de Isla Negra”

“Los extraña y los abraza vuestro vecino y celestino, Pablo Neruda”.

— Abramos el paquete — dijo doña Rosa tras cortar con el fatídico cuchillo cocinero las cuerdas que lo ataban. Mario tomó la carta y se puso a revisar concienzudamente el final y luego el dorso.
— ¿Eso era todo?
— ¿Qué más quería pues yerno?
— Esa cosa con “PD” que se pone al terminar de escribir.
— No, pues, no tenía ninguna huevada con PD.
— Me parece raro que sea tan corta. Porque si uno la mira así de lejos, como que se ve más larga.
— Lo que pasa es que la mami la leyó muy rápido — dijo Beatriz.
— Rápido o lento — dijo doña Rosa, a punto de acabar con la cuerda y el paquete— las palabras dicen lo mismo. La velocidad es independiente de lo que significan las cosas.

Pero Beatriz no oyó el teorema. Se había concentrado en la expresión ausente de Mario quien parecía dedicarle su perplejidad al infinito.

— ¿Qué te quedaste pensando?
— En que falta algo. Cuando a mí me enseñaron a escribir cartas en el colegio, me dijeron que siempre había que poner al final PD y después agregar alguna otra cosa que no se había dicho en la carta. Estoy seguro que don Pablo se olvidó de algo.

Rosa estuvo escarbando en la abundante paja que rellenaba el paquete hasta que terminó alzando con la ternura de una partera una japonesísima grabadora "Sony" de micrófono incorporado.

— Le debe haber costado plata al poeta — dijo solemne. Se disponía a leer una tarjeta manuscrita en tinta verde pendiente de un elástico que circundaba al aparato, cuando Mario se la arrebató de un manotazo.

— ¿Ah, no señora! Usted lee demasiado rápido.

Puso la tarjeta algunos centímetros delante, como si la calzara sobre un atril, y fue leyendo con su tradicional estilo silábico: "Que-ri-do Ma-rio dos pun-tos a-prie-ta el bo-tón del me-dio".

— Usted se demoró más en leer la tarjeta que yo en leer la carta — simuló un bostezo la viuda.

— Es que usted no lee las palabras sino que se las traga, señora. Las palabras hay que saborearlas. Uno tiene que dejar que deshagan en la boca.

Hizo una espiral con el dedo y enseguida lo asestó en la tecla del medio. Aunque la voz de Neruda fue emitida con fidelidad por la técnica japonesa, solo los días posteriores alertaron al cartero sobre los avances nipones de la electrónica pues la primera palabra del poeta lo turbó cual un elixir: "Posdata".

— ¿Cómo se para? — gritó Mario.

Beatriz puso un dedo sobre la tecla roja.

— "Posdata" — bailó el muchacho e impregnó un beso en la mejilla de la suegra—. Tenía razón señora. PD ¡Posdata! Yo le dije que no podía haber una carta sin posdata. El poeta no se olvidó de mí. ¡Yo sabía que la primera carta de mi vida tenía que venir con posdata! Ahora está todo claro, suegrita. La carta y la posdata.

— Bueno — repuso la viuda —. La carta y la posdata. ¿Y por eso llora?
— ¿Yo?
— Sí
— ¿Beatriz?
— Pero cómo puedo estar llorando si no estoy triste. Si no me duele nada.
— Parece beata en un velorio — gruñó Rosa —. Séquese la cara y apriete el botón de en medio de una vez.
— Bien. Pero desde el comienzo.

Hizo devolver la cinta, pulsó la tecla indicada, y ahí estaba otra vez la pequeña caja con el poeta adentro. Un Neruda sonoro y portable. El joven extendió la mirada hacia el mar, y tuvo el sentimiento de que el paisaje se completaba, que durante meses había cargado una carencia, que ahora podía respirar hondo, que esa dedicatoria, "a mi entrañable amigo y compañero Mario Jiménez", había sido sincera.

— "Posdata" — oyó otra vez embelesado.
— Cállese — dijo la viuda.
— Yo no he dicho nada.

— “Quería mandarte algo aparte de las palabras. Así que metí mi voz en esta jaula que canta. Una jaula que es un pájaro. Te la regalo. Pero también quiero pedirte algo, Mario, que solo tú puedes cumplir. Todos mis otros amigos o no sabrían qué hacer, o pensarían que soy un viejo chocho y ridículo. Quiero que vayas con esta grabadora paseando por Isla Negray me grabes todos los sonidos y ruidos que vayas encontrando. Necesito desesperadamente aunque sea el fantasma de mi casa. Mi salud no anda bien. Me faltan los pájaros. Màndame los sonidos de mi casa. Entra hasta el jardín y deja sonar las campanas. Primero graba ese repicar delgado de las campanas pequeñas cuando las mueve el viento, y luego tira de la soga de la campana mayor, cinco, seis veces. ¡Campana, mi campana! No hay nada que suene tanto como la palabra campana si la colgamos de un campanario junto al mar. Y àndate hasta las rocas, grábame la reventazón de las olas. Y si oyes gaviotas, grábalas. Y si oyes el silencio de las estrellas siderales, grábalo. Paris es hermoso, pero es un traje que me queda demasiado grande. Además aquí es invierno, y el viento revuelve la nieve como un molino la harina. La nieve sube y sube, me trepa por la piel. Me hace un triste rey con su túnica blanca. Ya llega mi boca, ya me tapa los labios, ya no me salen las palabras”.

“Y para que conozcas algo de la música de Francia, te mando una grabación del año 38 que encontré entumida en una tienda de discos usados en el Barrio Latino. ¡Cuántas veces la canté cuando joven! Siempre había querido tenerla y no supe. Se llama “J’attendrai”, la canta Rina Kelly, y la letra dice: “Esperaré, día y noche, esperaré siempre que regreses”.

Un clarinete introdujo los primeros compases, grave sonámbulo, y un xilofón los repitió leve, más o menos nostálgico. Y cuando Rita Kelly rezó el primer verso, el bajo y la batería la acompañaron, sordo y calmo uno, susurrante y arrastrado la otra. Mario supo esta vez que su mejía estaba otra vez mojada, y aunque amó la canción a primeras oídas, se fue discreto rumbo a la playa hasta que el estruendo del oleaje hizo que la melodía ya no lo alcanzara.

*Antonio Skármeta*
*(Chileno)*

# Lectura 2 La luz es como el agua

En navidad los niños volvieron a pedir un bote de remos.

—De acuerdo —dijo el papá, lo compraremos cuando volvamos a Cartagena.

Totó, de nueve años, y Joel, de siete, estaban más decididos de lo que sus padres creían.

—No —dijeron a coro—. Nos hace falta ahora y aquí.

—Para empezar —dijo la madre—, aquí no hay más aguas navegables que la que sale de la ducha.

Tanto ella como el esposo tenían razón. En la casa de Cartagena de Indias había un patio con un muelle sobre la bahía, y un refugio para dos yates grandes. En cambio aquí en Madrid vivían apretados en el piso quinto del número 47 del Paseo de la Castellana. Pero al final ni él ni ella pudieron negarse, porque les habían prometido un bote de reinos con su sextante y su brújula si se ganaban el laurel del tercer año de primaria, y se lo habían ganado. Así que el papá compró todo sin decirle nada a su esposa, que era la más reacia a pagar deudas de juego. Era un precioso bote de aluminio con un hilo dorado en la línea de flotación.

—El bote está en el garaje —reveló el papá en el almuerzo—. El problema es que no hay cómo subirlo ni por el ascensor ni por la escalera, y en el garaje no hay más espacio disponible.

Sin embargo, la tarde del sábado siguiente los niños invitaron a sus condiscípulos para subir el bote por las escaleras, y lograron llevarlo hasta el cuarto de servicio.

—Felicitaciones —les dijo el papá ¿ahora qué?

—Ahora nada —dijeron los niños—. Lo único que queríamos era tener el bote en el cuarto, y ya está.

La noche del miércoles, como todos los miércoles, los padres se fueron al cine. Los niños, dueños y señores de la casa, cerraron puertas y ventanas, y rompieron la bombilla encendida de una lámpara de la sala. Un chorro de luz dorada y fresca como el agua empezó a salir de la bombilla rota, y lo dejaron correr hasta que el nivel llego a cuatro palmos. Entonces cortaron la corriente, sacaron el bote, y navegaron a placer por entre las islas de la casa.

Esta aventura fabulosa fue el resultado de una ligereza mía cuando participaba en un seminario sobre la poesía de los utensilios domésticos. Totó me preguntó cómo era que la luz se encendía con sólo apretar un botón, y yo no tuve el valor de pensarlo dos veces.

—La luz es como el agua —le contesté: uno abre el grifo, y sale.

De modo que siguieron navegando los miércoles en la noche, aprendiendo el manejo del sextante y la brújula, hasta que los padres regresaban del cine y los encontraban dormidos como ángeles de tierra firme. Meses después, ansiosos de ir más lejos, pidieron un equipo de pesca submarina. Con todo: máscaras, aletas, tanques y escopetas de aire comprimido.

—Está mal que tengan en el cuarto de servicio un bote de remos que no les sirve para nada —dijo el padre—. Pero está peor que quieran tener además equipos de buceo.

—¿Y si nos ganamos la gardenia de oro del primer semestre? —dijo Joel.

—No —dijo la madre, asustada—. Ya no más.

El padre le reprochó su intransigencia.

—Es que estos niños no se ganan ni un clavo por cumplir con su deber —dijo ella—, pero por un capricho son capaces de ganarse hasta la silla del maestro.

Los padres no dijeron al fin ni que sí ni que no. Pero Totó y Joel, que habían sido los últimos en los dos años anteriores, se ganaron en julio las dos gardenias de oro y el reconocimiento público del rector. Esa misma tarde, sin que hubieran vuelto a pedirlos, encontraron en el dormitorio los equipos de buzos en su empaque original. De modo que el miércoles siguiente, mientras los padres veían *El último tango en París*, llenaron el apartamento hasta la altura de dos brazas, bucearon como tiburones mansos por debajo de los muebles y las camas, y rescataron del fondo de la luz las cosas que durante años se habían perdido en la oscuridad.

En la premiación final los hermanos fueron aclamados como ejemplo para la escuela, y les dieron diplomas de excelencia. Esta vez no tuvieron que pedir nada, porque los padres les preguntaron qué querían. Ellos fueron tan razonables, que sólo quisieron una fiesta en casa para agasajar a los compañeros de curso.

El papá a solas con su mujer, estaba radiante.

—Es una prueba de madurez —dijo.
—Dios te oiga —dijo la madre.

El miércoles siguiente, mientras los padres veían La Batalla de Argel, la gente que pasó por la Castellana vio una cascada de luz que caía de un viejo edificio escondido entre los árboles. Salí por los balcones, se derramaba a raudales por la fachada, y se encauzó por la gran avenida en un torrente dorado que iluminó la ciudad hasta el Guadarrama.

Llamados de urgencia, los bomberos forzaron la puerta del quinto piso, y encontraron la casa rebosada de luz hasta el techo. El sofá y los sillones

forrados en piel de leopardo flotaban en la sala a distintos niveles, entre las botellas del bar y el piano de cola y su mantón de Manila que aleteaba a media agua como una mantarraya de oro. Los utensilios domésticos, en la plenitud de su poesía, volaban con sus propias alas por el cielo de la cocina. Los instrumentos de la banda de guerra, que los niños usaban para bailar, flotaban al garete entre los peces de colores liberados de la pecera de mamá, que eran los únicos que flotaban vivos y felices en la vasta ciénaga iluminada. En el cuarto de baño flotaban los cepillos de dientes de todos, los preservativos de papá, los pomos de cremas y la dentadura de repuesto de mamá, y el televisor de la alcoba principal flotaba de costado, todavía encendido en el último episodio de la película de media noche prohibida para niños.

Al final del corredor, flotando entre dos aguas, Totó estaba sentado en la popa del bote, aferrado a los remos y con la máscara puesta, buscando el faro del puerto hasta donde le alcanzó el aire de los tanques, y Joel flotaba en la proa buscando todavía la altura de la estrella polar con el sextante, y flotaban por toda la casa sus treinta y siete compañeros de clase, eternizados en el instante de hacer pipí en la maceta de geranios, de cantar el himno de la escuela con la letra cambiada por versos de burla contra el rector, de beberse a escondidas un vaso de brandy de la botella de papá. Pues habían abierto tantas luces al mismo tiempo que la casa se había rebosado, y todo el cuarto año elemental de la escuela de San Julián el Hospitalario se había ahogado en el piso quinto del número 47 del Paseo de la Castellana. En Madrid de España, una ciudad remota de veranos ardientes y vientos helados, sin mar ni río, y cuyos aborígenes de tierra firme nunca fueron maestros en la ciencia de navegar en la luz.

*Gabriel García Márquez*
*(Colombiano)*

## Plutón deja ser considerado planeta tras el acuerdo de la Comunidad Astronómica Internacional

**AGENCIAS**

MADRID.- Plutón ha dejado de ser considerado un planeta, por lo que el Sistema Solar pasa de nueve a ocho. A esta conclusión han llegado los casi 2.500 científicos participantes en la reunión de la Unión Astronómica Internacional (IAU) convocada en Praga para consensuar una definición de 'planeta'.

Los astrónomos del mundo llevan dos años de intensos debates para acordar una definición, después de que Brown descubriese en 2003 a UBS313, situado a 14.550 millones de kilómetros de la Tierra, lo cual planteó el problema de si debía ser reconocido o no como planeta, dado que es más grande que Plutón.

Plutón, descubierto hace 76 años por el científico estadounidense Clyde Tombaugh (1906-1997), ha sido objeto de disputa desde hace décadas,

sobre todo debido a su tamaño, que fue reducido año tras año y que ha sido establecido ahora en 2.300 kilómetros de diámetro.

De esta forma, Plutón es mucho más pequeño que la Tierra(12.750 kilómetros), pero también que la Luna terrestre (3.480 kilómetros) e, incluso, que 2003-UB313 (unos 3.000 kilómetros), que sin embargo se encuentra mucho más lejos del Sol.

Otro argumento en contra de Plutón es la forma poco ortodoxa de su órbita, cuya inclinación no es paralela a la de la Tierra y a los otros siete planetas del Sistema Solar

**La definición de planeta**

La definición de planeta aprobada por unanimidad en Praga viene precedida por dos años de debates y 10 días de controvertidas sesiones en la capital checa. Finalmente, los expertos han resuelto que los planetas y sus cuerpos en nuestro Sistema Solar se definen en tres categorías, de la siguiente manera:

- Primera categoría: “Un planeta es un cuerpo celeste que está en órbita alrededor del Sol, que tiene suficiente masa para tener gravedad propia para superar las fuerzas rígidas de un cuerpo de manera que asuma una forma equilibrada hidrostática, es decir, redonda, y que ha despejado las inmediaciones de su órbita”.

- Segunda categoría: “Un planeta enano es un cuerpo celeste que está en órbita alrededor del Sol, que tiene suficiente masa para tener gravedad propia para superar las fuerzas rígidas de un cuerpo de manera que asuma una forma equilibrada hidrostática, es decir, redonda; que no ha despejado las inmediaciones de su órbita y que no es un satélite.”

- Tercera categoría: “Todos los demás objetos que orbitan alrededor del Sol son considerados colectivamente como ‘cuerpos pequeños del Sistema Solar’”.

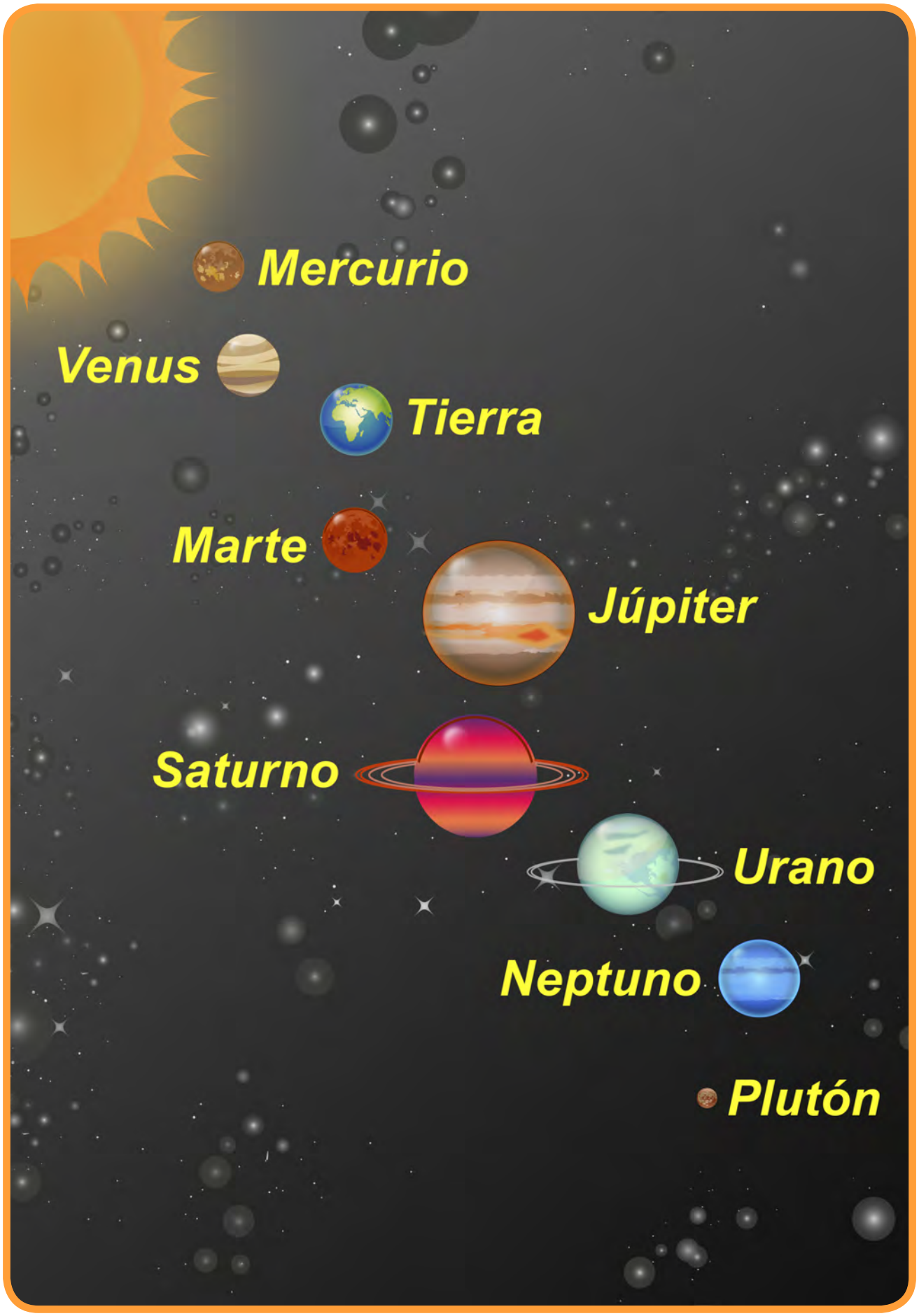
En consecuencia, de acuerdo con esta definición, los planetas del Sistema Solar son a partir de ahora ocho, en lugar de nueve: Mercurio, Venus, Tierra, Marte, Júpiter, Saturno, Urano, Neptuno (ordenados por su cercanía al Sol, de menor a mayor).

Plutón, descubierto en 1930, pierde así su condición de planeta, y continúa integrando el Sistema Solar como ‘planeta enano’.

**Las dos opciones**

Dos eran las opciones que tenían los expertos a la hora de adoptar una posición común. O bien reducirlos de nueve a ocho, al degradar la categoría de Plutón a ‘planeta enano’; o bien que el número de planetas crezca hasta 12 al sumar a la lista a Ceres, Caronte y el cuerpo celeste.

Con el avance de las sesiones se fue imponiendo la postura de los expertos que optaban por retirar el ‘status’ de planeta a Plutón, el más alejado y frío del Sistema Solar.


Mercurio
Venus
Tierra
Marte
Júpiter
Saturno
Urano
Neptuno
Plutón

# CALENTAMIENTO GLOBAL Y ACTIVIDAD SOLAR

Blanca Mendoza Instituto de Geofísica
Universidad Nacional Autónoma de México
**blanca@geofisica.unam.mx**

**Resumen:**

El Sol es la estrella más cercana a nosotros, sostiene todos los procesos biodinámicos de la Tierra y determina las condiciones fisicoquímicas de los planetas vecinos. Conforme la tecnología se ha desarrollado utilizando corrientes, conductores y ondas electromagnéticas, los efectos solares se han vuelto evidentes. Durante la segunda guerra mundial las radiocomunicaciones se empezaron a usar intensamente; a partir de entonces los efectos solares se reconocieron como un problema serio. Desde esa fecha, nuestra dependencia de la tecnología electrónica ha crecido enormemente, y con ello el potencial dañino del Sol.

**Palabras clave:** Sol, fisicoquímicas, electromagnéticas, tierra

## GLOBAL HEATING AND SOLAR ACTIVITY

**Abstract:**

The Sun, is the star nearest us, maintains all the biodinámicos Earth processes and determines the fisicoquímicas conditions of neighboring planets. In agreement the technology has been developed using current, conductive and electromagnetic waves, the solar effects have become evident. During World War II the radio communications began to use intensely; from then the solar effects they were recognized like a serious problem. From that date, our dependency of the electronic technology has grown enormously, and with it the harmful potential of the Sun.

**Key words:** Sun, fisicoquímicas, electromagnetic, earth

***Introducción***

El Sol es la estrella más cercana a nosotros, sostiene todos los procesos biodinámicos de la Tierra y determina las condiciones físicoquímicas de los planetas vecinos.

El Sol envía al medio interplanetario varios productos de su actividad: la radiación solar o irradiancia solar, las emisiones de masa de su atmósfera, ya sea en forma continua, como el llamado viento solar, o bien esporádica, como las eyecciones de masa coronal; también llegan partículas energéticas provenientes de explosiones solares llamadas fulguraciones o también de eyecciones de masa coronal. Como todas estas emisiones salen junto con el campo magnético del Sol, el espacio interplanetario está lleno del campo magnético y la atmósfera solares. Las fulguraciones emiten además una gran cantidad de energía luminosa en una amplia gama de longitudes de onda.

La respuesta de nuestro planeta a los productos de la actividad solar se da a través de la llamada actividad geomagnética. El viento solar confina al campo magnético terrestre o campo geomagnético en una cavidad conocida como la magnetosfera. Ésta ocasionalmente se conecta con las líneas del campo magnético interplanetario, como lo muestra la Figura 1, permitiendo en ese caso la entrada de material y partículas solares al entorno terrestre, lo cual produce cambios abruptos de la intensidad del campo magnético: las tormentas magnéticas. Las auroras (Figura 2) son otro resultado indiscutible de la interacción de la atmósfera solar con la terrestre: las partículas del viento solar interactúan con el oxígeno y el nitrógeno de la atmósfera, los cuales se excitan y al desexcitarse emiten los hermosos colores de las auroras.

***El Sol y la Tecnología***

Conforme la tecnología se ha desarrollado utilizando corrientes, conductores y ondas electromagnéticas, los efectos solares se han vuelto evidentes. Durante la segunda guerra mundial las radiocomunicaciones se empezaron a usar intensamente; a partir de entonces los efectos solares se reconocieron como un problema serio. Desde esa fecha, nuestra dependencia de la tecnología electrónica ha crecido enormemente, y con ello el potencial dañino del Sol. El colapso masivo del sistema hidroeléctrico de Québec en Canadá en 1989, que dio por resultado la pérdida temporal de 9 mil 450 megawatts de potencia eléctrica, marcó el momento en que no sólo la comunidad científica, sino el público en general, se preocuparon por la actividad solar. Algunos de los efectos que actualmente representan un problema son:

*Las corrientes inducidas geomagnéticamente*. Durante una tormenta magnética, las corrientes que fluyen en la región ionizada de nuestra atmósfera, la ionosfera, cambian rápidamente, produciendo su propio campo magnético, el cual se combina con el terrestre. Al nivel del piso también hay un cambio en el campo magnético, que induce corrientes eléctricas en cualquier conductor que esté presente. Frecuentemente no notamos estas *corrientes geomagnéticamente inducidas*. En un buen conductor, como los gaseoductos, oleoductos o líneas de transmisión eléctrica, las corrientes viajan por sus paredes. Los voltajes generados producen diferencias de potencial de por ejemplo 10 volts en un kilómetro, lo cual en un oleoducto de mil kilómetros genera una enorme diferencia de potencial de 10 mil volts. Las corrientes eléctricas inducidas son más peligrosas a altas latitudes, y en áreas que están sobre grandes depósitos de roca ígnea.

Debido a que las rocas ígneas tienen una baja conductividad, las corrientes inducidas viajan a través de los conductores hechos por el ser humano causando su corrosión y mal funcionamiento. Aunque las compañías eléctricas y petroleras diseñan mecanismos de protección, al construir más y mayores sistemas de potencia la vulnerabilidad se incrementa.

*Las comunicaciones*. Los satélites artificiales están en órbitas fuera de la mayor porción de la atmósfera terrestre, y por tanto hay poca fricción sobre ellos. Los satélites de comunicaciones se encuentran a casi 6 radios terrestres (un radio terrestre equivale 6 mil 378 kilómetros), pero hay satélites que orbitan más bajo. Durante épocas de alta actividad solar se incrementa la radiación ultravioleta y la precipitación de partículas energéticas a la atmósfera terrestre, calentándola y expandiéndola. Entonces los satélites de órbitas más bajas están en una atmósfera más densa, lo que incrementa la fricción sobre ellos, alterando sus órbitas y causando que algunos se precipiten a tierra. Los satélites en órbitas altas se encuentran bien protegidos dentro de la magnetosfera, pero si hay un evento particularmente intenso, por ejemplo una eyección de masa coronal muy energética, la magnetosfera se comprime y el satélite queda fuera de su cobijo, causando que las partículas energéticas y del viento solar corroan al satélite y dañen sus componentes.

Las radiotelecomunicaciones que se realizan a través de la ionosfera se ven también afectadas, al producirse allí ionización adicional debido a radiación ultravioleta y los rayos X, así como a partículas energéticas provenientes de eyecciones de masa coronal, fulguraciones solares o rayos cósmicos.

***Actividad Solar y Clima***

Como los efectos del Sol en la atmósfera superior de nuestro planeta son notables, entonces nos po- demos hacer la siguiente pregunta: ¿tendrá la actividad solar también una influencia directa sobre la capa atmosférica más baja, la troposfera, que es donde se produce el clima? Estaríamos tentados a responder afirmativamente, puesto que nadie duda de que es el Sol el que provee la energía de la troposfera poniendo en marcha complicados mecanismos para generar huracanes, tormentas, regular el ciclo hidrológico, etcétera.

Desde hace ya varios siglos se ha formulado esta pregunta y por tanto se han dado algunas propuestas, por ejemplo, ya en 1645, Antonii Mariae Scheyreli sugirió que un incremento en las manchas solares podría estar asociado con un clima frío. Para 1801, William Herschell decía que los altos precios de trigo indicaban un clima frío y lo asociaba con la aparición de pocas manchas solares. Las manchas solares se encuentran en la atmósfera solar más profunda, y tienen intensos campos magnéticos y temperaturas menores que sus alrededores, por ello se ven oscuras en contraste. Gracias a la variación de su número se identificó el ciclo solar de actividad de 11 años (Figura 3).

La radiación solar que han medido los satélites en las últimas tres décadas tiene una variación muy pequeña a lo largo del ciclo solar: 0.1 % entre el mínimo y el máximo. Tal cambio es despreciable al ser introducido en los modelos climáticos, y por ello no se le toma en cuenta. Incluso, en los medios meteorológicos, al total de la radiación solar se le llama “constante solar”, aun cuando varía. Sin embargo, en otras épocas la variación de la radiación solar ha sido más importante, llegando a incrementarse o disminuir entre 1 y 2 %. Es bien conocido que en el siglo 17 los ríos europeos se congelaron por varias decenas de años; se calcula que la temperatura promedio global del planeta bajó un grado centígrado. Este descenso coincidió con el llamado mínimo de Maunder de la actividad solar, durante el cual el Sol no tuvo manifestaciones de actividad por 70 años,

disminuyendo apreciablemente fenómenos tales como las manchas y la irradiancia solares .

El clima de la Tierra es primeramente una manifestación de cómo la radiación solar es absorbida, redistribuida en el sistema atmósfera–océano y posteriormente reradiada hacia el espacio exterior. La composición de la atmósfera incide directamente en el balance global de energía, ya que sus componentes reflejan o absorben la radiación solar proveniente del espacio, así como la radiación térmica reemitida por la superficie terrestre en diferentes formas.

La radiación solar que llega al tope de la atmósfera esta compuesta de todas las longitudes de onda, sin embargo, al penetrar en la atmósfera la radiación más energética, es decir con longitud de onda más corta, es absorbida por la atmósfera superior. Por tanto a la troposfera sólo llegan radiaciones en el visible, una ventana en radio y radiaciones de mayor longitud de onda. Al llegar a tierra estas radiaciones son degradadas al infrarrojo o calor. Este calor vuelve a la atmósfera pero el vapor de agua principalmente, y otros gases tales como el bióxido de carbono y el metano la atrapan. Esto produce un calentamiento de la superficie terrestre, llamado *Efecto Invernadero.*

*El Efecto Invernadero* esta íntimamente ligado con el problema del calentamiento global. La idea general sobre el fenómeno del calentamiento global es la siguiente: desde 1880 a la fecha ha habido un aumento constante del bióxido de carbono provocado por la actividad industrial y esto está provocando un efecto invernadero que conduce al calentamiento planetario. De hecho, el aumento de temperatura promedio observado desde principios del siglo 20 es de aproximadamente 0.5 °C.

En la Figura 4 mostramos la gráfica de la irradiancia solar, y dos gráficas de la temperatura del Hemisferio Norte, desde los años 1600 a 2000. Son gráficas que se hicieron combinando mediciones directas y reconstrucciones, basadas en otros parámetros terrestres.

Al comparar las curvas se observan algunas cosas:

a) Entre 1610 y 1650 se nota una reducción de temperatura. Luego un incremento notable de 1710 hasta cerca de 1790. Un nuevo decremento de temperatura se da alrededor de 1810. Se da un nuevo incremento después de 1810 y luego la temperatura se mantiene más o menos constante hasta 1925.

b) El mayor incremento de temperatura de todo el periodo (1600-2000) se observa a partir de 1925. En 1970 hay una disminución y después de este año se da un incremento aún mayor.

c) Como el bióxido de carbono siempre ha ido en aumento, la explicación que se da a la disminución de temperatura alrededor de 1970 es que la producción industrial de aerosoles tiene un efecto de enfriamiento que compensa al efecto de invernadero.

d) La irradiancia solar desde 1600 y hasta 1970 sigue más o menos las mismas tendencias que las curvas de temperatura. Pero ya para 1980 la temperatura sigue en pronunciado aumento sin que la irradiancia la siga.

La conclusión a la que llegamos es que en el cambio de la temperatura terrestre, el Sol ha jugado un papel muy importante hasta la década de los 70', pero después la actividad industrial definitivamente ha venido dominando.

La radiación solar, siendo parte de la actividad solar cambia con ésta. No sabemos cuándo el Sol presentará periodos de mucha menor o mucha mayor actividad y por tanto de radiación, como ya lo ha hecho en el pasado, por ejemplo o durante el mínimo de Maunder. Es por ello que la variabilidad solar debe incluirse en los modelos climáticos.

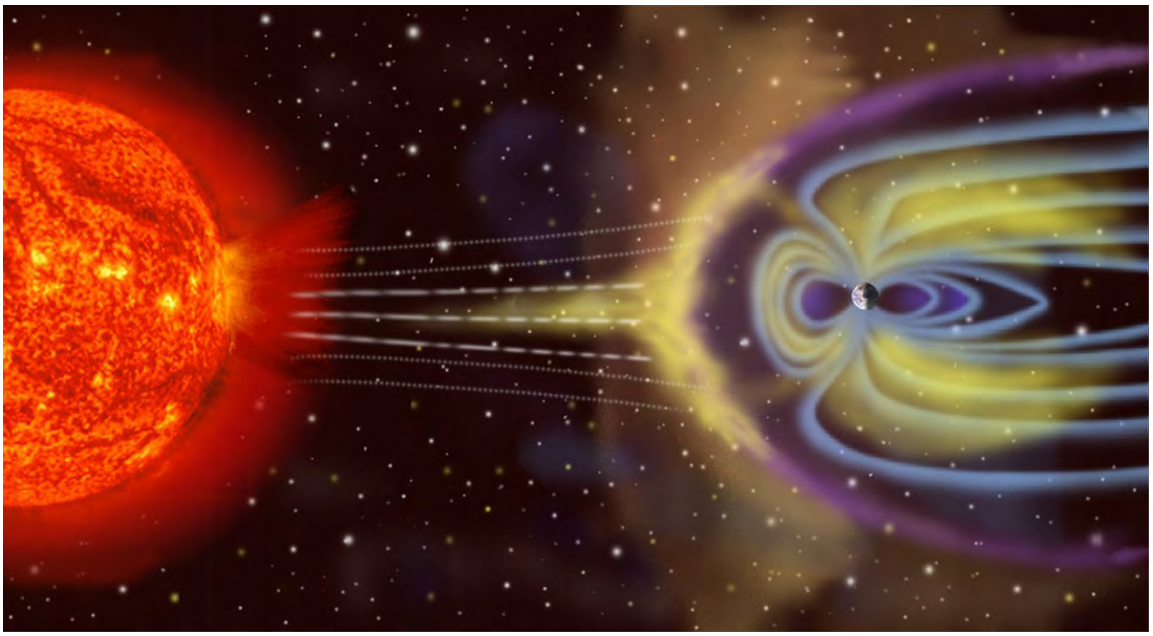


Figura 1. Se observa la cavidad magnética terrestre o Magnetosfera.
Si al llegar al entorno terrestre el material proveniente del Sol posee un campo magnético con una dirección opuesta al campo geomagnético, entonces ambos campos se pueden reconectar permitiendo la entrada de material y partículas energéticas solares.

Figura 2. Una espectacular aurora, producto del ingreso del viento solar a la alta atmósfera terrestre.

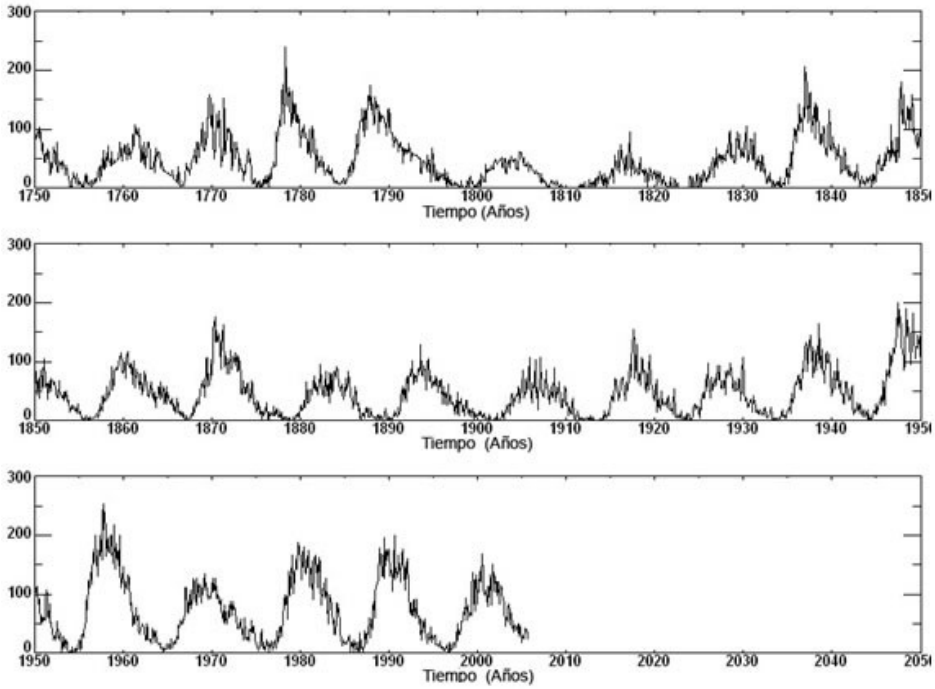



Figura 3. El ciclo solar se observa en el número promedio por mes de manchas solares.

Entre mínimo y mínimo de este número hay aproximadamente 11 años.

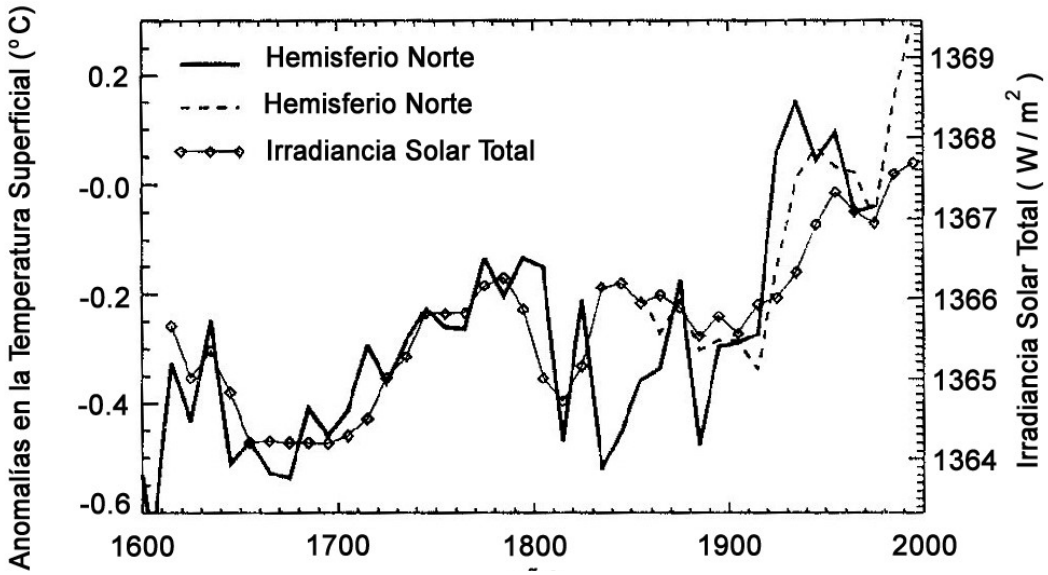



Figura 4. Las líneas llena y punteada corresponden a la temperatura del Hemisferio Norte y la línea con círculos a la irradiancia. Hasta década de los 70’ las variaciones de la irradiancia solar reproducen razonablemente la temperatura pero después de los 80’, la reproducción ya no es buena. Por tanto otras fuentes de variabilidad solar o diferentes de la fuente solar deben estar presentes.

***Bibliografía***

Bravo, S. Encuentro con Una Estrella,Vol. 38, colección La Ciencia para Todos, Fondo de Cultura Económica, 1987.

Hartmann W. K., Moons and Planets, Ed. Wodsworth, 1993.

Herrera Andrade, Miguel Ángel, El Origen del Universo, colección Viaje al Centro de la Ciencia, ADN, 2004.

Mendoza, B. Actividad Solar y Clima, Monografías del Instituto de Geofísica, No. 8, 2006.

Mendoza, B., Cordero, G., Lara, A., Maravilla, D., Valdés, J.F. y Velasco, V. Introducción a la Física Espa- cial, Dir. Gral. de Publ. UNAM, 2008.

Muñiz-Barreto L., El Geomagnetismo, Cuadernos del Instituto de Geofísica, No.11, UNAM-Plaza y Valdés, 1997.

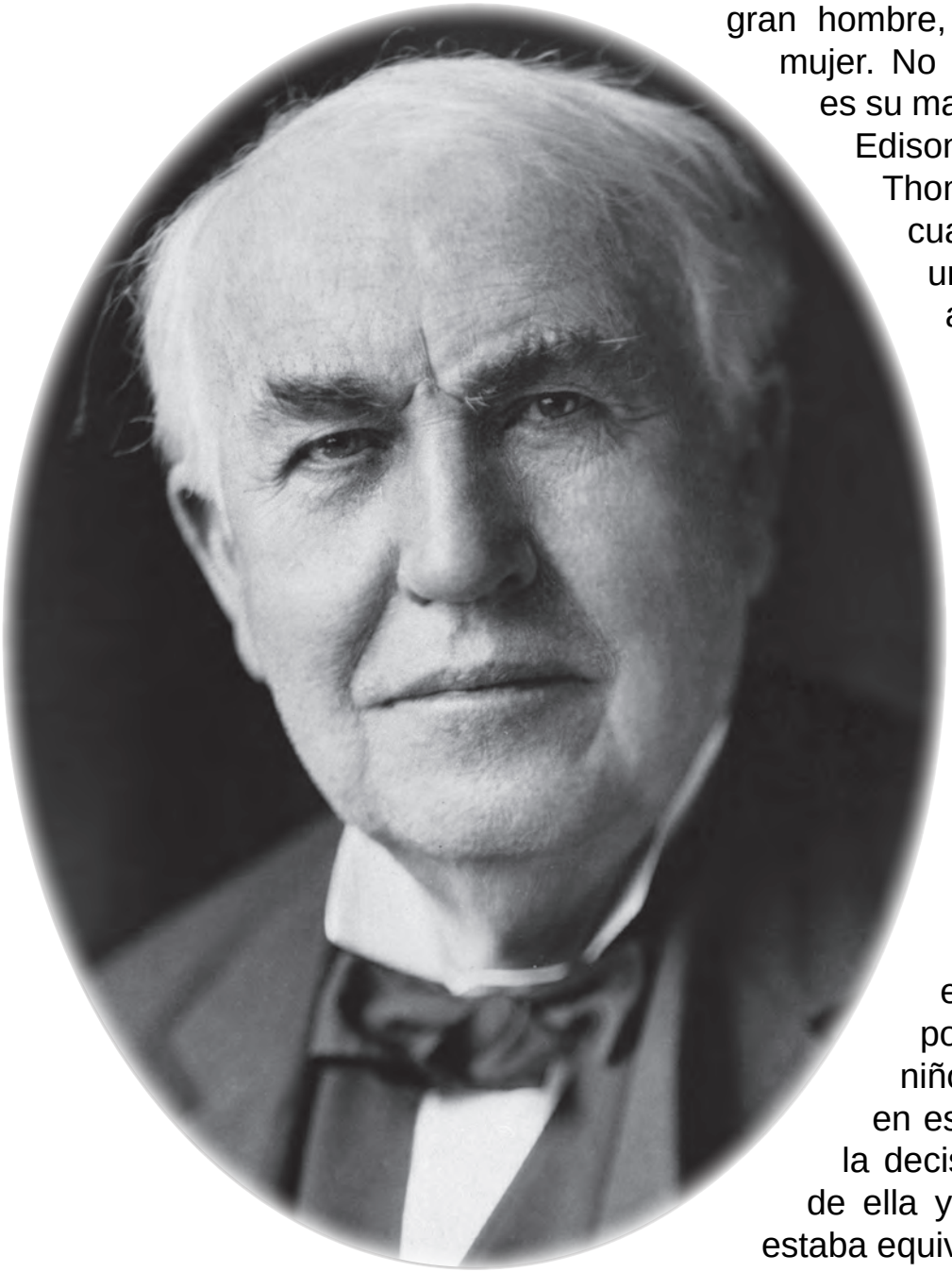
Otaola, J.A. y Valdés-Galicia, J.F., Los Rayos Cósmicos: Mensajeros de las Estrella Vol. 108, colección la Ciencia desde México, Fondo de Cultura Económica, México 1992.

Otaola, J. A., Mendoza, B. y Pérez, R., El Sol y la Tierra: una Relación Tormentosa Vol. 114, colección la Ciencia desde México, Fondo de Cultura Económica, 1993.

Revista Ciencia, Vol. 57 No 1, Revista de la Academia Mexicana de Ciencias, 2006.

Lectura 4

# Protagonista del día
# Thomas Alva Edison



Es conocido el dicho de que detrás de un gran hombre, suele haber una gran mujer. No pocas veces esa mujer es su madre, como en el caso de Edison que se llamaba Nancy. Thomas fue su séptimo hijo. Y cuando a la edad de 8 años un día regresó llorando a su casa, porque el maestro le calificó de "alumno inútil". Es el propio Thomas, quien cuenta lo que pasó: "Descubrí que una madre suele ser algo maravilloso, ya que mamá me tomó de la mano y me llevó de regreso a la escuela. Hecha una furia, le dijo al profesor que no sabía lo que estaba diciendo. Mamá fue la defensora más entusiasta que hubiera podido tener cualquier niño, y fue exactamente en ese instante cuando tomé la decisión de que sería digno de ella y le demostraría que no estaba equivocada."

**Biografía**

(Nació en Milan, Italia el 11 de febrero de 1847 -) Inventor norteamericano, el más genial de la era moderna. Su madre logró despertar la inteligencia del joven Edison, que era alérgico a la monotonía de la escuela. El milagro se produjo tras la lectura de un libro que ella le proporcionó titulado Escuela de Filosofía Natural, de Richard Green Parker; tal fue su fascinación que quiso realizar por sí mismo todos los experimentos y comprobar todas las teorías que contenía. Ayudado por su madre, instaló en el sótano de su casa un pequeño laboratorio convencido de que iba a ser inventor.

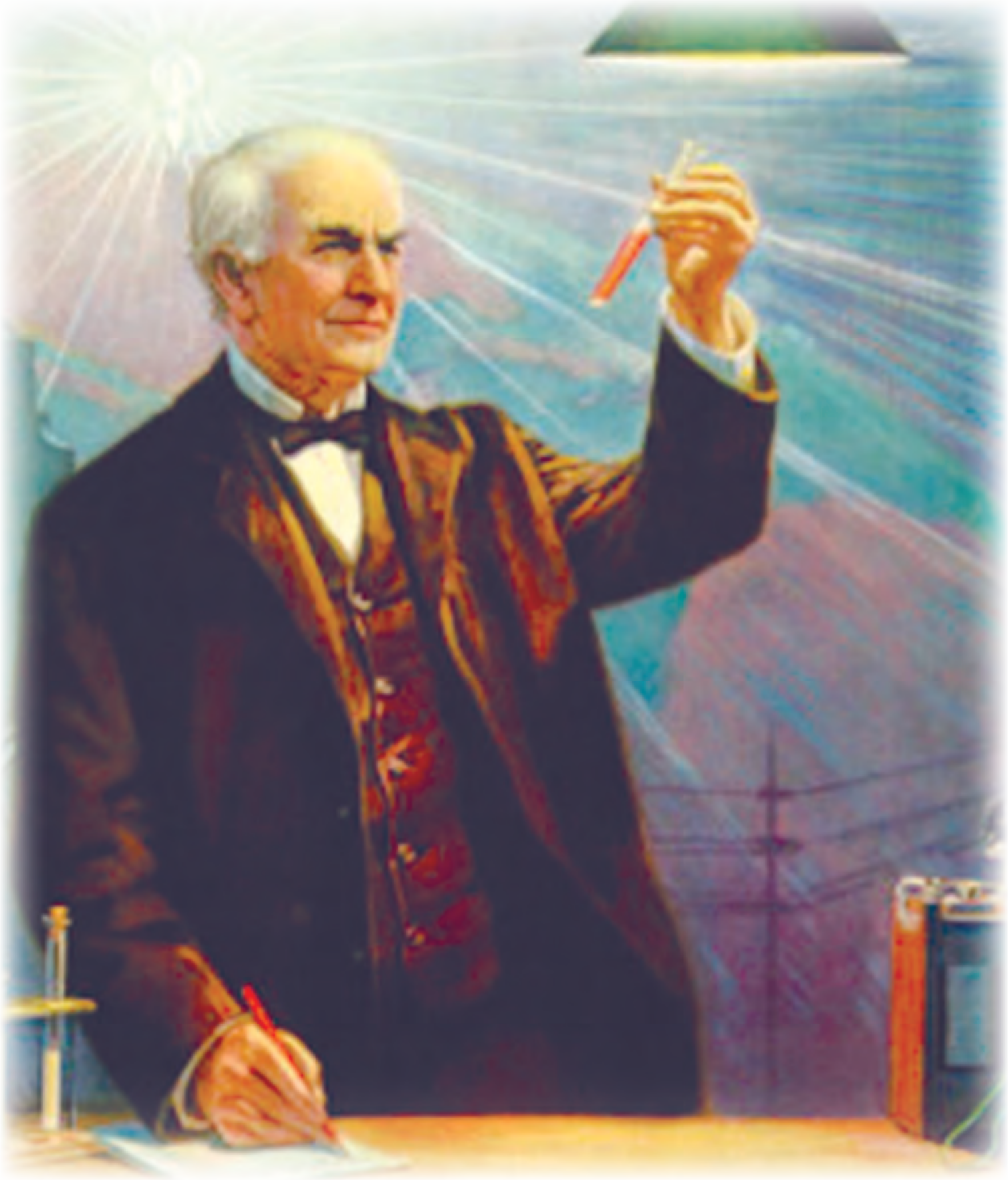
A los doce años, sin olvidar su pasión por los experimentos, consideró que estaba en su mano ganar dinero contante y sonante materializando alguna de sus buenas ocurrencias. Su primera iniciativa fue vender periódicos y chucherías en el tren que hacía el trayecto de Port Huron a Detroit. Aprendió a telegrafiar y, tras conseguir a bajo precio y de segunda mano una prensa de imprimir, comenzó a publicar un periódico por su cuenta, el Weekly Herald.

En los años siguientes, Edison peregrinó por diversas ciudades desempeñando labores de telegrafista en varias compañías y dedicando su tiempo libre a investigar. Era u inventor, en primer lugar, se juró que jamás inventaría nada que no fuera, además de novedoso, práctico y rentable. En segundo lugar, abandonó su carrera de telegrafista. Acto seguido formó una sociedad y se puso a trabajar perfeccionando el telégrafo automático.

Su nombre empezó a ser conocido, sus inventos ya le reportaban beneficios y Edison pudo comprar maquinaria y contratar obreros. Para él no contaban las horas. Era muy exigente con su personal y le gustaba que trabajase  aprisa y con empeño, con lo que los resultados eran frecuentemente positivos.

A los veintinueve años cuando compró un extenso terreno en la aldea de Menlo Park, cerca de Nueva York, e hizo construir allí un nuevo taller y una residencia para su familia. Edison se había casado a finales de 1871 con Mary Stilwell. Ahora debía sostener un hogar y se dedicó, con más ahínco si cabe, a trabajos productivos.

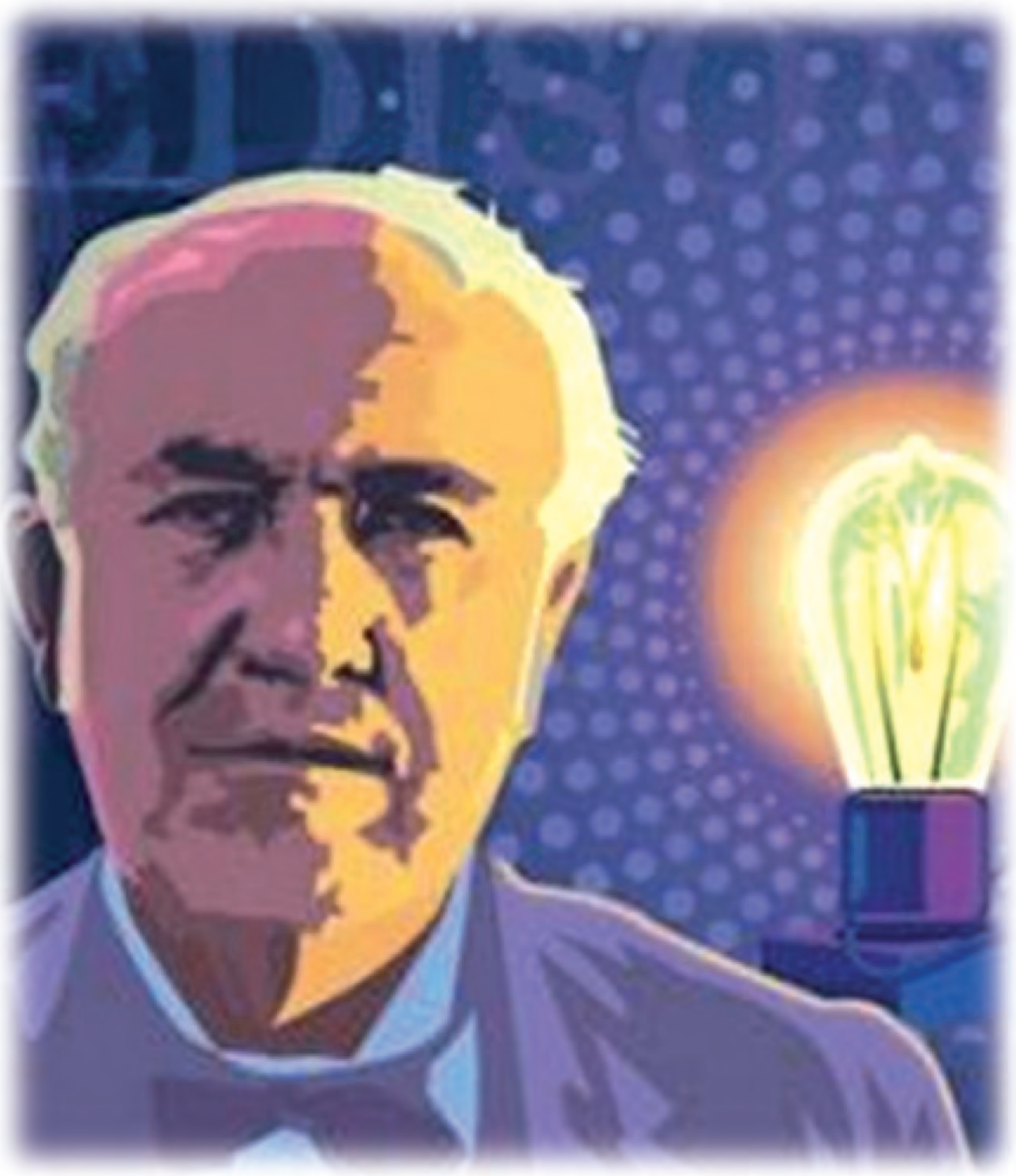
Su principal virtud era sin duda su extraordinaria capacidad de trabajo. Cualquier detalle en el curso de sus investigaciones le hacía vislumbrar la posibilidad de un nuevo hallazgo. Totalmente concentrado en un nuevo aparato para grabar vibraciones sonoras. Edison trabajó día y noche en el proyecto y al fin, en agosto de 1877, entregó a uno de sus técnicos un extraño bosquejo, diciéndole que construyese aquel aparato sin pérdida de tiempo. Al fin, Edison conectó la máquina. Todos pudieron escuchar una canción que había entonado uno de los empleados minutos antes. Edison acababa de culminar uno de sus grandes inventos: el fonógrafo. Pero no todo eran triunfos. Cuando las pruebas no eran satisfactorias, experimentaba con nuevos materiales, los combinaba de modo diferente y seguía intentándolo.



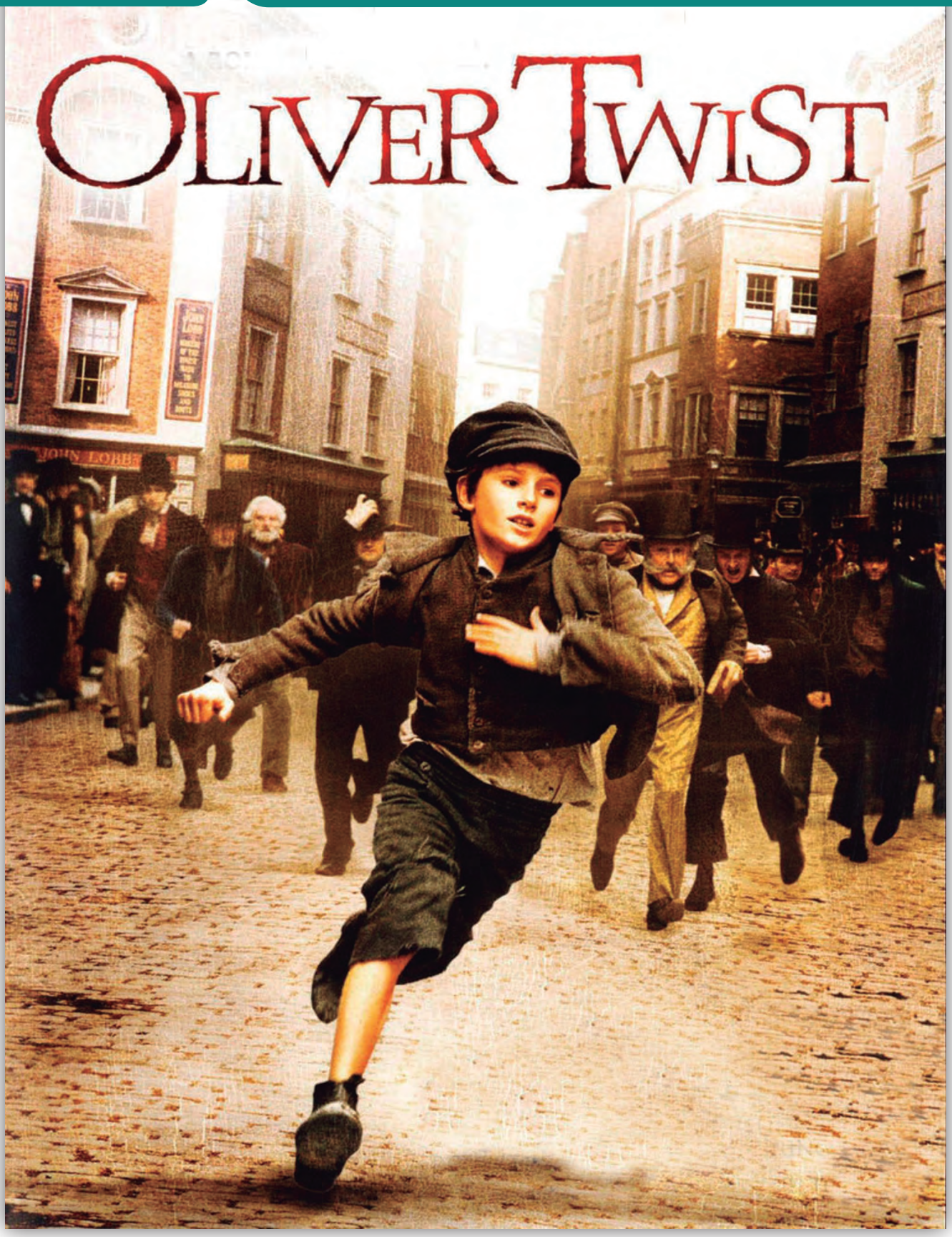
En abril de 1879, Edison abordó las investigaciones sobre la luz eléctrica. La competencia era muy enconada y varios laboratorios habían autorizado ya sus lámparas. El problema consistía en encontrar un material capaz de mantener una bombilla encendida largo tiempo. Después de probar diversos elementos con resultados negativos, Edison encontró por fin el filamento de bambú carbonizado. Inmediatamente adquirió grandes cantidades de bambú y, haciendo gala de su realismo, instaló un taller para fabricar él mismo las bombillas. Luego, para demostrar que el alumbrado eléctrico era más económico que el de gas, empezó a vender sus lámparas a cuarenta centavos, aunque a él fabricarlas le costase más de un dólar; su objetivo era hacer que aumentase la demanda para poder producirlas en grandes cantidades y rebajar los costos por unidad. En poco tiempo consiguió que cada bombilla le costase treinta y siete centavos: el negocio empezó a marchar como la seda.

Su fama se propagó por el mundo a medida que la luz eléctrica se imponía. Edison, que tras la muerte de su primera esposa había vuelto a casarse, visitó Europa y fue recibido entre multitudes. De regreso en los Estados Unidos creó diversas empresas y continuó trabajando con el mismo ardor de siempre. Todos sus inventos eran patentados y explotados de inmediato, y no tardaban en producir beneficios sustanciosos.

En los años veinte, sus conciudadanos le señalaron en las encuestas como el hombre más grande de Estados Unidos. Incluso el Congreso se ocupó de su fama. Nunca antes se había tasado con tal exactitud algo tan invisible como el genio. Su popularidad llegó a ser inmensa. En 1927 fue nombrado miembro de la Academia Nacional de Ciencias. Tenía ochenta y cuatro años cuando enfermó y murió en West Orange, en 1931



# Oliver Twist



## Capítulo Uno
## Los Primeros Años de Oliver Twist

Una fría noche de invierno, en una pequeña ciudad de Inglaterra, unos transeúntes hallaron a una joven y bella mujer tirada en la calle. Estaba muy enferma y pronto daría a luz un bebé. Como no tenía dinero, la llevaron al hospicio, una institución regentada por la junta parroquial de la ciudad que daba cobijo a los necesitados. Al día siguiente nació su hijo y, poco después, murió ella sin que nadie supiera quién era ni de dónde venía. Al niño lo llamaron Oliver Twist.

En aquel hospicio pasó Oliver los diez primeros meses de su vida. Transcurrido este tiempo, la junta parroquial lo envió a otro centro situado fuera de la ciudad donde vivían veinte o treinta huérfanos más. Los pobrecillos estaban sometidos a la crueldad de la señora Mann, una mujer cuya avaricia la llevaba a apropiarse del dinero que la parroquia destinaba a cada niño para su manutención. De modo, que aquellas indefensas criaturas pasaban mucha hambre, y la mayoría enfermaba de privación y frío.

El día de su noveno cumpleaños, Oliver se encontraba encerrado en la carbonera con otros dos compañeros. Los tres habían sido castigados por haber cometido el imperdonable pecado de decir que tenían hambre. El señor Blumble, celador de la parroquia, se presentó de forma imprevista, hecho que sobresaltó a la señora Mann. El hombre tenía por costumbre anunciar su visita con antelación, tiempo que la señora Mann aprovechaba para limpiar la casa y asear a los niños, ocultando así las malas condiciones en las que vivían los pobres muchachos.

-¡Dios mio! ¿Es usted, señor Bumble? - exclamó horrorizada la señora Mann.
Y, dirigiéndose en voz baja a la criada, ordenó:
-Susan, sube a esos tres mocosos de la carbonera y lávalos inmediatamente.
-Vengo a llevarme a Oliver Twist - dijo el celador - Hoy cumple nueve años y ya es mayor para permanecer aquí.

-Ahora mismo lo traigo - dijo la señora Mann saliendo de la habitación.

Oliver llegó ante el señor Bumble limpio y peinado; nadie hubiera dicho que era el mismo muchacho que poco antes estaba cubierto de suciedad. Al poco rato, el celador y el niño abandonaban juntos el miserable lugar.

Oliver miró por última vez hacia atrás; a pesar de que allí nunca había recibido un gesto cariñoso ni una palabra bondadosa, una fuerte congoja se apoderó de él "¿Cuándo volveré a ver a los únicos amigos que he tenido nunca?", se preguntó. Y, por primera vez en su vida, sintió el niño la sensación de su soledad.

Nada más llegar al nuevo hospicio, Oliver fue llevado ante la junta parroquial y allí, el señor Limbkins, que era el director, se dirigió a él.

-¿Cómo te llamas, muchacho?

Oliver, asustado, no contestó; de repente, sintió un fuerte pescozón que le hizo echarse a llorar, había sido el celador que se encontraba detrás de él.
-Este chico es tonto - dijo un señor de chaleco blanco.

-¡Chist! - ordenó el primero. Y, dirigiéndose a Oliver, dijo - Hasta ahora, la parroquia te ha criado y mantenido, ¿verdad? Bien, pues ya es hora de que hagas algo útil. Estás aquí para aprender un oficio. ¿Entendido?

-Sí. Sí, señor - contestó Oliver entre sollozos.

En el hospicio, el hambre seguía atormentando a Oliver y a sus compañeros: sólo les daban un cacillo de gachas al día, excepto los días de fiesta en que recibían, además de las gachas, un trocito de pan. Al cabo de tres meses, los chicos decidieron cometer la osadía de pedir más comida y, tras echarlo a suertes, le tocó a Oliver hacerlo. Aquella noche, después de cenar, Oliver se levantó de la mesa, se acercó al director y dijo:

-Por favor, señor, quiero un poco más.

-¿Qué? - preguntó el señor Limbkins muy enfadado.

-Por favor, señor, quiero un poco más - repitió el muchacho.

El chico fue encerrado durante una semana en un cuarto frío y oscuro; allí pasó los días y las noches llorando amargamente. Sólo se le permitía salir para ser azotado en el comedor delante de todos sus compañeros. El caso del “insolente muchacho” fue llevado a la junta parroquial; ésta decidió poner un cartel en la puerta del hospicio ofreciend c¡nco libras a quien aceptara hacerse cargo de Oliver.

El señor Gamfield era un hombre de rasgos groseros y gestos rudos, deshollinador de profesión. Una mañana iba paseando por la calle, pensaba cómo podría pagar sus deudas; al pasar frente al hospicio, sus ojos se clavaron en el cartel recién colocado.

-¡Sooo! - ordenó el señor Gamfield azotando a su burro.

El hombre del chaleco blanco estaba en la puerta, y al momento entendió que Gamfield era el tipo de amo que le hacía falta a Oliver; de modo que fue a llamar al señor Limbkins. Éste salió inmediatamente y, al ver el interés que manifestaba el deshollinador por el muchacho, se frotó las manos y dijo con aire apesadumbrado:

-Usted quiere al chico para realizar un oficio peligroso; así que cinco libras nos parece mucho dinero.

-Entonces, ¿cuánto me darán si me lo quedo? - preguntó Gamfield.

-Tres libras y diez chelines - contestó el director.

-No seas tonto - dijo el señor del chaleco blanco - llévatelo. Es exactamente el muchacho que necesitas. Unos cuantos palos le vendrán bien y no te preocupes por su manutención: no está acostumbrado a llenar su estómago, ¡ja, ja, ja!

El trato quedó inmediatamente cerrado. A continuación, se ordenó al señor Bumble que llevara aquella misma tarde a Oliver ante el juez para que

aprobara y firmara el contrato. El magistrado se encontraba en una estancia enorme sentado detrás de un escitorio. Bumble colocó a Oliver frente a él y dijo:
-Éste es el muchacho, señoría.

El anciano se puso las gafas y sus ojos toparon con el rostro pálido y aterrorizado de Oliver.
-¡Muchachito! - dijo el anciano - ¿Por qué estás asustado?

Oliver, desconcertado por el tono suave y benévolo del juez, cayó de rodillas y, juntando las manos, suplicó:
-¡Por favor, señor! Mándeme al cuarto oscuro... máteme de hambre si quiere...; pero no me obligue a ir con este hombre.

Tras unos instantes de silencio, el juez dijo en tono solemne:
-Me niego a firmar este contrato. Llévese al muchacho de nuevo al hospicio, y trátelo bien. Creo que lo necesita.

A la mañana siguiente, el cartel en el que se ofrecían cinco libras a quien quisiera llevarse a Oliver, estaba otra vez colocado en la puerta del hospicio.El primero en interesarse por el negocio fue el señor Sowerberry, encargado de la funeraria parroquial. Era un hombre escuálido que siempre vestía un traje negro y raído. Después de revisar minuciosamente al muchacho, decidió quedárselo.

La junta parroquial decidió que Oliver se fuera con él aquella misma noche. Pero de camino a casa de su nuevo amo, el chico no pudo reprimir las lágrimas.

-Eres el muchacho más desagradecido que he visto en mi vida - le dijo el señor Bumble.

-No, no señor No soy desagradecido; pero es que me siento tan solo - contestó Oliver entre sollozos - Por favor, señor, no se enfade conmigo.

Cuando llegaron a la funeraria del señor Sowerberry, Bumble ordenó a Oliver que se secara las lágrimas.

-Aquí estoy con el muchacho.

-¡Dios mío! - exclamó la señora Sowerberry - es muy pequeño.

-Sí, es bastante pequeño, pero no se preocupe, señora - dijo el señor Bumble - ya crecerá.

-¡Claro que crecerá! - contestó la mujer malhumorada - ¿Y quién lo va a pagar? Mantener a los niños de la parroquia cuesta más de lo que se obtiene de ellos. ¡Menudo ahorro!

Y dirigiéndose a Oliver añadió:

-¡Venga, talego de huesos.

La mujer del dueño de la funeraria abrió una pequeña puerta y empujó a Oliver por una empinada escalera. Al final de ella, se encontraba la cocina, que era un sótano de piedra húmeda y oscura. Allí sentada estaba una muchacha sucia ydesastrada.

-Charlotte - ordenó la señora Sowerberry - dale a este muchacho algunas de las sobras que hemos apartado para Trip.

Los ojos de Oliver se iluminaron al ver llegar el cuenco de comida y se lanzó sobre unos restos que hasta el perro habná desdeñado, Cuando hubo acabado de comer, la señora Sowerberry llevó a Oliver hasta la tienda bajo cuyo mostrador había puesto un viejo colchón.

-Dormirás aquí. Supongo que no te molestará estar entre ataúdes. Y si te molesta, te aguantas. No hay otro sitio.

Solo ya en la funeraria, Oliver sintió un escalofrío, el hueco donde estaba el colchón también parecía un sepulcro. Oliver lo miró y, por un momento, deseó que aquélla fuera de verdad su tumba; así podría dormir eternamente y descansar en el camposanto, con la hierba acariciando su cabeza.

*Charles Dickens*
*(Inglés)*

# Lectura 6 Guion radial

**Radio:** **Luminaria 99. 12**
**Programa:** **Diversión a montón**

**LOCUTOR 1:** Tania
¡Hola, amigos! ¿Qué tal? Bienvenidos a su programa favorito ***"Diversión a montón"***, conformado por sus locutores preferidos, Sofía, Candy, Luis, Yanina, Oscar y yo, quien les habla: Tania.

**Canción.- Quédate junto a mí de Rakin y ken- Y**

**LOCUTOR 2:** Sofía
Hola, les saluda Sofía de la promo 6º "B". Hoy les vamos hablar sobre un tema muy importante ***"El bajo rendimiento de los alumnos"***. Estamos muy preocupados por lo que está sucediendo. El colegio está poniendo todo de su parte para mejorar y el alumnado no cumple, no se compromete.

**LOCUTOR 3:** Candy
¿Cómo están, queridos amigos? Soy Candy . Este tema está interesante, ya que además las auxiliares están más estrictas con la disciplina en el colegio, como obligando a los alumnos a cortarse el cabello (corte escolar) y a las mujeres a bajarse la basta de la falda. Toda institución tiene normas y se deben cumplir. Por ejemplo, nadie va a trabajar a un banco en short, ¿verdad? Igual, en una institución educativa, hay normas en la vestimenta que hay que respetarlas.

**Los dejamos con esta canción:**
**Adolecente me tengo que ir**

**LOCUTOR 4:** Luis
Hola, chicos y chicas. Soy Luis yo vengo en defensa de los alumnos, ya que nosotros los alumnos nos quejamos porque tenemos derecho a tener nuestro propio estilo. Está bien que no debemos venir con peinados extremadamente “raros”, pero cada quien tiene su estilo. En las mujeres, no tienen por qué obligarles a no usar aretes. Es normal, hasta en los colegios privados lo permiten.

**Les dejamos con esta canción: Pedazo de mujer de Polache**

**LOCUTOR 5:** Yanina
Amigos, les habla Yanina. Continuando con el tema, queremos darte un mensaje positivo. Darle la bienvenida a los chicos de primero, ya que para ellos es algo nuevo entrar a secundaria y esperamos que se sientan a gusto con nuestros compañeros y profesores. Y para los chicos de quinto, este es nuestro último año en el colegio, así que a disfrutarlo al máximo sin descuidar nuestros estudios

**LOCUTOR 6:** Oscar
Bueno, amigos, llegó la hora de despedirnos. Esperamos que les haya gustado mucho su programa favorito. Cuídense mucho y a estudiar. No se descuiden. Hasta pronto, los queremos.

Los dejamos con esta linda canción para todos aquellos chicos enamorados.
**Canción.- Estar contigo de Alex Ubago.**

# Mis habilidades en la radio

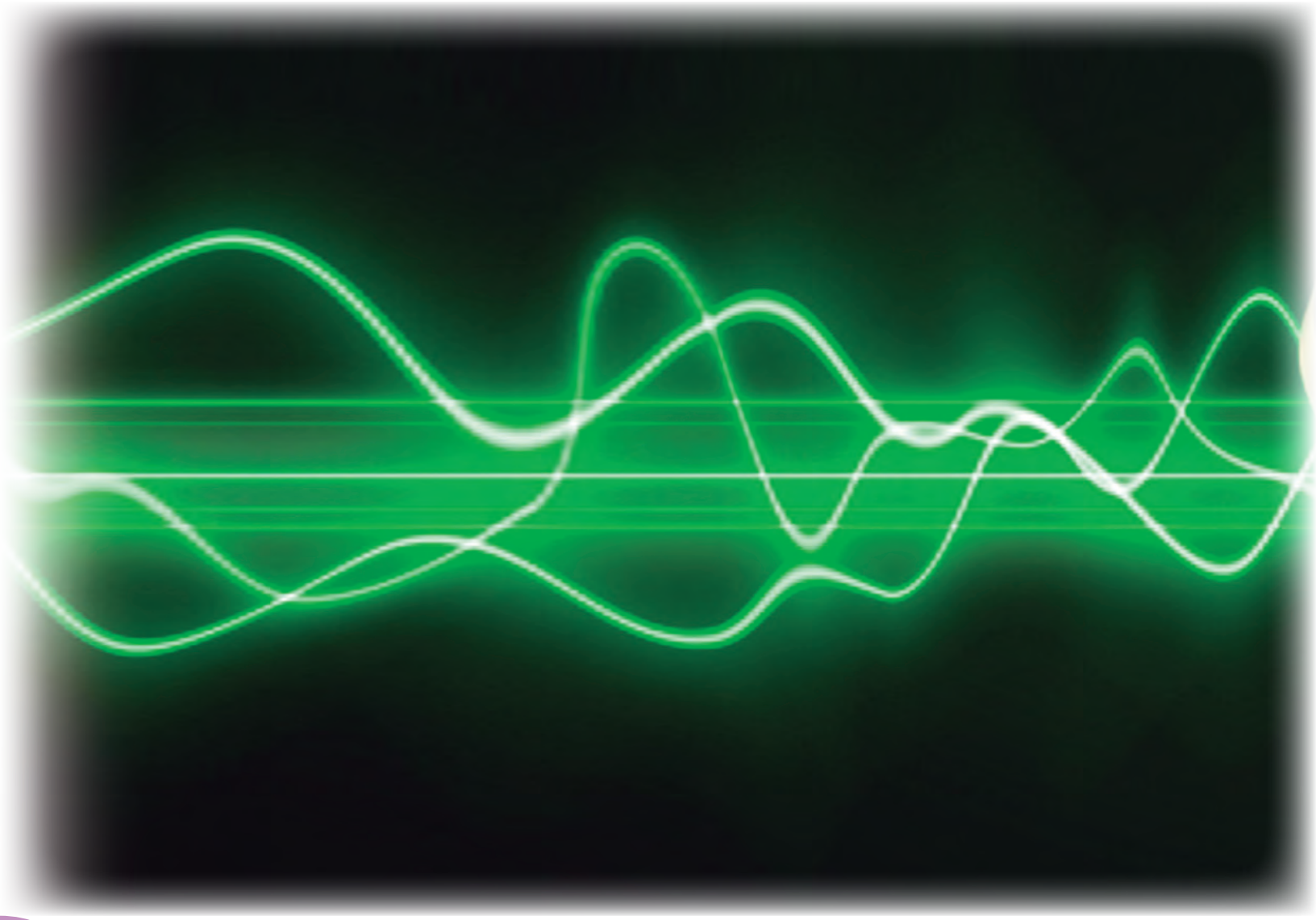
## Entretenete  e Infórmate

**Locutor 1:** ¡Buenas tardes!
Estamos muy contentos de transmitir…..

**Locutor 2.** ¡Si por eso queremos hablar  de lo importante que es hacer ejercicio

**Locutor 1:** Es importante para nuestro crecimiento y desarrollo

**Locutor 2:** ¡Acompáñanos y participa con nosotros!



**Locutor 1:** Hablemos del desarrollo, ¿qué necesitamos los niños y niñas para crecer sanos?

**Locutor 2:** ¡Una buena alimentación, hacer ejercicios, entretenimiento y diversión!

**Locutor 1:** ! Así es a mi hermana le gusta el basquetbol y a mí el futbol!

**Locutor 2:** También a mí ¡el futbol me encanta y lo practico todas las semanas¡ Y…a ustedes amiguitos ,¿qué les gusta?

# Lectura 7 Los viajes de Gulliver

Durante muchos días, el hermoso velero en el que viajaba Gulliver había navegado plácidamente hasta que, al aventurarse por las aguas de las Indias Orientales, una violentísima tempestad empezó a zarandear el barco como si fuera una cascara de nuez. Al llegar la noche, una gigantesca ola levantó el barco por la parte de popa y lo lanzó de proa contra el hirviente remolino entre un espantoso crujir de maderas y los gritos de los hombres.

-¡Sálvese quien pueda! – Gritó el capitán.

No hubo ni tiempo de arrojar los botes al agua y cada uno trató de ponerse a salvo alejándose del barco que se hundía por momentos.

“Mis fuerzas se agotan”, pensaba; “no podré resistir mucho”
De pronto, notó que su pie chocaba contra algo firme. Unas brazadas más y se encontró en una playa.

- ¡Estoy salvado! – murmuró con sus últimas fuerzas, antes de dejarse caer sobre la arena. Al punto, se quedó profunda y plácidamente dormido.

Él no podía saber que había llegado a Liliput, el país donde los hombres, los animales y las plantas eran diminutos. Por otra parte, no había tenido tiempo de ver nada ni a nadie. En cambio, los centinelas de ese reino sí le vieron a él y corrieron a la ciudad para dar la voz de alarma.

- ¡Ha llegado un gigante!

Inmediatamente todas las gentes de Liliput se encaminaron hacia la playa, no sin temor. Llegaban despacito y, desde lejos curioseaban al grandullón.

- Tenemos que impedir que nos ataque – dijo un leñador-. ¡Vayamos por cuerdas para atarle!

En medio de una frenética actividad, todos se dedicaron al acarreo de estacas y cuerdas. Luego rodearon a Gulliver y empezaron a clavar las estacas en la arena con gran habilidad. Seguidamente, treparon sobre su cuerpo y fueron

realizando un trenzado de cuerdas habilidoso y práctico, sujetando las cuerdas en las estacas. El sol había empezado a calentar cuando un viejecito que se apoyaba en un diminuto bastón, toco sin querer la nariz del prisionero, que estornudó aparatosamente.

¡Que conmoción! Muchos hombres salieron despedidos, otros emprendieron la huida. Gulliver notó que delgadas cuerdas lo sujetaban y sintió algo que le pasaba sobre el pecho; dirigió la mirada hacia abajo y descubrió una diminuta criatura con arco y flecha en las manos. No menos de otros cuarenta seres similares corrían por su cuerpo.

En su prisa por huir, algunos rodaron y se hicieron numerosos coscorrones. Muertos de miedo, los liliputienses fueron a esconderse tras las rocas, los árboles o en las madrigueras.

- ¿Qué es esto? – exclamó el náufrago-. ¿Quién me ha hecho prisionero?

Sin más que un pequeño esfuerzo se incorporó, haciendo saltar las cuerdas. Y al observar de reojo el temor con que se le contemplaba, fue incapaz de contener la risa.

Quizá porque le vieron reír y porque no se levantaba, los liliputienses avanzaron un poquito hacia el extraño visitante.

- Acercaos, no soy ningún ogro – dijo Gulliver.

Pero se dio cuenta de que no le entendían y fue probando con los muchos idiomas que conocía hasta acertar con el utilizado en Liliput.

- Hola amigos…

Los liliputienses vieron en estas dos palabras buena voluntad y se acercaron un poco más. Por otra parte, como jamás habían visto gigante alguno, tampoco querían perderse el acontecimiento.

Pero el náufrago estaba hambriento y, con su mejor sonrisa, dijo:

- Amigos, os agradecería que me trajerais algo de comer.

Un poco por la sonrisa y otro poco porque les convenía conquistar su favor, los hombrecillos le aseguraron que iba a estar muy bien servido.

Con gran presteza le presentaron una abundante comida. Cierto que los bueyes de Liliput eran como gorriones para el visitante y necesitó unos pocos para saciar su apetito.

Mientras comía, los liliputienses se dedicaron a contarle su vida y milagros. Supo el viajero que estaban gobernados por Lilipín el rey justo y bueno y que por aquellos días se hallaban en guerra con los enanos del país vecino. Esta situación les afligía mucho.
- ¡Mirad! – Anunció un enano pelirrojo. Ahí llegan Sus Majestades.

En efecto, los monarcas, rodeados de toda su corte, se acercaban deferentes, tras abandonar su lindo carruaje en el que llegaron, curiosamente arrastrado por seis ratones blancos.

La reverencia con que Gulliver recibió a los soberanos agradó mucho al rey Lilipín

y extasió a la reina Lilipina. Pronto el rey y el viajero entablaron una animada conversación.
Descubrió Gulliver que el monarca era inteligente, pues le habló de las máquinas que usaban para cortar árboles y arrastrar la madera, y de otros ingenios muy interesantes.

- Veo que posees una gran inteligencia, Gulliver, y espero que te agrade el favor que mis súbditos te dispensan. Todos deseamos que te encuentres en Liliput como en tu propia casa.

- Estoy muy agradecido, Majestad – respondió Gulliver, inclinándose.

-Entonces el soberano, con aire doliente, explicó al visitante el problema que le había caído encima a causa de su guerra con los del país vecino. Y como Gulliver había cobrado simpatía a los liliputienses, replicó:

-En este momento me considero en mi casa, señor; por lo tanto, voy a defenderla. ¿Dónde están los enemigos de Liliput, que desde ahora lo son míos?

En ese momento, a galope de un caballo diminuto, se presentó un despavorido mensajero.
-¡Majestad! – anunció, casi sin aliento-. ¡Sucede algo espantoso! La flota enemiga se

está acercando a nuestra isla, dispuesta a atacarnos.

El rey y Gulliver seguido de algunos cortesanos, subieron a un montecillo desde el que se divisaba el horizonte; sobre las olas pudieron descubrir cientos y cientos de diminutos barcos, muy bien pertrechados, rumbo a Liliput.

- ¡No podremos hacerles frente! – se lamentaban los liliputienses.

- ¡Acabarán con todos nosotros!

Gulliver, sereno y arrogante, dijo:

- Tranquilos, amigos; permitid que sea yo quien reciba a la flota. Os aseguro que van a conocer la derrota. Y ahora id a refugiaos en el bosque y dejadme solo.

Ante el asombro general, le vieron entrar en el agua y, sin más que alargar los brazos, fue apoderándose de los barcos enemigos con sus enormes manos. Enseguida empezó a repartir los barcos por sus ropas, como si fueran avellanas, con sus guerreros dentro. Regresó luego a la playa y fue colocando los barquitos en hilera. Bien dispuestos ya y plantado ante ellos, Gulliver exigió:

- ¡Ríndanse si no quieren perecer!

Naturalmente, más muertos que vivos, los enemigos de Liliput se rindieron como un solo hombre…

Con frecuencia atisbaba el horizonte desde un montículo y cierto día apareció el ansiado barco no lejos de la costa y el viajero le hizo señales para que se aproximara.

El velero se acercó a la playa y Gulliver se despidió de sus amigos.

*Jonathan Swift*
*(Irlandés)*

# Lectura 8 La buenaventura

No sé que día de Agosto del año 1816 llegó a las puertas de la Capitanía General de Granada cierto haraposo y grotesco gitano, de sesenta años de edad, de oficio esquilador y de apellido o sobrenombre “Heredia”, caballero en flaquísimo y destartalado burro mohino, cuyos arneses se reducían a una soga atada al pescuezo; y, echado que hubo pie a tierra, dijo con la mayor frescura «que quería ver al Capitán General.»

Excuso añadir que semejante pretensión excitó sucesivamente la resistencia del centinela, las risas de los ordenanzas y las dudas y vacilaciones de los edecanes antes de llegar a conocimiento del Excelentísimo Sr. D. Eugenio Portocarrero, conde del Montijo, a la sazón Capitán General del antiguo reino de Granada... Pero como aquel prócer era hombre de muy buen humor y tenía muchas noticias de Heredia, célebre por sus chistes, por sus cambalaches y por su amor a lo ajeno..., con permiso del engañado dueño, dió orden de que dejasen pasar al gitano.

Penetró éste en el despacho de Su Excelencia, dando dos pasos adelante y uno atrás, que era como andaba en las circunstancias graves, y poniéndose de rodillas exclamó:

- ¡Viva María Santísima y viva su merced, que es el amo de toitico el mundo!
- Levántate; déjate de zalamerías, y dime qué se te ofrece... -respondió el Conde con aparente sequedad.

Heredia se puso también serio, y dijo con mucho desparpajo:

- Pues, señor, vengo a que se me den los mil reales.
- ¿Qué mil reales?
- Los ofrecidos hace días, en un bando, al que presente las señas de Parrón.
- Pues ¡qué! ¿tú lo conocías?
- No, señor.
- Entonces....
- Pero ya lo conozco.
- ¡Cómo!
- Es muy sencillo. Lo he buscado; lo he visto; traigo las señas, y pido mi ganancia.
- ¿Estás seguro de que lo has visto? -exclamó el Capitán General con un interés que se sobrepuso a sus dudas.

El gitano se echó a reír, y respondió:

- ¡Es claro! Su merced dirá: este gitano es como todos, y quiere engañarme. ¡No me perdone Dios si miento!. Ayer ví a Parrón.
- Pero ¿sabes tú la importancia de lo que dices? ¿Sabes que hace tres años que se persigue a ese monstruo, a ese bandido sanguinario, que nadie conoce ni ha podido nunca ver? ¿Sabes que todos los días roba, en distintos puntos de estas sierras, a algunos pasajeros; y después los asesina, pues dice que los muertos no hablan, y que ése es el único medio de que nunca dé con él la Justicia? ¿Sabes, en fin, que ver a Parrón es encontrarse con la muerte?

El gitano se volvió a reír, y dijo:

- Y ¿no sabe su merced que lo que no puede hacer un gitano no hay quien lo haga sobre la tierra? ¿Conoce nadie cuándo es verdad nuestra risa o nuestro llanto? ¿Tiene su merced noticia de alguna zorra que sepa tantas picardías como nosotros? Repito, mi General, que, no sólo he visto a Parrón, sino que he hablado con el.

- ¿Dónde?
- En el camino de Tózar.
- Dame pruebas de ello.
- Escuche su merced. Ayer mañana hizo ocho días que caímos mi borrico y yo en poder de unos ladrones. Me maniataron muy bien, y me llevaron por unos barrancos endemoniados hasta dar con una plazoleta donde acampaban los bandidos. Una cruel sospecha me tenía desazonado. «¿Será esta gente de Parrón? (me decía a cada instante.) ¡Entonces no hay remedio, me matan!..., pues ese maldito se ha empeñado en que ningunos ojos que vean su fisonomía vuelvan a ver cosa ninguna.»

Estaba yo haciendo estas reflexiones, cuando se me presentó un hombre vestido de macareno con mucho lujo, y dándome un golpecito en el hombro y sonriéndose con suma gracia, me dijo:

- Compadre, ¡yo soy Parrón!
Oír esto y caerme de espaldas, todo fue una misma cosa.

El bandido se echó a reír.

Yo me levanté desencajado, me puse de rodillas, y exclamé en todos los tonos de voz que pude inventar:

- ¡Bendita sea tu alma, rey de los hombres!... ¿Quién no había de conocerte por ese porte de príncipe real que Dios te ha dado? ¡Y que haya madre que para tales hijos! ¡Jesús! ¡Deja que te dé un abrazo, hijo mío! ¡Que en mal hora muera si no tenía gana de encontrarte el gitanico para decirte la buenaventura y darte un beso en esa mano de emperador! ¡También yo soy de los tuyos! ¿Quieres que te enseñe a cambiar burros muertos por burros vivos? ¿Quieres vender como potros tus caballos viejos? ¿Quieres que le enseñe el francés a una mula?

El Conde del Montijo no pudo contener la risa. Luego preguntó:

- Y ¿qué respondió Parrón a todo eso? ¿Qué hizo?
- Lo mismo que su merced; reírse a todo trapo.
- ¿Y tú?
- Yo, señorico, me reía también; pero me corrían por las patillas lagrimones como naranjas.
- Continúa.

En seguida me alargó la mano y me dijo:

- Compadre, es V. el único hombre de talento que ha caído en mi poder. Todos los demás tienen la maldita costumbre de procurar entristecerme, de llorar, de quejarse y de hacer otras tonterías que me ponen de mal humor. Sólo V. me ha hecho reír: y si no fuera por esas lágrimas....

- Qué, ¡señor, si son de alegría!
- Lo creo. ¡Bien sabe el demonio que es la primera vez que me he reído desde hace seis u ocho años! Verdad es que tampoco he llorado.
- Pero despachemos. ¡Eh, muchachos!

Decir Parrón estas palabras y rodearme una nube de trabucos, todo fue un abrir y cerrar de ojos.

- ¡Jesús me ampare! -empecé a gritar-.
- ¡Deteneos! -exclamó Parrón-. No se trata de eso todavía. Os llamo para preguntaros qué le habéis tomado a este hombre.
- Un burro en pelo.
- ¿Y dinero?
- Tres duros y siete reales.
- Pues dejadnos solos.

Todos se alejaron.

- Ahora dime la buenaventura, -exclamó el ladrón, tendiéndome la mano.

Yo se la cogí; medité un momento; conocí que estaba en el caso de hablar formalmente, y le dije con todas las veras de mi alma:

- Parrón, tarde que temprano, ya me quites la vida, ya me la dejes..., ¡morirás ahorcado!
- Eso ya lo sabía yo... -respondió el bandido con entera tranquilidad-. Dime cuándo.

Me puse a cavilar.

Este hombre (pensé) me va a perdonar la vida; mañana llego a Granada y doy el cante; pasado mañana lo cogen... Después empezará la sumaria...

- ¿Dices que cuándo? -le respondí en alta voz-. Pues ¡mira! va a ser el mes que entra.

Parrón se estremeció, y yo también, conociendo que el amor propio de adivino me podía salir por la tapa de los sesos.

- Pues mira tú, gitano... -contestó Parrón muy lentamente-. Vas a quedarte en mi poder... ¡Si en todo el mes que entra no me ahorcan, te ahorco yo a ti, tan cierto como ahorcaron a mi padre! Si muero para esa fecha, quedarás libre.
- ¡Muchas gracias! -dije yo en mi interior-. ¡Me perdona... después de muerto! Y me arrepentí de haber echado tan corto el plazo.

Quedamos en lo dicho: fui conducido a la cueva, donde me encerraron, y Parrón montó en su yegua y tomó el tole por aquellos breñales....

- Vamos, ya comprendo... -exclamó el Conde del Montijo-. Parrón ha muerto; tú has quedado libre, y por eso sabes sus señas...
- ¡Todo lo contrario, mi General! Parrón vive, y aquí entra lo más negro de la presente historia.

## II

Pasaron ocho días sin que el capitán volviese a verme. Según pude entender, no había parecido por allí desde la tarde que le hice la buenaventura; cosa que nada tenía de raro, a lo que me contó uno de mis guardianes.

- Sepa V. -me dijo- que el Jefe se va al infierno de vez en cuando, y no vuelve hasta que se le antoja. Ello es que nosotros no sabemos nada de lo que hace durante sus largas ausencias.

A todo esto, a fuerza de ruegos, y como pago de haber dicho que no serían ahorcados y que llevarían una vejez muy tranquila, había yo conseguido que por las tardes me sacasen de la cueva y me atasen a un árbol, pues en mi encierro me ahogaba de calor.

Pero excuso decir que nunca faltaban a mi lado un par de centinelas.
Una tarde, a eso de las seis, los ladrones que habían salido de servicio aquel día a las órdenes del segundo de Parrón, regresaron al campamento, llevando consigo, maniatado como pintan a nuestro Padre Jesús Nazareno, a un pobre segador de cuarenta a cincuenta años, cuyas lamentaciones partían el alma.

- ¡Dadme mis veinte duros! -decía-. ¡Ah! ¡Si supierais con qué afanes los he ganado! ¡Todo un verano segando bajo el fuego del sol!... ¡Todo un verano lejos de mi pueblo, de mi mujer y de mis hijos! ¡Así he reunido, con mil sudores y privaciones, esa suma, con que podríamos vivir este invierno!... ¡Y cuando ya voy de vuelta, deseando abrazarlos y pagar las deudas que para comer hayan hecho aquellos infelices, ¿cómo he de perder ese dinero, que es para mí un tesoro? ¡Piedad, señores! ¡Dadme mis veinte duros! ¡Dádmelos, por los dolores de María Santísima!

Una carcajada de burla contestó a las quejas del pobre padre.

Yo temblaba de horror en el árbol a que estaba atado; porque los gitanos también tenemos familia.

- No seas loco... -exclamó al fin un bandido, dirigiéndose al segador-. Haces mal en pensar en tu dinero, cuando tienes cuidados mayores en que ocuparte.
- ¡Cómo! -dijo el segador, sin comprender que hubiese desgracia más grande que dejar sin pan a sus hijos-.
- ¡Estás en poder de Parrón!

- Parrón... ¡No le conozco!... Nunca lo he oído nombrar... ¡Vengo de muy lejos! Yo soy de Alicante, y he estado segando en Sevilla.

- Pues, amigo mío, Parrón quiere decir la muerte. Todo el que cae en nuestro poder es preciso que muera. Así, pues, haz testamento en dos minutos y encomienda el alma en otros dos. ¡Preparen! ¡Apunten! Tienes cuatro minutos.

- Voy a aprovecharlos... ¡Oídme, por compasión!...

- Habla.

- Tengo seis hijos... y una infeliz...diré viuda..., pues veo que voy a morir. Leo en vuestros ojos que sois peores que fieras. ¡Sí, peores! Porque las fieras de una misma especie no se devoran unas a otras. ¡Ah! ¡Perdón!... No sé lo que me digo. ¡Caballeros, alguno de ustedes será padre!... ¿No hay un padre entre vosotros? ¿Sabéis lo que son seis niños pasando un invierno sin pan? ¿Sabéis lo que es una madre que ve morir a los hijos de sus entrañas, diciendo: «Tengo hambre..., tengo frío»? Señores, ¡yo no quiero mi vida sino por ellos! ¿Qué es para mí la vida? ¡Una cadena de trabajos y privaciones! ¡Pero debo vivir para mis hijos! ¡Hijos míos! ¡Hijos de mi alma!

Y el padre se arrastraba por el suelo, y levantaba hacia los ladrones una cara... ¡Qué cara! ¡Se parecía a la de los santos que el rey Nerón echaba a los tigres, según dicen los padres predicadores.

Los bandidos sintieron moverse algo dentro de su pecho, pues se miraron unos a otros...; y viendo que todos estaban pensando la misma cosa, uno de ellos se atrevió a decirla...

- ¿Qué dijo? -preguntó el Capitán general, profundamente afectado por aquel relato-.
- Dijo: «Caballeros, lo que vamos a hacer no lo sabrá nunca Parrón.»
- Nunca..., nunca... -tartamudearon los bandidos-.
- Márchese V., buen hombre... -exclamó entonces uno que hasta lloraba-.

Yo hice también señas al segador de que se fuese al instante.

El infeliz se levantó lentamente.

- Pronto... ¡Márchese V.! -repitieron todos volviéndole la espalda-.

El segador alargó la mano maquinalmente.

- ¿Te parece poco? -gritó uno-. ¡Pues no quiere su dinero! Vaya..., vaya.... ¡No nos tiente V. la paciencia! El pobre padre se alejó llorando, y a poco desapareció.

Media hora había transcurrido, empleada por los ladrones en jurarse unos a otros no decir nunca a su capitán que habían perdonado la vida a un hombre, cuando de pronto apareció Parrón, trayendo al segador en la grupa de su yegua.

Los bandidos retrocedieron espantados.

Parrón se apeó muy despacio, descolgó su escopeta de dos cañones, y, apuntando a sus camaradas, dijo:

- ¡Imbéciles! ¡Infames! ¡No sé cómo no os mato a todos! ¡Pronto! ¡Entregad a este hombre los duros que le habéis robado!

Los ladrones sacaron los veinte duros y se los dieron al segador, el cual se arrojó a los pies de aquel personaje que dominaba a los bandoleros y que tan buen corazón tenía.

Parrón le dijo:

- ¡A la paz de Dios! Sin las indicaciones de V., nunca hubiera dado con ellos. ¡Ya ve V. que desconfiaba de mí sin motivo!... He cumplido mi promesa. Ahí tiene V. sus veinte duros. Conque... ¡en marcha!

El segador lo abrazó repetidas veces y se alejó lleno de júbilo. Pero no habría andado cincuenta pasos, cuando su bienhechor lo llamó de nuevo.

El pobre hombre se apresuró a volver pies atrás.

- ¿Qué manda V.?--le preguntó, deseando ser útil al que había devuelto la felicidad a su familia.
- ¿Conoce V. a Parrón? -le preguntó él mismo-.
- No lo conozco.
- ¡Te equivocas! -replicó el bandolero-. Yo soy Parrón.

El segador se quedó estupefacto.

Parrón se echó la escopeta a la cara y descargó los dos tiros contra el segador, que cayó redondo al suelo.

- ¡Maldito seas! -fué lo único que pronunció-.

En medio del terror que me quitó la vista, observé que el árbol en que yo estaba atado se estremecía ligeramente y que mis ligaduras se aflojaban.

Una de las balas, después de herir al segador, había dado en la cuerda que me ligaba al tronco y la había roto.

Yo disimulé que estaba libre, y esperé una ocasión para escaparme.

Entretanto decía Parrón a los suyos, señalando al segador:

- Ahora podéis robarlo. Sois unos imbéciles..., ¡unos canallas! ¡Dejar a ese hombre, para que se fuera, como se fue, dando gritos por los caminos reales!... Si conforme soy yo quien se lo encuentra y se entera de lo que pasaba, hubieran sido los migueletes habría dado vuestras señas y las de nuestra guarida, como me las ha dado a mí, y estaríamos ya todos en la cárcel! ¡Ved las consecuencias de robar sin matar! Conque basta ya de sermón y enterrad ese cadáver para que no apeste.

Mientras los ladrones hacían el hoyo y Parrón se sentaba a merendar dándome la espalda, me alejé poco a poco del árbol y me descolgué al barranco próximo...

Ya era de noche. Protegido por sus sombras salí a todo escape, y, a la luz de las estrellas, divisé mi borrico, que comía allí tranquilamente, atado a una encina. Montéme en él, y no he parado hasta llegar aquí...

Por consiguiente, señor, déme V. los mil reales, y yo daré las señas de Parrón, el cual se ha quedado con mis tres duros y medio.

Dictó el gitano la filiación del bandido; cobró desde luego la suma ofrecida, y salió de la Capitanía General, dejando asombrados al Conde del Montijo y al sujeto, allí presente, que nos ha contado todos estos pormenores.

Réstanos ahora saber si acertó o no acertó Heredia al decir la buenaventura a Parrón.

## III

Quince días después de la escena que acabamos de referir, y a eso de las nueve de la mañana, muchísima gente ociosa presenciaba, en la calle de San Juan de Dios y parte de la de San Felipe de aquella misma capital, la reunión de dos compañías de migueletes que debían salir a las nueve y media en busca de Parrón, cuyo paradero, así como sus señas personales y las de todos sus compañeros de fechorías, había al fin averiguado el Conde del Montijo.

El interés y emoción del público eran extraordinarios, y no menos la solemnidad con que los migueletes se despedían de sus familias y amigos para marchar a tan importante empresa. ¡Tal espanto había llegado a infundir Parrón a todo el antiguo reino granadino!

- Parece que ya vamos a formar... -dijo un miguelete a otro-, y no veo al cabo López...

- ¡Extraño es, a fe mía, pues él llega siempre antes que nadie cuando se trata de salir en busca de Parrón, a quien odia con sus cinco sentidos!

- Pues ¿no sabéis lo que pasa? -dijo un tercer miguelete, tomando parte en la conversación-.

- ¡Hola! Es nuestro nuevo camarada... ¿Cómo te va en nuestro Cuerpo?

- ¡Perfectamente! -respondió el interrogado-.
Era éste un hombre pálido y de porte distinguido, del cual se despegaba mucho el traje de soldado.

- Conque ¿decías...? -replicó el primero-.

- ¡Ah! ¡Sí! Que el cabo López ha fallecido... -respondió el miguelete pálido-.

- Manuel... ¿Qué dices? ¡Eso no puede ser!... Yo mismo he visto a López esta mañana, como te veo a ti...

El llamado Manuel contestó fríamente:

- Pues hace media hora que lo ha matado Parrón.
- ¿Parrón? ¿Dónde?
- ¡Aquí mismo! ¡En Granada! En la Cuesta del Perro se ha encontrado el cadáver de López.

Todos quedaron silenciosos y Manuel empezó a silbar una canción patriótica.

- ¡Van once migueletes en seis días! -exclamó un sargento-. ¡Parrón se ha propuesto exterminarnos! Pero ¿cómo es que está en Granada? ¿No íbamos a buscarlo a la Sierra de Loja?

Manuel dejó de silbar, y dijo con su acostumbrada indiferencia:

- Una vieja que presenció el delito dice que, luego que mató a López, ofreció que, si íbamos á buscarlo, tendríamos el gusto de verlo...
- ¡Camarada! ¡Disfrutas de una calma asombrosa! ¡Hablas de Parrón con un desprecio!...
- Pues ¿qué es Parrón más que un hombre? -repuso Manuel con altanería.
- ¡A la formación! -gritaron en este acto varias voces-.

Formaron las dos compañías, y comenzó la lista nominal.

En tal momento acertó a pasar por allí el gitano Heredia, el cual se paró, como todos, a ver aquella lucidísima tropa.

Notóse entonces que Manuel, el nuevo miguelete, dió un retemblido y retrocedió un poco, como para ocultarse detrás de sus compañeros.

Al propio tiempo Heredia fijó en él sus ojos; y dando un grito y un salto como si le hubiese picado una víbora, arrancó a correr hacia la calle de San Jerónimo.

Manuel se echó la carabina a la cara y apuntó al gitano.

Pero otro miguelete tuvo tiempo de mudar la dirección del arma, y el tiro se perdió en el aire.

- ¡Está loco! ¡Manuel se ha vuelto loco! ¡Un miguelete ha perdido el juicio! -exclamaron sucesivamente los mil espectadores de aquella escena-.

Y oficiales, y sargentos, y paisanos rodeaban a aquel hombre, que pugnaba por escapar, y al que por lo mismo sujetaban con mayor fuerza, abrumándolo a preguntas, reconvenciones y dicterios que no le arrancaron contestación alguna.

Entretanto Heredia había sido preso en la plaza de la Universidad por algunos transeuntes, que, viéndole correr después de haber sonado aquel tiro, lo tomaron por un malhechor.

- ¡Llevadme a la Capitanía General! -decía el gitano-. ¡Tengo que hablar con el Conde del Montijo!
- ¡Qué Conde del Montijo ni qué niño muerto! -le respondieron sus aprehensores-. ¡Ahí están los migueletes, y ellos verán lo que hay que hacer con tu persona!

- Pues lo mismo me da... -respondió Heredia-. Pero tengan Vds. cuidado de que no me mate Parrón.
- ¿Cómo Parrón?...¿Qué dice este hombre?
- Venid y veréis.

Así diciendo, el gitano se hizo conducir delante del jefe de los migueletes, y señalando a Manuel, dijo:

- Mi Comandante, ¡ése es Parrón, y yo soy el gitano que dió hace quince días sus señas al Conde del Montijo!
- ¡Parrón! ¡Parrón está preso! ¡Un miguelete era Parrón!... -gritaron muchas voces.

- No me cabe duda... -decía entretanto el Comandante, leyendo las señas que le había dado el Capitán general-. ¡A fe que hemos estado torpes! Pero ¿a quién se le hubiera ocurrido buscar al capitán de ladrones entre los migueletes que iban a prenderlo?

- ¡Necio de mí! -exclamaba al mismo tiempo Parrón, mirando al gitano con ojos de león herido- ¡es el único hombre a quien he perdonado la vida! ¡Merezco lo que me pasa!

A la semana siguiente ahorcaron a Parrón.

Cumplióse, pues, literalmente la buenaventura del gitano...

Lo cual (dicho sea para concluir dignamente) no significa que debáis creer en la infalibilidad de tales vaticinios, ni menos que fuera acertada regla de conducta la de Parrón, de matar a todos los que llegaban a conocerle... Significa tan sólo que los caminos de la Providencia son inescrutables para la razón humana; doctrina que, a mi juicio, no puede ser más ortodoxa.

*Pedro Antonio de Alarcón*
*(Español)*

# Unidad 3

En esta unidad me enfocaré en el estudio de los juegos del lenguaje, es decir, de las adivinanzas, trabalenguas y bombas, estableciendo una relación con otros elementos. También estudiaré algunos aspectos gramaticales, entre ellos: uso de preposiciones, acentuación y puntuación, modo y tiempo verbal, palabras compuestas, relaciones semánticas, niveles del lenguaje, entre otros. Por otra parte, reforzaré mi vocabulario y mi expresión oral.

## Indicadores de logro

- Lee textos narrativos para expresar sus opiniones acerca del contenido desarrollado en los mismos.
- Aplica diferentes estrategias y resuelve ejercicios de comprensión lectora.
- Reflexiona sobre los mensajes de problemas sociales expresados a través de imágenes.
- Identifica el significado de las palabras según el contexto en el que funcionan.
- Demuestra los conocimientos adquiridos durante la lección a través de la resolución de ejercicios prácticos.

## Contenido de la unidad

- **Lección 1:** Simbad el marino
- **Lección 2:** Cuentos
- **Lección 3:** El picapedrero
- **Lección 4:** Aventuras
- **Lección 5:** Colección poética
- **Lección 6:** El lobo y los siete cabritos
- **Lección 7:** El burrito descontento
- **Lección 8:** La sal

# Lectura 1 Simbad el marino

Hace muchos, muchísimos años, en la ciudad de Bagdad vivía un joven llamado Simbad.
Era muy pobre y, para ganarse la vida, se veía obligado a transportar pesados fardos, por lo que se le conocía como Simbad el Cargador. “¡Pobre de mí! –se lamentaba– ¡qué triste suerte la mía!”

Quiso el destino que sus quejas fueran oídas por el dueño de una hermosa casa, el cual ordenó a un criado que hiciera entrar al joven. A través de maravillosos patios llenos de flores, Simbad el Cargador fue conducido hasta una sala de grandes dimensiones.

En la sala estaba dispuesta una mesa llena de las más exóticas viandas y los más deliciosos vinos. En torno a ella había sentadas varias personas, entre las que destacaba un anciano, que habló de la siguiente manera:

–Me llamo Simbad el Marino. No creas que mi vida ha sido fácil. Para que lo comprendas, te voy a contar mis aventuras... Aunque mi padre al morir me dejó una fortuna considerable, fue tanto lo que derroché que, al fin, me vi pobre y miserable. Entonces vendí lo poco que me quedaba y me embarqué con unos mercaderes. Navegamos durante semanas, hasta llegar a una isla. Al bajar a tierra el suelo tembló de repente y salimos todos proyectados: en realidad, la isla era una enorme ballena. Como no pude subir hasta el barco, me dejé arrastrar por las corrientes agarrado a una tabla hasta llegar a una playa plagada de palmeras. Una vez en tierra firme, tomé el primer barco que zarpó de vuelta a Bagdad.

Llegado a este punto, Simbad el Marino interrumpió su relato. Le dio al muchacho 100 monedas de oro y le rogó que volviera al día siguiente. Así lo hizo Simbad y el anciano prosiguió con sus andanzas.

–Volví a zarpar. Un día que habíamos desembarcado me quedé dormido y, cuando desperté, el barco se había marchado sin mí. Llegué hasta un profundo valle sembrado de diamantes. Llené un saco con todos los que pude coger, me até un trozo de carne a la espalda y aguardé hasta que un águila me eligió como alimento para llevar a su nido, sacándome así de aquel lugar.

Terminado el relato, Simbad el Marino volvió a darle al joven 100 monedas de oro, con el ruego de que volviera al día siguiente.

–Hubiera podido quedarme en Bagdad disfrutando de la fortuna conseguida, pero me aburría y volví a embarcarme. Todo fue bien hasta que nos sorprendió una gran tormenta y el barco naufragó. Fuimos arrojados a una isla habitada por unos enanos terribles, que nos cogieron prisioneros. Los enanos nos condujeron hasta un gigante que tenía un solo ojo. Al llegar la noche, aprovechando la oscuridad, le clavamos una estaca ardiente en su único ojo y escapamos de aquel espantoso lugar. De vuelta a Bagdad, el aburrimiento volvió a hacer presa en mí. Pero esto te lo contaré mañana.

Y con estas palabras Simbad el Marino entregó al joven 100 piezas de oro.

–Inicié un nuevo viaje, pero por obra del destino mi barco volvió a naufragar. Esta vez fuimos a dar a una isla llena de antropófagos. Me ofrecieron a la hija del rey, con quien me casé, pero al poco tiempo ésta murió. Había una costumbre en el reino: que el marido debía ser enterrado con la esposa. Por suerte, en el último momento, logré escaparme y regresé a Bagdad cargado de joyas.

Y así, día tras día, Simbad el Marino fue narrando las fantásticas aventuras de sus viajes, tras lo cual ofrecía siempre 100 monedas de oro a Simbad el Cargador. De este modo el muchacho supo de cómo el afán de aventuras de Simbad el Marino le había llevado muchas veces a enriquecerse, para luego perder de nuevo su fortuna.

El anciano Simbad le contó que, en el último de sus viajes, había sido vendido como esclavo a un traficante de marfil. Su misión consistía en cazar elefantes. Un día, huyendo de un elefante furioso, Simbad se subió a un árbol. El elefante agarró el tronco con su poderosa trompa y sacudió el árbol de tal modo que Simbad fue a caer sobre el lomo del animal. Éste le condujo entonces hasta un cementerio de elefantes; allí había marfil suficiente como para no tener que matar más elefantes.

Simbad así lo comprendió y, presentándose ante su amo, le explicó dónde podría encontrar gran número de colmillos. En agradecimiento, el mercader le concedió la libertad y le hizo muchos y valiosos regalos.

–Regresé a Bagdad y ya no he vuelto a embarcarme –continuó hablando el anciano–. Como verás, han sido muchos los avatares de mi vida. Y si ahora gozo de todos los placeres, también antes he conocido todos los padecimientos.

Cuando terminó de hablar, el anciano le pidió a Simbad el Cargador y que aceptara quedarse a vivir con él. El joven Simbad aceptó encantado, y nunca más tuvo que soportar el peso de ningún fardo.

*Anónimo*

# El respeto

Cuenta una historia que varios animales decidieron abrir una escuela en el bosque. Se reunieron y empezaron a elegir las disciplinas que serían impartidas durante el curso.

El pájaro insistió en que la escuela tuviera un curso de vuelo. El pez, que la natación fuera también incluida en el currículo. La ardilla creía que la enseñanza de subir en perpendicular en los árboles era fundamental. El conejo quería, de todas formas, que la carrera fuera también incluida en el programa de disciplinas de la escuela. Y así siguieron los demás animales, sin saber que cometían un grande error. Todas las sugerencias fueron consideradas y aprobadas. Era obligatorio que todos los animales practicasen todas las disciplinas.

Al día siguiente, empezaron a poner en práctica el programa de estudios. Al principio, el conejo se salió magníficamente en la carrera; nadie corría con tanta velocidad como él.

Sin embargo, las dificultades y los problemas empezaron cuando el conejo se puso a aprender a volar. Lo pusieron en una rama de un árbol, y le ordenaron que saltara y volara.

El conejo saltó desde arriba, y el golpe fue tan grande que se rompió las dos piernas. No aprendió a volar, y además no pudo seguir corriendo como antes.

Al pájaro, que volaba y volaba como nadie, le obligaron a excavar agujeros como a un topo, pero claro, no lo consiguió.

Por el inmenso esfuerzo que tuvo que hacer, acabó rompiendo su pico y sus alas, quedando muchos días sin poder volar. Todo por intentar hacer lo mismo que un topo.

La misma situación fue vivida por un pez, por una ardilla y un perro que no pudieron volar, saliendo todos heridos. Al final, la escuela tuvo que cerrar sus puertas.

¿Y saben por qué? Porque los animales llegaron a la conclusión que todos somos diferentes. Cada uno tiene sus virtudes y también sus debilidades.

Un gato jamás ladrará como un perro, o nadará como un pez. No podemos obligar a que los demás sean, piensen, y hagan algunas cosas como nosotros. Lo que lograremos conseguir con eso es que ellos sufran por no lograr hacer algo de igual manera que nosotros, y por no hacer lo que realmente les gustan.
Debemos respetar las opiniones de los demás, así como sus capacidades y limitaciones. Si alguien es distinto a nosotros, no quiere decir que él sea mejor ni peor que nosotros. Es solamente alguien diferente a quien debemos respetar.

*Pablo Zeballos*
*(Brasileño)*

# El maravilloso mago de Oz

CAPÍTULO PRIMERO

## El ciclón

Dorothy vivía en medio de las grandes praderas de Kansas, con tío Henry, que era granjero, y tía Em que era la mujer del granjero. Su casa era pequeña, ya que tuvieron que transportar la madera para construirla muchos kilómetros en carreta. Tenía cuatro paredes, un suelo y un tejado, que formaban una habitación; y en ella había un fogón algo oxidado, una alacena para los platos, una mesa, tres o cuatro sillas y las camas. Tío Henry y tía Em tenían una cama grande en una esquina, y Dorothy, una cama pequeña en otra esquina. La casa no tenía guardilla, ni sótano, excepto un pequeño agujero excavado en el suelo, al que llamaban <<el sótano del ciclón>>, donde la familia podía meterse si se producía uno de esos terribles remolinos de viento, tan fuertes que pueden derribar cualquier edificio que encuentren en su camino. Se llegaba a él por una trampilla que había en medio del suelo, y luego se bajaba por una escalera hasta el pequeño y oscuro agujero.

Cuando Dorothy salía a la puerta de la casa y miraba a su alrededor no veía otra cosa que la enorme piedra gris por todos lados. Ni un árbol, ni una casa rompían la monotonía de la llanura, que se extendía hasta el cielo en todas las direcciones. El sol había recocido la tierra arada, que aparecía como una masa gris surcada de grietecillas. Ni siquiera la hierba era verde, pues el sol le había quemado las puntas y habían adquirido el mismo tono gris que se veía por todas partes. Una vez pintaron la casa, pero el sol agrietó la pintura y las lluvias se la llevaron, así que la casa tenía un aspecto tan triste y gris como todo lo demás.

Cuando tía Em se fue a vivir allí, era una muchacha joven y guapa. El sol y el viento la habían cambiado a ella también. Apagaron el brillo de sus ojos y los dejaron de un sobrio color gris; se llevaron el rojo de sus mejillas y de sus labios, dejándolos grises también. Era una mujer delgada y demacrada, y ya nunca sonreía.

Cuando Dorothy que era huérfana, vino por primera vez a su casa, a tía Em le sorprendió tanto la risa de la pequeña, que se ponía a gritar, llevándose la mano al corazón cada vez que oía la voz alegre de Dorothy; y todavía le parecía asombroso que la pequeña pudiese encontrar algo de que reírse.

Tío Henry no se reía nunca. Trabajaba sin parar de la mañana a la noche y no sabía lo que era la alegría. Él también era gris, desde su barba hasta sus toscas botas; tenía una mirada severa y solemne, y casi nunca hablaba.

Totó era el que hacía reír a Dorothy, y evitó que ella también se volviese gris como todo lo que la rodeaba. Totó no era gris; era un perrito negro, de largo pelo sedoso y ojillos negros que chispeaban alegremente a cada lado de su nariz pequeña y graciosa. Totó se pasaba el día jugando, y Dorothy jugaba con él, y le quería muchísimo.

Hoy, sin embargo, no estaban jugando. Tío Henry, sentado en el escalón de la puerta , miraba atentamente al cielo, que parecía más gris que de costumbre. Dorothy, de pie en la puerta con Totó en brazos, también miraba el cielo. Tía Em fregaba los platos.

Por el norte, muy lejos, se oyó un sordo gemido del viento y tío Henry y Dorothy pudieron ver cómo se ondulaba la larga hierba presagiando tormenta. Luego por el sur se oyó un agudo silbido en el aire y, cuando volvieron la mirada hacia allá, vieron cómo la hierba se rizaba también de aquel lado.

De repente tío Henry se levantó.

-Se acerca un ciclón, Em – le gritó a su mujer -. Me ocuparé del ganado, - Y salió corriendo hacia los cobertizos donde se guardaban las vacas y los caballos.

Tía Em interrumpió su tarea y salió a la puerta. De un vistazo se dio cuenta del peligro que se avecinaba.

-¡Rápido Dorothy! – gritó-. ¡Corre al sótano!

Totó saltó de los brazos de Dorothy y se metió debajo de la cama, y la chiquilla corrió a buscarlo. Tía Em, muy asustada, abrió de golpe la trampilla del suelo y bajó por la escalera hasta el pequeño y oscuro agujero. Dorothy cogió por fin a Totó y se dispuso a seguir a su tía.

Cuando estaba en medio de la habitación, se oyó un gran ruido del viento, y la casa sufrió una sacudida tan brusca, que la niña perdió el equilibrio y cayó sentada en el suelo. Entonces ocurrió algo muy raro. La casa dio dos o tres vueltas y se elevó lentamente por los aires. A Dorothy le pareció que subía en un globo.

Los vientos del norte y del sur se encontraron justo donde estaba la casa, y ésta se convirtió en el centro exacto del ciclón. En el centro de un ciclón el aire normalmente no se mueve, pero la enorme presión del viento por cada lado de la casa la fue elevando hasta colocarla en la cima del ciclón. Y allí se quedó, y la arrastró a muchos kilómetros de distancia, como si fuera una pluma.

Estaba muy oscuro, y el viento ululaba terriblemente a su alrededor, pero a Dorothy el viaje no le resultó desagradable. Después de las primeras vueltas y de otra ocasión en que la casa se inclinó muchísimo, se sintió suavemente mecida, como un niño en la cuna.

A Totó aquello no le gustaba. Correteaba por la habitación, de aquí para allá, dando fuertes ladridos; pero Dorothy se quedó tan tranquila sentada en el suelo, hasta ver lo que pasaba.

Una vez Totó se acercó demasiado a la puerta de la trampilla y se cayó; al principio, la niña creyó que había desaparecido. Pero en seguida vio que una de sus orejas asomaba por el agujero, pues la fuerte presión del aire lo mantenía suspendido y le impedía caer. La chica fue a gatas hasta el agujero, cogió a Totó por la oreja, y lo volvió a meter a la habitación, y después cerro la trampilla, no fuera a ocurrir otro percance.

Transcurrieron varias horas, y poco a poco a Dorothy se le fue pasando el susto; pero se sentía muy sola, y el viento rugía con tal fuerza alrededor, que casi quedó sorda. Al principio pensó que se haría añicos, cuando la casa volviera a caer; pero, como pasaban las horas y no sucedía nada malo, dejo de preocuparse y decidió esperar tranquilamente a ver cómo se desarrollaban los acontecimientos. Por último fue a gatas por el suelo inclinado hasta la cama y se acostó; Totó la siguió y se echó a su lado.

A pesar del tambaleo de la casa y de los gemidos del viento, Dorothy no tardó en cerrar los ojos, quedándose profundamente dormida.

*Lyman Frank Baum*
*(Estadounidense)*

# Lectura 3

# El Picapedrero

Había una vez, hace muchos, muchos años un reino muy bonito donde la gente era muy feliz.

Los Reyes vivían en un castillo de piedra muy grande que estaba junto a un bosque de olmos y a un lago de tranquilas aguas azules donde se podía pescar y pasear en barca. Al oeste había una gran montaña.

La hija de los Reyes se llamaba Teresa y era la Princesa de este cuento.

La Princesa Teresa salía todos los días a dar un paseo por los alrededores del castillo. Un día conoció a un picapedrero llamado Pedro que trabajaba en la cantera que estaba en la falda de la montaña.

Teresa y Pedro se enamoraron y decidieron casarse.

Pero cuando el Rey se enteró que su hija quería casarse con Pedro se enfadó muchísimo y le dijo a la Princesa:

- ¡Mi hija no puede casarse con un simple picapedrero! Una princesa como tú debería casarse con alguien muy poderoso, ¡con la persona más poderosa de la Tierra!

Entonces el rey mandó llamar a todos los sabios de su reino y les pidió que estudiaran quién era el más poderoso del Mundo. Los sabios se encerraron en una habitación del castillo durante siete días y siete noches y pensaron y pensaron hasta que descubrieron quién era la persona más poderosa del Universo.

- Majestad, le dijo el sabio más anciano al Rey, el Consejo de sabios se ha reunido durante siete días y siete noches y ha llegado a la conclusión que el más poderoso del Universo es el Sol, porque con sus rayos nos da luz y calienta toda la tierra para que podamos vivir.

El sol. Dijo el rey:

- Tenéis razón parece que el Sol es el ser más poderoso.
Y ordenó con voz potente:
- ¡Que venga el Sol!

Mandaron llamar al Sol y el rey le dijo:

- Sol, te he mandado llamar porque me han dicho que tú eres la persona más poderosa de la Tierra y quiero que te cases con mi hija la Princesa Teresa.

Entonces el Sol contestó:

- Majestad muchas gracias por tu ofrecimiento, sería para mí un honor casarme con tu hija, pero hay alguien que es más poderoso que yo.

Y dijo el Rey:

¿Quién es más poderoso que el Sol?
- La Nube, contestó el Sol, porque cuando se pone delante no deja pasar mis rayos.

Entonces dijo el Rey:

- ¡Que venga la Nube!

Cuando llegó la Nube el Rey le dijo:

- Nube, te he mandado llamar porque me han dicho que tú eres la persona más poderosa de la Tierra y quiero que te cases con mi hija la Princesa Teresa.

Y la Nube le contestó:

- Majestad muchas gracias por tu ofrecimiento, sería para mí un honor casarme con la Princesa, pero hay alguien que es más poderoso que yo.
- ¿Quién es más poderoso que la Nube?

- El Viento, contestó la Nube, porque cuando se pone a soplar me mueve con facilidad de un sitio para otro.

Entonces dijo el Rey:

- ¡Que venga el Viento!

Cuando llegó el Viento el Rey le dijo:

- Viento, te he mandado llamar porque me han dicho que tú eres la persona más poderosa de la Tierra y quiero que te cases con mi hija la Princesa Teresa.

Y el Viento le contestó:

- Majestad muchas gracias por tu ofrecimiento, sería para mí un honor casarme con tu hija, pero hay alguien que es más poderoso que yo.

- ¿Quién es más poderoso que el Viento?
- La Montaña, contestó el Viento, porque aunque sople con todas mis fuerzas no puedo mover ni un centímetro a la poderosa Montaña.

Entonces dijo el Rey:

- ¡Que venga la Montaña!

Pero la Montaña no podía moverse, así que el Rey tuvo que ir a la Montaña. Y le dijo el Rey:

- Montaña, he venido hasta aquí porque me han dicho que tú eres la persona más poderosa de la Tierra y quiero que te cases con mi hija la Princesa Teresa.

Y la Montaña le contestó:

- Majestad muchas gracias por tu ofrecimiento, sería para mí un honor casarme con tu hija, pero hay alguien que es más poderoso que yo.

Y dijo el Rey: - ¿Quién puede ser más poderoso que la Montaña?

- ¡El picapedrero!, contestó la Montaña, porque todos los días arranca un trocito de mi cuerpo para hacer piedras.

Entonces el Rey comprendió que todas las personas, aunque parezcan seres insignificantes, son importantes y permitió a su hija que se casara con el picapedrero Pedro.

*Francisco Briz Hidalgo*

# El gallito de las veletas

Una hermosa gallinita blanca incubaba amorosamente doce albos huevos. Al cabo de veintiún días, comenzaron a salir uno, dos, tres, cinco, seis... hasta once pollitos amarillos y redondos.

Cuando se rompió el último huevo, salió un pollito fenómeno, pues no tenía más que un ojo, un ala y una pata. Por esto, sus hermanos le pusieron el nombre de “mediopollito”.

Como todo el mundo lo quería mucho y lo cuidaba, “mediopollito” comenzó a engreírse y a hacer lo que le venía en gana. Dijo a su madre:

— Mamá: sé que la suerte me depara muchas sorpresas. En este momento, me voy a la corte a ver al rey. No quiero seguir en este humilde corral.

Y tip tap, tip tap, salió cojeando a saltos a través del campo.

— Mediopollito, mira: no puedo seguir mi curso, porque he encontrado este montón de ramas secas. Quítalas con tu pico; si no, me pudriré estancada —le pidió el agua de un arroyo.

Mediopollito contestó egoísta:

— No tengo tiempo que perder, pues voy a ver al rey. Y continuó tip tap, tip tap, dando saltitos con su única patita.

Al día siguiente, encontró un fuego que se apagaba bajo la leña verde. La lumbre le dijo:

— Mediopollito, me estoy ahogando. Hazme el favor de hacer un poco de aire con tu ala.

— No puedo perder mi tiempo, pues voy a la corte a ver al rey

—contestó el engreído.
Y siguió con su tip tap, tip tap, producido al saltar con su única patita.
Antes de llegar al palacio real, pasó junto a unas matas en las que se había enredado el viento. Éste le pidió:
— Mediopollito, sácame de aquí donde estoy enredado. Si apartas estas matas, yo podré seguir mi curso.
— Sabes que no pudo perder tiempo, pues tengo que ir a la corte del rey —contestó el pollito. Y tip tap, tip tap, continuó cojeando más aprisa aún.
Pudo, por fin, llegar al palacio real y se dirigió derecho, aunque cojeando, al trono del monarca.
Pasó, sin pedir permiso, por delante de los centinelas y entró al gran patio. Pero al cruzar bajo las ventanas de la cocina, el cocinero lo cogió por la única pata, diciendo:
— ¡Caramba, qué suerte! ¡Precisamente me hacía falta un pollito para el delicado estómago del rey!
Y, sin más, lo metió de cabeza en una olla llena de agua que se calentaba al fuego.
Mediopollito sintió que se ahogaba y empezó a gritar:
— ¡Agua, amiga mía, no subas! ¡Quédate en el fondo que me vas a ahogar!
— Tú no me ayudaste cuando te lo pedí —le contestó el agua.
El fuego era cada vez más fuerte y el agua ya empezaba a hervir.
Mediopollito gritó:
— ¡Apágate un poquito, amigo fuego, que me quemo!
— Tú no me ayudaste cuando te lo pedí —respondió el fuego.
En aquel momento, el cocinero levantó la tapa de la olla, miró dentro, y dijo:
— Este pollo se ha quemado. ¡Ya no sirve para nada!
Y, cogiendo de la pata al pollito, lo arrojó por la ventana.
Antes de dar con el suelo, lo sostuvo el viento y, luego, dando vueltas como un trompo, fue remontado por encima de los árboles. Mediopollito pudo gritar, cuando salió de su sofocación:
— ¡Viento, amigo viento, no soples tan fuerte! ¡Déjame bajar despacio que, si no, me voy a estrellar!
— Tú no me ayudaste cuando te lo pedí —contestó el viento.

Luego volvió a soplar con fuerza y haciendo girar al pollito como un juguete, lo envió hasta lo alto de un campanario, donde quedó atravesado en el fierro del pararrayos.
Ese es el gallito que vemos clavado en las veletas, con una pata, un ala y un ojo, con el cual mira a todos lados para saber de qué lado viene el viento.

*Anónimo*

# Viaje al centro de la tierra

CAPÍTULO XV

El Sneffels tiene cinco mil pies de altura. Su doble cono corona una capa de traquita que se destaca del sistema orográfico de la isla. Desde nuestro punto de partida no se podían ver sus dos picos perfilándose en el fondo ceniciento del cielo. Yo no distinguí más que el casquete de nieve que cubre la frente del gigante. Íbamos en fila, precedidos del cazador. Este se encaramaba por estrechos senderos que no habrían permitido pasar a dos personas. Toda la conversación era, pues, poco menos que imposible.

Más allá del murallón basáltico del fiordo de Stapi se presentó un terreno de turba herbácea y fibrosa, residuo de la antigua vegetación de los pantanos de la península. La masa de aquel combustible aún no explotado habría bastado para calentar durante un siglo a toda la población de Islandia. La inmensa turbera, medida desde el fondo de algunos barrancos, tenía con frecuencia setenta pies de altura y presentaba capas sucesivas de detritus carbonizados, separados por hojas de tobas y piedra pómez.

Como buen sobrino del profesor Lidenbrock, yo observaba con interés, pese a mis preocupaciones, las curiosidades mineralógicas expuestas en aquel inmenso gabinete de historia natural, y al mismo tiempo rehacía en mi mente la historia geológica de Islandia.

Islandia es una isla curiosa, emergida evidentemente del fondo de las aguas en una época relativamente moderna. Tal vez siga aún elevándose por un movimiento insensible. Siendo así, no se puede atribuir su origen más que a la acción de fuegos subterráneos, en cuyo caso la teoría de Humphry Davy, el documento de Saknussemm y las pretensiones de mi tío se convertirían en humo. Esta hipótesis me indujo a examinar atentamente la naturaleza del terreno y no tardé en darme cuenta de la sucesión de fenómenos que presidieron en su formación.

Islandia, absolutamente privada de terreno sedimentario, se compone únicamente de tobas volcánicas, es decir de una aglomeración de piedras y rocas de una textura porosa. Antes de la existencia de los volcanes, estaba formada por un poderoso macizo de origen eruptivo, lentamente levantada sobre las olas por el empuje de las fuerzas centrales. Los fuegos interiores todavía no habían irrumpido en el exterior.

Pero, más tarde, se abrió diagonalmente del suroeste al nordeste de la isla una amplia grieta, por la cual se derramó poco a poco toda la pasta traquítica. El fenómeno se producía entonces sin violencia; la abertura era enorme, y las materias derretidas, arrojadas de la entrañas del Globo, se extendieron tranquilamente en vastos mantos o en masas apezonadas. En aquella época aparecieron los feldespatos, las sienitas y los pórfidos.

Pero, gracias a aquel desahogo, el espesor de la isla aumentó considerablemente, y por consiguiente, su fuerza de resistencia. Es fácil imaginar la cantidad de fluidos elásticos que se almacenaban en su seno, cuando no ofreció ninguna salida después del enfriamiento de la corteza terrestre. Llegó, pues, un momento en que fue tal el poder mecánico de los gases, que levantaron la pesada corteza y se abrieron altas chimeneas. Tenemos, por lo tanto, el volcán formado por el levantamiento de la corteza, y después el cráter abierto de repente en la cima del volcán.

Entonces, a los fenómenos eruptivos sucedieron los fenómenos volcánicos. Por las aberturas recién formadas se escaparon las deposiciones basálticas, de las que ofrecía a nuestra vista las más maravillosas muestras la llanura que en aquel momento atravesábamos. Marchábamos sobre aquellas pesadas rocas de un color ceniciento oscuro, que el enfriamiento había amoldado en prismas de base hexagonal. A lo lejos se veían numerosos conos aplastados, que habían sido en otro tiempo bocas ignívomas.

Después, agotada la erupción basáltica, el volcán, cuya fuerza se incrementó con la de los cráteres apagados, dio paso a las lavas y a aquellas tobas de cenizas y escorias cuyas largas coladas veía desparramadas por sus flancos como una cabellera opulenta.

Tal fue la sucesión de los fenómenos que constituyeron Islandia. Todos provenían de la acción de fuegos interiores, y locura sería suponer que la masa interna no permaneciese en un permanente estado de liquidez incandescente ¡Locura sería pretender llegar al centro del Globo!

Así, pues, mientras íbamos al asalto de Sneffels, estaba tranquilo acerca del resultado de nuestra empresa.

El camino se hacía cada vez más difícil. El terreno subía, las rocas oscilaban, y se necesitaba la más escrupulosa atención para evitar caídas peligrosas.

Hans avanzaba tranquilamente como en un terreno llano. Desaparecía algunas veces detrás de los grandes peñascos, y le perdíamos momentáneamente de vista. Entonces, salía de sus labios un silbido agudo que indicaba la dirección que debíamos seguir. Con frecuencia también se detenía, cogía algunas piedras, las disponía de modo que fuese fácil reconocerlas y así dejaba trazada la senda que debíamos seguir a nuestro regreso. La precaución era buena, pero futuros acontecimientos la volvieron inútil.

Tres horas de penosísima marcha invertimos sólo en llegar a la falda de la montaña. Allí Hans nos hizo una señal para que nos detuviéramos, y almorzamos todos frugalmente. Mi tío, para despachar más pronto, doblaba los bocados antes de introducírselos; pero, como aquel alto para almorzar era también un alto de descanso, tuvo que sujetarse a la voluntad del guía, el cual no dio la señal de marcha hasta una hora después. Los tres islandeses, tan taciturnos como su camarada el cazador, no pronunciaron una palabra y almorzaron sobriamente.

Empezábamos a ganar las laderas del Sneffels. Su nevada cima, por una ilusión óptica frecuente en las montañas, me parecía muy próxima, y, sin embargo, ¡Cuántas horas habían de pasar antes que llegásemos a ella! ¡Cuánto cansancio, sobre todo! Las piedras, no unidas entre sí por hierba ni por tierra, rodaban al tocarlas nuestros pies y con la rapidez de un alud iban a perderse en la llanura.

En ciertos sitios, los flancos del monte formaban con el horizonte un ángulo que no bajaba de los treinta y seis grados. Era imposible encaramarse por ellos, y no con poca dificultad conseguimos dar vuelta por aquellos ribazos de piedras. Entonces con nuestros bastones nos auxiliábamos mutuamente.

Debo decir, que mi tío procuraba estar lo más cerca posible de mí. No me perdía de vista, y en varias ocasiones me sirvió su brazo de sólido apoyo. En cuanto a él, tenía sin duda el sentimiento innato del equilibrio, pues no vacilaba lo más mínimo. Los islandeses, aunque cargados, trepaban con una agilidad de monos. Al ver la altura de la cima del Sneffels, me parecía imposible que por aquel lado se pudiese llegar a ella, si no se cerraba el ángulo de inclinación de las pendientes.

Afortunadamente, después de una hora de cansancio y esfuerzos desesperados, en medio del dilatado tapiz de nieve desplegado en la grupa del volcán, se presentó inopinadamente una escalera que simplificó nuestra excursión. Estaba formada por uno de los torrentes de piedras vomitadas por las erupciones, que los islandeses llaman stina. Si aquel torrente no se hubiese detenido en su caída por la disposición de los flancos de las montañas, habría ido a precipitarse en el mar y a formar islas nuevas.

Tal como había quedado, nos fue muy útil. La rigidez de las pendientes iba en aumento, pero en estos peldaños de piedra nos permitían escalarlas con cierta facilidad, y hasta con tanta rapidez que, habiéndome yo quedado atrás un momento mientras mis compañeros proseguían su ascensión, les distinguí reducidos ya por la distancia a una apariencia microscópica.

A las siete de la tarde, habíamos subido los dos mil peldaños de la escalera, y dominábamos una extumenscencia de la montaña, especie de estribo en que se apoyaba el cono propiamente dicho del cráter.

El mar se extendía a una profundidad de tres mil doscientos pies. Habíamos traspasado el límite de las nieves perpetuas, bastante poco elevado en Islandia a consecuencia de la constante humedad del clima. Hacía mucho frío, el viento con violencia. Yo estaba rendido. El profesor vio que no podía ya más, que mis piernas se negaban a prestarme servicio alguno, y, a pesar de su impaciencia, tuvo a bien detenerse. Hizo, pues, una señal al cazador, el cual sacudió la cabeza diciendo:

-Ofvanför.
-Parece que es preciso subir más- dijo mi tío.

Después preguntó a Hans cuál era el motivo de su respuesta.

-Mistour-respondió el guía.
-Ja, misteour-repitió sobresaltado uno de los islandeses.
-¿Qué significa esa palabra?-pregunté con inquietud.
-Mira-dijo mi tío.

Dirigí la mirada hacia la llanura. Una inmensa columna de piedra pómez pulverizada, arena y polvo se elevaba arremolinándose como un sifón; el viento la rechazaba contra el flanco de Sneffels, en que nos manteníamos agarrados, aquella cortina opaca tendida delante del sol producía una enorme sombra echada sobre la montaña. Si aquella tromba se inclinaba, tenía evidentemente que envolvernos en sus torbellinos. Semejante fenómeno, bastante frecuente cuando el viento viene de los ventisqueros, toma el nombre de mistour en lengua islandesa.

-Hastigt, hastigt-exclamó nuestro guía.

No era necesario saber danés para comprender que teníamos que seguir a Hans de prisa. Hans empezó a rodear por el cono del cráter, pero al sesgo para facilitar la marcha. La tromba atacó luego la montaña, que se estremeció a su choque, y las piedras comprendidas dentro de los remolinos del viento volaron como en una erupción para caer a manera de lluvia. Afortunadamente, nos hallábamos en la ladera opuesta a cubierto de todo peligro. Sin la precaución del guía, nuestros cuerpos, desmenuzados, reducidos a polvo, habrían ido a caer muy lejos como el producto de algún meteoro desconocido.

Con todo, Hans no consideró prudente pasar la noche en los costados del cono. Continuamos nuestra ascensión en zig-zag. Los mil quinientos pies que teníamos que salvar nos llevaron cerca de cinco horas; las revueltas, sesgos y contramarchas no medían menos de tres leguas. Yo no podía más; sucumbía al frío y al hambre.

El aire, algo enrarecido, no bastaba para alimentar mis pulmones.

Al fin, a las once de la noche, totalmente a oscuras, alcanzamos la cima del Sneffels, y yo, antes de ir a abrigarme dentro del cráter, tuve tiempo de contemplar el sol de medianoche en lo más bajo de su carrera, proyectando sus pálidos rayos sobre la isla dormida a mis pies.

*Julio Verne*
*(Francés)*

## La Rosa

Bella flor alejandrina y peregrina,
que al aura blanca remece,
y en tu cáliz aparece
una gota cristalina.

Es tu aroma delicado y perfumado,
el suave ambiente que exhalas,
pura ostentando tus galas,
descollando en verde prado.

Su ambrosía en el calor
el picaflor y la mariposa beben;
sus áureas alas embeben
de tu arbusto alrededor.

Sonrosado tu capullo,
al dulce arrullo del agua se abre y florece;
él tus hojas reverdece y
te aduerme su murmullo.

La madreselva aromada vive
enlazada hacia tu tallo, se aprieta.
También modesta violeta tu pie besa
enamorada.

Tímido el junco te nombra;
su fresco sombra te da el pino majestuoso,
y el musgo fino y vistoso
te sirve de rica alfombra.

Qué feliz, sin pena, vives;
grata recibes la brisa de la mañana;
siempre gentil y
lozana nunca el dolor apercibes.

Jamás de invierno inhumano
el soplo vano te marchite ni deshoje,
ni tu belleza despoje,
oh, rosal, con dura mano.

# Este volver a Honduras

Parece que no habrá nada más tierno que este volver a Honduras:
llegar con el amor iluminado por años y distancias,
decir esta es la tierra, este es el aire y este el río del cuento,
recuperar las voces salpicadas de burlas familiares,
reasumir la niñez en el dormido sabor de esta naranja
y en este olor —que es casi de muchacha— de savia y de panales
que solo dan los árboles autores de nuestro propio canto.

Porque volver a Honduras es ir de madrugada a los maizales
para espantar los pájaros bisnietos de aquellos que espantamos,
vivir en un mugido, en un relincho, que vienen de la noche,
los sueños, alegrías y peligros de los antiguos campos.

Parece que tendrá mucho de triste nuestro volver a Honduras:
hallar que el calendario no era broma leyendo algunos rostros,
saber que algo no vuelve en estas naves aunque el viajero vuelva
y besar en la frente lo que un día besamos en la boca.

Parece que también será de lágrimas este volver a Honduras:
preguntar por hermanos, por amigos, que no nos esperaron
y el horror de buscar en una tarde de cal y de cipreses
unos nombres: Julián o Federico, Carlos, Daniel o Marcos.

Parece que será feliz y trémulo nuestro volver a Honduras:
vagar por los caminos que asolearon el verso de la infancia,
llevar hasta una loma coronada de flores amarillas,
de la mano, a los hijos que fundamos sobre lejanas playas
—más allá de las nieves absolutas, de selvas y de mares—
y decirles al fin: esta es la cuna y este el peñón exacto,
esta es la tierra nuestra, la amorosa, la que espera a sus niños,
aquí esparcen su calcio generoso los huesos de mis padres
y el calcio va a la hierba y hace al pino más jubiloso y alto:
así trabajan todavía quienes nos prestaron la sangre.

Todo será feliz y doloroso, será trémulo y tierno
porque volver a Honduras… me parece que es retomar el canto.

*Jaime Fontana*
*(Hondureño)*

## Lo que dejé por ti

Dejé por ti mis bosques, mi perdida
arboleda, mis perros desvelados,
mis capitales años desterrados
hasta casi el invierno de la vida.

Dejé un temblor, dejé una sacudida,
un resplandor de fuegos no apagados,
dejé mi sombra en los desesperados
ojos sangrantes de la despedida.

Dejé palomas tristes junto a un río,
caballos sobre el sol de las arenas,
dejé de oler la mar, dejé de verte.

Dejé por ti todo lo que era mío.
Dame tú, Roma, a cambio de mis penas,
tanto como dejé para tenerte.

*Rafael Alberti*
*(Español)*

# Postal

Joven, goza de tu abril
Fragante; y no lo derroches,
Que son muy cortas las mil
y una noches

Este consejo de bien
Te lo da –en sus desengraños–
Quien al cumplir los treinta años
Ha vivido más de cien.

Ama la miel del panal,
y la leche del alcor,
y el agua del manantial,
y el libro que da vigor
mental.

Y ama también el amor
Sano, fresco y natural,
Amor que tenga el horror
De los jardines del mar.

*Juan Ramón Molina*
*(Hondureño)*

# La madre triste

Duerme, duerme, dueño mío,
sin zozobra sin temor,
aunque no se duerma mi alma,
aunque no descanse yo.

Duerme, duerme y en la noche
seas tú menos rumor
que la hoja de la hierba
que la seda del vellón.

Duerma en ti la carne mía,
mi zozobra, mi temblor.
En ti ciérrense mis ojos
¡duerma en ti mi corazón!

*Gabriela Mistral*
*(Chilena)*

# Lectura 6 El lobo y los siete cabritos

Mamá Cabra vivía en una hermosa casita de campo en medio del bosque. La casita era blanca, con ventanitas azules y tejas coloradas.

Mamá Cabra tenía siete lindos cabritos. Bele se llamaba el mayor, que era negro como el carbón. Bolo era el segundo, de pelo castaño y brillante. Boli era el tercero, pero era una cabrita blanca con pezuñas negras. Bili era el cuarto, un cabrito manchado blanco y marrón, como el quinto. Bali, también era una cabrita. Bala era rubio como el trigo; pero el más gracioso de todos era Bulu, un cabrito negro, con una mancha blanca en la frente.

Antes de enviarlos a la escuela, mamá Cabra los lavaba y peinaba. Luego revisaba sus mochilas para que no les faltase nada.

— Hijos míos, sed aplicados y obedientes al maestro si queréis ser buenos cabritos. Y no se desvíen por la ladera, porque el lobo tiene su guarida por allí. Los cabritos prometieron a una voz:

— ¡Síííí, mamáááá!

Un día, mamá Cabra, antes de ir a hacer compras en la feria, reunió a sus hijitos y les dijo:

— Hijos míos. Tengo que dejarlos solos porque debo salir de compras. Tened cuidado del lobo, pues si llega a enterarse que están solos, se vendrá aquí y les devorará. Entonces Bele exclamó:
— ¡Ay, mamita, qué miedo! Pero ¿cómo sabremos que es el lobo y que no hemos de abrirle la puerta? —Añadió Bele—.

Mamá Cabra contestó:
— Es verdad que el lobo suele disfrazarse. Pero lo reconocerán por la voz ronca y las pezuñas negras.

Así mamá Cabra salió, mientras que sus hijitos la despedían desde la ventana, hasta que se perdió de vista. Entonces se encerraron en la casita y se pusieron a jugar. Luego llamaron a la puerta. Una voz ronca y fuerte gritó:

— ¡Abran pronto, que soy mamá!

Los cabritos se miraron asustados y, entonces, Bele, siendo el mayor, contestó:
— ¡No, no! ¡No te abriremos la puerta! ¿Crees que somos tontos? Tú no eres nuestra madre; tú eres el lobo. Mamá tiene la voz dulce y la tuya es áspera.

El lobo se marchó sin replicar y, pensando engañar a los cabritos, fue a la botica y dijo al boticario:

— Estoy un poco acatarrado y quisiera que me dé algo para aclarar la voz.

El boticario propuso:

— Le daré unas pastillas de malvavisco, que son eficaces.

Entonces el lobo, en un santiamén, se comió todas las pastillas y se dirigió a la casa de los indefensos cabritos. Luego, llamó una vez más a la puerta con una voz dulce:

— ¡Abran, hijitos míos; soy mamá y vengo muy cansada!

Los cabritos, esta vez, se quedaron confundidos. Se preguntaban si sería mamá o no. Pero Bele, recordó los consejos de su madre y contestó:
— Enséñanos la manita, mamá, y así nos convenceremos.

El lobo, entonces, les enseño pata por el agujero de la puerta. Luego, el cabrito exclamó:
— ¡No te abrimos, malo, que eres el lobo y no mamá! Ella tiene las patitas blancas y la tuya es negra.

El lobo, encolerizándose ante la respuesta del cabrito, se dirigió rápidamente a una panadería. Luego dijo al panadero:

— ¡Ay, amigo panadero! Mientras freía buñuelos me he quemado. Dicen que un poco de masa sobre la quemadura es el mejor remedio para que no se formen ampollas.

El panadero, compadecido del lobo, le puso unos guantes de masa que le dejaron las patas blancas y cubiertas de harina. Así el lobo volvió donde los cabritos y llamó a la puerta:
— Hijos míos, soy mamá, ya estoy de vuelta; abran pronto.

El cabrito más apuesto contestó:

— Antes enséñanos tus patas o no te creeremos.

El lobo, muy contento, pasó sus patas por el agujero de la puerta diciendo:

— Cuánto me alegro, hijitos, de tomar tantas precauciones. Miren mis patitas.

Eran tan blancas y suaves las patas del lobo, que los cabritos ya no dudaron y abrieron la puerta, confiados en encontrar a mamá. ¡Qué susto, pobrecillos, cuando vieron que quien entraba era el lobo!

Llenos de terror, uno se metió debajo de la mesa; otro debajo de la cama; otro, en la armario; otro, en el arca del pan; otro, dentro del lavadero; otro, dentro del horno, que por suerte estaba apagado; Bulu, el más chiquitito, se escondió en la caja del reloj de cucú. Pero todo fue en vano: el astuto lobo registró toda la casa y se los fue tragando uno a uno. Sólo Bulu se salvó.

El lobo comió tanto, que se echó a dormir sobre el césped, allá en el bosque, bajo la sombra de los árboles.

Y desperezándose, bostezó:
— ¡Aaaah! ¡Qué bien voy a dormir!

Y, en efecto, a los pocos segundos roncaba plácidamente.

Entretanto, mamá Cabra volvía a casa trayendo regalos para sus hijos. ¡Qué atroz sorpresa cuando vio la puerta abierta, todos los muebles por el suelo, las puertas de los armarios destrozadas, las ropas revueltas y la vajilla rota!

Llena de pena comenzó a llamar, a sus hijitos, pero en vano. Ninguno contestaba. ¿Cómo iban a contestar si estaban en la panza del lobo? De pronto, Bulu, reconociendo a su mamá, exclamó:
— ¡Mamá, mamaíta, aquí estoy! ¡Ay, qué miedo he pasado!

Y acto seguido, mamá Cabra sacó a Bulu del escondite y luego éste le contó lo sucedido con sus hermanitos. ¡Cómo lloró mamá Cabra!

Pero ella era valiente y pensó castigar al malvado lobo.

Salió al bosque, seguida de Bulu, en pos del criminal. No tardaron mucho en descubrirlo, dormido aún, bajo los árboles.

Mamá Cabra se aprestaba a hundirle los cuernos en la barriga del facineroso, cuando vio que algo se movía en el vientre de aquél. Después dijo:

— Mira, Bulu, tus hermanitos están vivos en la barriga del lobo. Corre a casa y tráeme el cuchillo de cocina.
Entonces Bulu trajo el cuchillo y, mamá Cabra, con sumo cuidado, fue cortando la piel de la barriga del lobo. ¡Ah, qué alegría! Todos sus hijos salieron vivitos y contentos de volver a ver a mamá. Seguidamente, la madre ordenó:

— Corran al río y traigan las piedras más grandes que encuentren. Necesito seis para que, el lobo, al despertarse, no note su barriga vacía.

Los cabritos trajeron las seis piedras grandes, que mamá Cabra fue metiendo dentro del vientre del lobo, el cual cosió con cuidado. Cuando concluyó su operación mamá Cabra, el lobo despertó bostezando y estirando las patas. Y dijo:

— ¡Uuuuy, qué sed tengo!
Llegó al río, estiró el pescuezo para beber, pero el peso de las piedras lo hizo caer de cabeza en el agua. Y aunque sabía nadar, el peso de las piedras lo volvió a hundir, no volviendo a salir más.

*Hermanos Grimm*
*(Alemanes)*

# Lectura 7 El burrito descontento

Un día de invierno muy crudo. En el campo nevaba copiosamente, y dentro de una casa de labor, en su establo, había un burrito que miraba a través del cristal de la ventana. Junto a él tenía el pesebre cubierto de paja seca.

-¡Paja seca! -se decía el burrito, despreciándola-. ¡Vaya una cosa que me pone mi amo! ¡Ay!, ¡cuándo se acabará el invierno y llegará la primavera, para poder comer hierba fresca y jugosa de la que crece por todas partes, en prado y junto al camino!

Así suspirando el burrito, fue llegando la primavera, y con la ansiada estación creció hermosa hierba verde en gran abundancia. El Burrito se puso muy contento; sin embargo, le duró muy poco tiempo esta alegría. El campesino segó la hierba y luego la cargó a lomos del burrito y la llevó a casa. Y luego volvió y la cargó nuevamente. De manera que al burrito ya no le agradaba la primavera, a pesar de lo alegre que era y de su hierba verde.

-¡Ay!, ¡cuándo llegará el verano, para no tener que cargar tanta hierba del prado! Vino el verano; mas no por hacer mucho calor mejoró la suerte del animal. Porque su amo le sacaba al campo y le cargaba con mieses y con todos los productos cosechados en sus huertos. El burrito descontento sudaba la gota gorda, porque tenía que trabajar bajo los ardores del Sol.

-¡Ay!, ¡qué ganas tengo de que llegue el otoño! Así dejaré de cargar paja, y tampoco tendré que llevar sacos de trigo al molino para que allí hagan harina. Así se lamentaba el descontento, y esta era la única esperanza que le quedaba, porque ni en primavera ni en verano había mejorado su situación.

Pasó el tiempo... Llegó el otoño. ¿Pero, qué ocurrió? El criado sacaba del establo al burrito cada día y le ponía la albarda.

-¡Arre, arre! En la huerta nos están esperando muchos cestos de fruta para llevar a la bodega.

El burrito iba y venía de casa a la huerta y de la huerta a la casa, y en tanto que caminaba en silencio, reflexionaba que no había mejorado su condición con el cambio de estaciones.

El Burrito se veía cargado con manzanas, con papas, con mil suministros para la casa. Aquella tarde le habían cargado con un gran provisión de leña, y el animal, caminando hacia la casa, iba razonando a su manera:

-Si nada me gustó la primavera, menos aún me agradó el verano, y el otoño tampoco me parece cosa buena, ¡Oh, que ganas tengo de que llegue el invierno! Ya sé que entonces no tendré la jugosa hierba que con tanto afán deseaba. Pero, al menos, podré descasar cuanto me apetezca. ¡Bienvenido sea el invierno! Tendré en el pesebre solamente paja seca, pero la comeré con el mayor contento.

Y cuando por fin, llegó el invierno, el burrito fue muy feliz. Vivía descansado en su cómodo establo, y, acordándose de las anteriores penalidades, comía con buena gana la paja que le ponían en el pesebre. Ya no tenía las ambiciones que entristecieron su vida anterior. Ahora contemplaba desde su caliente establo el caer de los copos de nieve, y al burrito descontento (que ya no lo era) se le ocurrió este pensamiento, que todos nosotros debemos recordar siempre, y así iremos caminando satisfechos por los senderos de la vida: Contentarnos con nuestra suerte es el secreto de la felicidad.

# Lectura 8 La sal

En algunos pueblos antiguos, la sal era muy codiciada, llegando a utilizarse como moneda. Todavía usamos la palabra salario, que se refería al pago con sal. Hubo guerras por obtenerla, ya que es indispensable al organismo. Además, sin ella, nuestras comidas resultarían insípidas y desagradables.

¿Ha visto cómo se extrae? En la playa se construyen estanques de baja profundidad que se llenan de agua de mar. En poco tiempo, el sol la evapora, dejando en el fondo los pequeños cristales. Después, en camiones o barcos, son llevados a las fábricas para su refinación, empaque y venta. Así es como llega a la cocina de su casa.

También lejos del mar hay depósitos naturales. Se llaman minas de sal y están formadas por mares que se secaron hace millones de años. La mina de sal más grande del mundo está en México, en Guerrero Negro, Baja California.

Para vivir necesitamos agua dulce. Solo en una emergencia grave, como un naufragio, podemos tomar agua de mar; y en muy pequeñas cantidades, pues el exceso de sal daña su salud.

El agua dulce está en diversos sitios: congelada en los polos y en los picos nevados de las montañas; líquida en los lagos, lagunas y ríos, en los manantiales y depósitos subterráneos. Sin embargo, en la Tierra hay más agua salada que dulce y, en muchas poblaciones, el agua es insuficiente.

Ha sido necesario construir instalaciones para convertir el agua de mar en agua dulce. Las plantas desaladoras, que son muy costosas, se utilizan para este trabajo. Alrededor del mundo existen varias que producen agua para beber, lavar y regar las plantas.

Cerca de la superficie del mar, viven millones y millones de animalitos y plantas que sólo se pueden ver con una lupa o un microscopio.

# Unidad 4

En esta unidad leeré diversos guiones teatrales y radiales, después, escribiré mis propios guiones teatrales para ser representados. Ampliaré mi vocabulario a través del estudio de palabras polisémicas. Estudiaré y redactaré textos instructivos, funcionales (pagaré, recibo, factura, carta de venta) y literarios (la historieta). Además, reforzaré mi expresión oral a través del desarrollo de actividades y técnicas grupales aplicadas a situaciones comunicativas concretas.

## Indicadores de logro

- Lee de forma comprensiva textos narrativos y emite juicios valorativos.
- Aplica diferentes estrategias para resolver ejercicios de comprensión lectora.
- Lee textos con rapidez lectora, aplicando de forma adecuada los elementos lingüísticos y paralingüísticos.
- Aplica diferentes estrategias para comprender el significado de una palabra en un texto determinado.
- Aplica los conocimientos adquiridos en clase para la resolución de ejercicios prácticos.

## Contenido de la unidad


- **Lección 1:** El sastrecillo valiente
- **Lección 2:** Fábulas
- **Lección 3:** El maravilloso mundo de las aves
- **Lección 4:** El rótulo
- **Lección 5:** La escuela antigua
- **Lección 6:** Cabalgando entre sueños y realidades
- **Lección 7:** Reflexiones
- **Lección 8:** Sembremos la paz enterrando las armas

# Lectura 1 El sastrecillo valiente (Adaptación)

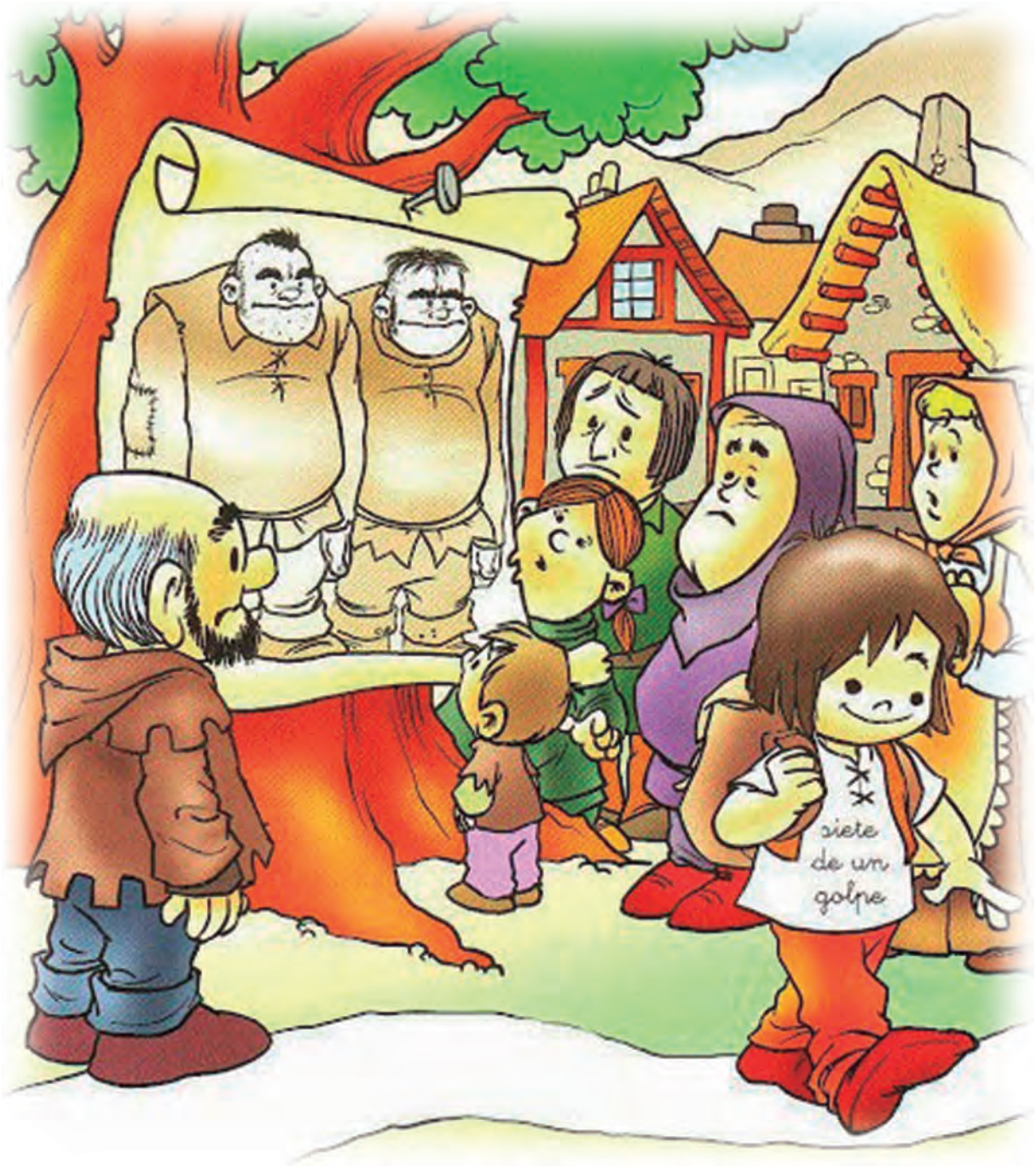
*Narrador:* Lo que cambió la vida de este humilde sastre, no ha sido obra de la casualidad, ni el simple destino, sino de su ingenio que lo llevó por el buen camino.

Una mañana se le antojo para el desayuno una tostada con mermelada, después de prepararla, la llevó consigo al taller para disfrutarla, pero esta lucia tan deliciosa, que pronto las moscas comenzaron a rondarla.

(El sastre, trata de espantar las moscas sobre su tostada en repetidas ocasiones, pero ellas siempre vuelven)

*Sastre:* ¡Eh, quién las invitó a ustedes!

*Narrador:* Pero las moscas, que no entendían su idioma, lejos de hacerle caso, volvían a la carga. Por fin el sastrecito perdió la paciencia, sacó un pedazo de paño y empezó a echar golpes. Al levantar el pañuelo, se dio cuenta que había acabado con todas ellas.




*Sastre:* ¡De lo que soy capaz!, la ciudad entera tendrá que enterarse de esto, ¡Qué digo la ciudad!, ¡El mundo entero!

*Narrador:* Para lograr su cometido, decidió bordar su gran hazaña en un cinturón: SIETE DE UN GOLPE, decía. Y salió a mostrarle al mundo su nueva habilidad, llevando solamente un queso viejo en el bolsillo y un pájaro que le hacía compañía.

En su marcha se encontró un gigante.

*Sastre:* ¡Buenos días, camarada!

*Gigante de la montaña:* ¡Quítate de mi vista, miserable criatura!

*Sastre:* ¿Ah, sí? (le enseñó el cinturón) ¡Aquí puedes leer qué clase de hombre soy!

*Narrador:* El gigante vio el emblema “siete de un golpe” en su cinturón y pensó que el sastrecillo había derrotado a siete hombres de una. Por eso le mostró sus respetos, pero no muy seguro de su fortaleza, le retó con una serie de pruebas.

(El gigante agarra una piedra y la exprime hasta sacarle unas gotas de agua)

*Gigante de la montaña:* A ver si lo haces, ya que eres tan fuerte!

*Narrador:* El sastre mete la mano en el bolsillo saca el queso y lo aprieta hasta sacarle todo el jugo. Muy impresionado, pero no conforme con esto, el gigante toma una piedra y la arroja muy lejos.

*Gigante de la montaña:* Anda, a ver si haces algo parecido.

*Sastre:* Un buen tiro, aunque la piedra volvió a caer a tierra. Ahora verás.

*Narrador:* Saca al pájaro del bolsillo, lo arroja al aire. El pájaro, encantado con su libertad, alza rápido el vuelo y se pierde de vista.

*Sastre:* ¿Qué te pareció este tiro, camarada?

*Narrador:* El gigante se quedó sin palabras, y propuso nuevos retos. A los cuales el sastre salió victorioso. Finalmente, tuvo que aceptar la valentía de aquel hombrecillo.

*Gigante de la montaña:* Ya que eres tan valiente, ven conmigo a nuestra casa y pasa la noche con nosotros.

*Narrador:* El sastrecito aceptó la invitación y lo siguió. Cuando llegaron a la caverna, encontraron a varios gigantes sentados junto al fuego, comiendo. Le enseñaron una cama para dormir, sin embargo, era demasiado grande para él, así que, en vez de acomodarse en ella, se acurrucó en un rincón. A medianoche, el gigante se levantó y, descargó un formidable golpe sobre la cama. Luego volvió a acostarse, pensando que había acabado para siempre a tan impertinente sastrecillo. A la madrugada, los gigantes, se disponían a marcharse al bosque cuando, de pronto, vieron al hombrecillo contento saltando en la cueva, aquello fue más de lo que podían soportar, y pensando que iba a matarlos a todos, salieron corriendo, cada uno por su lado. Y el sastre prosiguió su camino. Tras mucho andar, llegó al jardín de un palacio real, y como se sentía muy cansado, se echó a dormir sobre la hierba. Mientras estaba así durmiendo, se le acercaron varios cortesanos, lo examinaron par todas partes y leyeron la inscripción: SIETE DE UN GOLPE.

*Cortesanos:* ¡Ah! ¿Qué hace aquí tan terrible hombre de guerra, ahora que estamos en paz? Sin duda, será algún poderoso caballero.

*Narrador:* Y corrieron a dar la noticia al rey, diciendo que sería un hombre extremadamente valioso en la guerra contra los gigantes. Así cuando el sastre despertó se encontró con la noticia de que obtendría la mitad del condado y la mano de la princesa, si los libraba de los gigantes.

*Sastre:* Justamente he venido con ese propósito. Estoy dispuesto a servir al rey.

Acabaré muy pronto con los dos gigantes.

*Narrador:* Así, pues, el sastrecito se puso en camino al bosque, seguido por cien jinetes.

*Sastre:* Esperen aquí. Yo solo acabaré con los gigantes.

Corrió hasta encontrar a los gigantes que dormían tranquilamente, y aprovechó la ocasión para tirarles piedras, se echaron la culpa mutuamente, y terminaron peleándose entre ellos.

*Gigante 1:* ¿Por qué me pegas?

*Gigante 2:* Estás soñando. Yo no te he pegado.

*Narrador:* Los dos se enfurecieron tanto que arrancaron de cuajo dos árboles enteros y estuvieron aporreándose el uno al otro hasta que los dos cayeron muertos de cansancio. Entonces el sastrecito se posó sobre ellos para que los jinetes pudiesen apreciar que había vencido.

*Sastre:* Se acabaron los gigantes, aunque debo confesar que el trabajo fue duro.

*Narrador:* No contento, el rey le encargó otra misión, deshacerse de un unicornio que vivía en el bosque, y para ello el sastrecillo engaño al animal, el cual envistió contra un árbol y se quedó allí atrapado. Siendo poco para su majestad una tarea más se le fue encomendada, atrapar al dichoso jabalí que destrozaba los cultivos; el sastre consiguió encerrarle en una capilla.

Habiendo logrado todas esas hazañas, el rey tuvo ahora que cumplir su promesa y le dio la mano de su hija y la mitad del reino.

Se celebró la boda con gran esplendor, y allí fue que se convirtió en todo un rey el sastrecito valiente.

(Termina la obra con la boda del sastrecillo y la princesa)

*Narrador:* Con todas sus hazañas dejó más que asombrada a la gente, pues a pesar de su pequeño tamaño y delgada figura había conseguido aplastar a tales fieras, y no fue una labor de fuerza o valentía, el sastre confió ante todo en su potencial, poniendo en práctica su astucia e inteligencia en cada situación.

# Los viajeros y el árbol frondoso
**(Adaptación)**

**Escenario:** Un desolado paraje y un árbol frondoso en el medio.

(Dos hombres entran caminado al escenario, arrastrando sus pies y mostrando cansancio por un largo viaje)

*Viajero 1:* ¡Pero qué calor!

*Viajero 2:* Y todavía nos queda medio viaje.

*Viajero 1:* Mejor será que descansemos un poco, con tanto sol y tan poca energía, no llegaremos muy lejos.

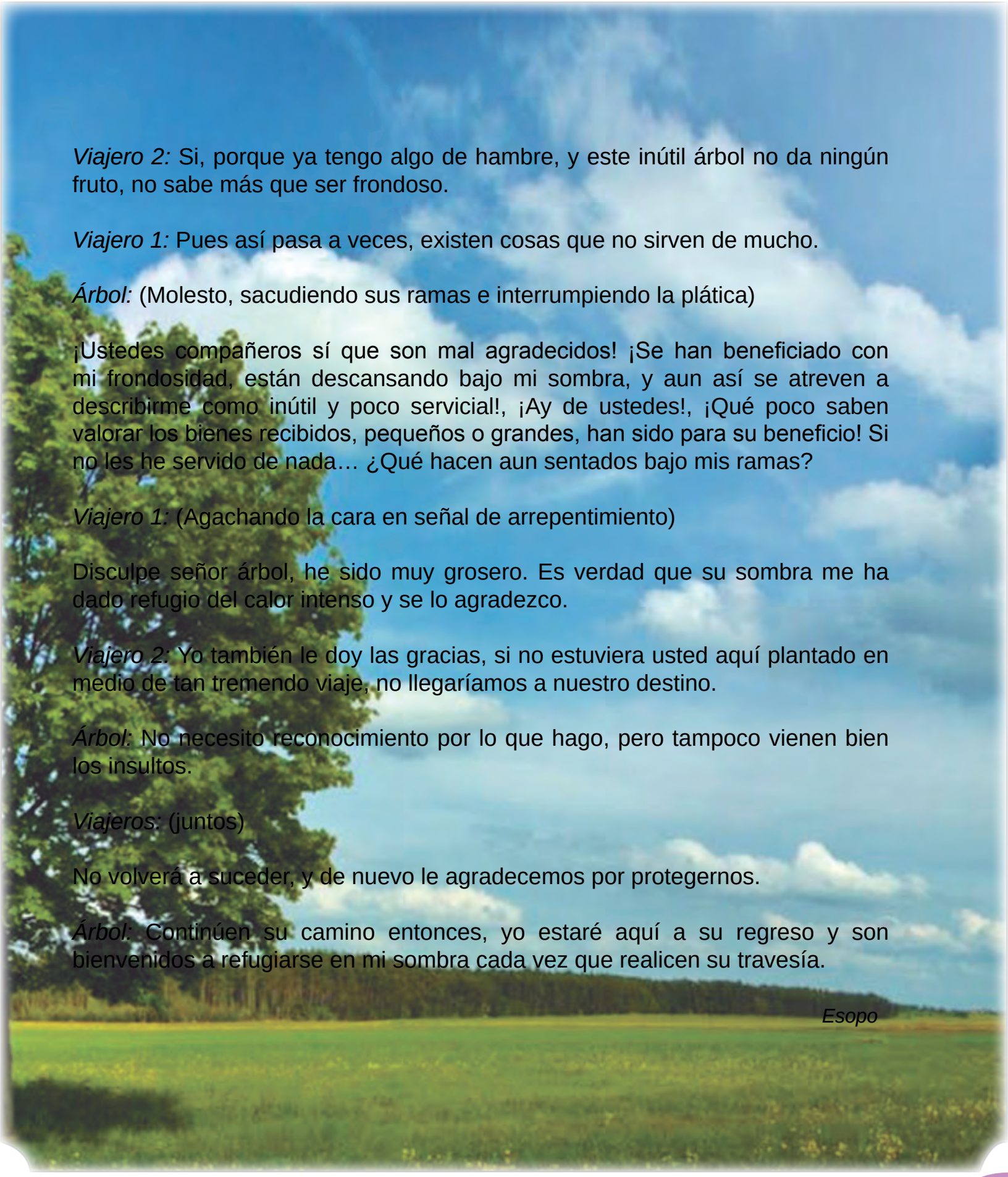
*Viajero 2:* Buena idea, hay que sentarnos un rato.

(Se sientan entonces bajo el árbol)

*Viajero 1:* ¿Cuánto es lo que nos falta de camino?

*Viajero 2:* Un par de horas, si nos damos prisa.

*Viajero 1:* Entonces, que el descanso sea rápido.



*Viajero 2:* Si, porque ya tengo algo de hambre, y este inútil árbol no da ningún fruto, no sabe más que ser frondoso.

*Viajero 1:* Pues así pasa a veces, existen cosas que no sirven de mucho.

*Árbol:* (Molesto, sacudiendo sus ramas e interrumpiendo la plática)

¡Ustedes compañeros sí que son mal agradecidos! ¡Se han beneficiado con mi frondosidad, están descansando bajo mi sombra, y aun así se atreven a describirme como inútil y poco servicial!, ¡Ay de ustedes!, ¡Qué poco saben valorar los bienes recibidos, pequeños o grandes, han sido para su beneficio! Si no les he servido de nada… ¿Qué hacen aun sentados bajo mis ramas?

*Viajero 1:* (Agachando la cara en señal de arrepentimiento)

Disculpe señor árbol, he sido muy grosero. Es verdad que su sombra me ha dado refugio del calor intenso y se lo agradezco.

*Viajero 2:* Yo también le doy las gracias, si no estuviera usted aquí plantado en medio de tan tremendo viaje, no llegaríamos a nuestro destino.

*Árbol:* No necesito reconocimiento por lo que hago, pero tampoco vienen bien los insultos.

*Viajeros:* (juntos)

No volverá a suceder, y de nuevo le agradecemos por protegernos.

*Árbol:* Continúen su camino entonces, yo estaré aquí a su regreso y son bienvenidos a refugiarse en mi sombra cada vez que realicen su travesía.

*Esopo*

## El león, la zorra y el gavilán

Hubo una vez una zorra tan astuta y ladrona que era el terror de todas las aves del corral.

Las pobres mamás gallinas vivían aterrorizadas, pues muy pocas había que por su causa no hubieran perdido alguno de sus polluelos.

Un día el señor pato, que era muy amigo de bromas, decidió gastarle una a la zorra para darle a entender a entender que no era tan lista como se imagina. Se fue hasta su casa y, en lugar de llamar a la puerta, dio unos golpecitos en la ventana.
Se asomó la zorra y, al ver el enorme pato, notó que se le hacía la boca agua.
—¡ A que no me coges! —exclamó burlón el pato.
—¡ A que sí! —contestó la zorra.

Saltó por la ventana para ir más deprisa, pero ya el señor pato corría en dirección a un estanque.

Mucho corrió la zorra, pero al pato le sobró tiempo para tirarse al agua.

Como la zorra no sabía nadar se tuvo que quedar en la orilla, mientras el señor pato se divertía de lo lindo.

Corrida y disgustada quedó la zorra.

—Tengo que hacer algo para demostrar que soy tan astuta como siempre.

Fijó carteles en todos los árboles en que se anunciaba que iría a desafiar a su majestad el león en su mismita guarida.

Con botes vacíos de conserva la zorra se hizo una flamante armadura. Con ella puesta, se dirigió al encuentro del león.

—¿Cómo andamos de apetito majestad?

El león tendió la zarpa y aferró con ella a la zorra. Se la llevó a la boca, pero sus dientes se mellaron contra la dura hojalata. Lanzó el león rugidos espantosos.

—Mal lo estará pasando la señora zorra —comento esperanzada una gallina que había ido a curiosear. Pero cuando la vio regresar sana y salva dentro de su reluciente armadura, solo se preocupó de salir corriendo.

—¡Pies para que os quiero!

Juntáronse todas las zorras de los contornos para celebrar con una gran fiesta la victoria de su compañera. Mientras, su dolorida majestad, el león, juraba no volver a probar conservas en su vida.

La fama de la zorra llegó a oídos de un gavilán que vivía en las montañas vecinas.

—Nadie me gana a ladrón —exclamó ofendido—. Esa rabilarga va a tener que medir sus fuerzas conmigo.

Llamó a un cuervo y lo envío a la zorra con una tarjeta de desafío. Zorra y gavilán buscaron sus respectivos padrinos. Estos se reunieron bajo un árbol para concertar las condiciones del duelo.

—Que la zorra y el gavilán asalten un gallinero distinto en un día

que señalaremos —propuso el cuervo—. El que haga mejor presa será declarado rey de los ladrones.

—¡Bravo! ¡Bravo! —aplaudieron los presentes.

Los padrinos escogieron los gallineros y señalaron la fecha del asalto. Pero he aquí que la zorra se dijo:

—¿He de arriesgarme a perder mi buen ganada fama?

Ni corta ni perezosa, advirtió al granjero de los propósitos del gavilán.

También el gavilán avisó al perro guardián del gallinero asignado a la zorra y se fue a dormir tranquilo y seguro de su victoria.

Malparada salió la zorra de los colmillos del perro guardián. El gavilán no salió mejor librado de la perdigonada que le disparó el granjero.

Una y otra llegaron medio muertos a sus respectivas guaridas. Cuando estuvieron curados de sus heridas, la zorra y el gavilán abandonaron para siempre aquellos lugares.

No hace falta decir cuánto se alegraron las aves de corral, que por fin pudieron vivir tranquilas.

Moraleja: No es extraño que los malvados se destruyan entre sí.

# Lectura 3 El maravilloso mundo de las aves

Las aves son animales vertebrados, de sangre caliente, que caminan, saltan o se mantienen solo sobre las extremidades posteriores, mientras que las extremidades anteriores están modificadas como alas que, al igual que muchas otras características anatómicas únicas, son adaptaciones para volar, aunque no todas vuelan. Tienen el cuerpo recubierto de plumas y, las aves actuales, un pico córneo sin dientes. Para reproducirse ponen huevos, que incuban hasta su eclosión.

Su grupo taxonómico se denomina clase Aves (la palabra es latina y está en plural, en singular sería Avis) para la sistemática clásica, pero en la sistemática filogenética actual este clado no tiene rango, y es incluido a su vez sucesivamente dentro de los clados : Theropoda, Dinosauria, Archosauria, Sauropsida, Tetrapoda, etc., aunque hay más anidamientos intermedios con denominación.

Las aves se originaron a partir de dinosaurios carnívoros bípedos del Jurásico, hace 150-200 millones de años. Su posterior evolución dio lugar, tras una fuerte radiación, a las más de 10,000 especies actuales (la última lista de Clements incluye 10,157 especies vivas más 153 extintas en tiempos históricos). Las aves son los tetrápodos más diversos; sin embargo, tienen una gran homogeneidad morfológica en comparación con los mamíferos. Las relaciones de parentesco de las familias de aves no siempre pueden definirse por morfología, pero con el análisis de ADN comenzaron a esclarecerse.

Las aves habitan en todos los biomas terrestres, y también en todos los océanos. El tamaño puede ser desde 6,4 cm en el colibrí zunzuncito hasta 2,74 metros en el avestruz. Los comportamientos son diversos y notables, como en la anidación, la alimentación de las crías, las migraciones, el apareamiento y la tendencia a la asociación en grupos. La comunicación entre las aves es variable y puede implicar señales visuales, llamadas y cantos. Algunas emiten gran diversidad de sonidos, y se destacan por su inteligencia y por la capacidad de transmisión cultural de conocimientos a nuevas generaciones.

El ser humano ha tenido una intensa relación con las aves. En la economía humana las aves de corral y las cinegéticas son fuentes de alimento. Las canoras y los loros son populares como mascotas. Se usa el plumón de patos y gansos domésticos para rellenar almohadas, y antes se cazaban muchas aves para adornar sombreros con sus plumas. El guano de las aves se usa en la fertilización de suelos. Algunas aves son reverenciadas o repudiadas por motivos religiosos, supersticiones o por prejuicios erróneos. Muchas son símbolos culturales y referencia frecuente para el arte. En los últimos 500 años se han extinguido más de 150 especies como consecuencia de actividades humanas, y, actualmente, son más de 1 200 las especies de aves amenazadas que necesitan esfuerzos para su conservación.

*Gruy-Claude Agboton*

# Lectura 4 El Rótulo

—Señor Sardena- dijo el joven al propietario de una pescadería, -me llamo

–Arenque. Soy pintor de rótulos y veo que Ud. no tiene letrero como los otros tenderos. Mire usted, por favor, el rótulo de su vecino, el sastre: “Sastrería. Confeccionamos vestidos a medida”. O el zapatero: “Zapatería. Remendamos zapatos, mientras que usted está esperando”. O el del carnicero: “Carnicería. Nuestra carne está refrigerada”. Y el del empresario de pompas fúnebres: “Funeraria. Nuestros clientes nunca se quejan”. Permítame, señor, hacerle también uno de estos rótulos magníficos: “Pescadería. Aquí se vende pescado fresco.”

—No necesito letrero, señor Arenque. Sobre todo no necesito el rótulo que usted sugiere. Escúcheme con gran atención mientras explico lógicamente por qué es una pura pérdida de dinero. Consideremos la palabra “aquí”. Es claro que si vendo pescado, lo vendo aquí. Por eso no necesito la palabra. Consideremos ahora la palabra “fresco”. Si el pescado no es fresco, no será posible venderlo. Por eso no necesito la palabra “fresco”.

"Pescadería" ¿Dónde se vende pescado? ¿En una panadería? La palabra "pescadería" no es necesaria.
"Se vende": ¡Por supuesto que se vende! ¿Cómo voy yo a ganar la vida si regalo el pescado? Todo el mundo comprende que se vende el pescado. Queda ahora solamente una palabra, "pescado". ¡Cierre los ojos, señor, por favor, y respire! ¡Dígame! ¿Necesita usted un rótulo para saber que aquí en esta tienda se vende pescado?

*Rubin Pfeiffer*

# Lectura 5 La escuela antigua

Al semiobscuro y mal aireado local de la escuela, el maestro carnero llegó a las siete en punto, ostentando un aire de superioridad, con los cuernos recién bañados, cabalgándose en la nariz unos anteojos, y con un cigarrillo de tusa en la boca. Habían llegado algunos educandos que en el interior saltaban y gritaban alegremente. Al verlos así, les dirigió una mirada feroz, cuyo significado, traducido en hechos, ellos conocían de sobra por dolorosa experiencia. Llegaron después los otros alumnos, quienes, al entrar, dijeron a una voz:

- ¡Buenos días, Maestro!

Él les contestó en voz baja. El que llegó por último fue el lobato, a quien dijo:

- ¿Por qué llegas tarde?
- Porque mamá no había podido darme el desayuno. –contestó el pequeño lobo.
- ¡Mentira! –gritó el carnero. Es porque te has entretenido en la calle. Tienes hoy una falla.

Luego dio un golpe con la regla en la mesa. Todos los alumnos se pusieron de pies y se alinearon. Dio otro: todos se sentaron en unos bancos altos y sin respaldo, sacaron sus libros y sus punteros, y se pusieron a decorar. Dirigiéndose a un pequeño gorila, exclamó, desde la cátedra:

- ¡Ven acá a tomar la lección!

El gorila fue.
- ¡Vamos a ver! –Continuó el maestro.
- P-e-p.
- P-e-p –repitió el alumno.
- R-i-ri.
- R-i-ri.
- C-o-co.
- C-o-co.
- ¿Qué quiere decir? preguntó el maestro.
- Co-co, contestó el gorila.
- ¡Pedazo de animal! ¡Eso significa perico! –gritó el carnero fuera de sí. ¡A estudiar esa lección!
- ¡Que venga el asno a dar la lección! –gritó, colérico.

Llegó el asno, pero no pudo, ni para atrás ni para adelante.

- ¡Tú serás siempre burro como tu padre! –exclamó--, dándole un par de fuertes coscorrones.
- ¡Maestro! –gritó un gallo que estaba en el extremo de un banco. ¡Aquí el niño gato me arañó la cresta!
- ¡Vengan los dos! –ordenó el carnero. Llegaron y les aplicó un buen palmetazo a cada uno.

El gallo le dirigió una mirada de rencor: comprendía que el maestro no había procedido con justicia. Los dos revoltosos se dirigieron insultos en voz baja y se emplazaron para la salida.

- ¡Maestro! –dijo un osezno que estaba por allá; aquí el conejo está diciendo que usted no sabe el quitacalzón.
- ¡Mentira! –dijo el conejo lleno de terror.
- ¡Sí, es cierto! –gritó el mono; dice que usted no sabe…
- ¡Silencio! –prorrumpió el carnero. ¡Venga el conejo!

Llegó el conejo y le aplicó cuatro zurriagazos en las nalgas y cuatro en la cabeza.

- ¡Párese sobre esa mesa! –ordenó el carnero.
- ¡Maestro, póngale orejas de burro! –propuso el mono.
- ¡Sí! ¡Póngaselas para que se corrija! –gritaron muchos.

Trajeron las orejas, que estaban colgadas de un clavo, y se las situaron convenientemente.

- Hoy se quedará usted aquí hasta las dos de la tarde –dijo el carnero, lleno de cólera.

A las once, el conejo tenía un hambre feroz. A las doce tenía menos. A las dos ya no tenía hambre; pero tenía los gérmenes de una afección estomacal.

- ¡Váyase, mal educado! –ordenó el carnero.

Por la tarde volvió el conejo, sollozando a consecuencia de ciertos golpes que había recibido de su madre por haberse portado mal en la escuela. Llevaba al maestro una bandeja de buñuelos y un recado.

- ¡Buenas tardes, maestro! –dijo el conejo.
- Muy buenas –contestó amablemente el carnero al ver los buñuelos.
- Le manda a decir mi mamá que tenga muy buenas tardes, y que aquí le manda este pequeño presente porque me pegó. Que yo merezco estar

siempre hincado sobre arena.

- ¡Muy bien, muy bien! –dijo el carnero, poniendo el azafate sobre la mesa. Dígale a su mamá que en su nombre me los voy a comer. Y usted, pórtese bien, pues los niños bien educados son siempre muy estimados por la sociedad.

El conejo se retiró sollozando. A él le importaba dos pepinos la estimación de la sociedad. Lo que le importaba eran las lastimaduras que tenía en las nalgas y en la cabeza.

*Luis Andrés Zúñiga*
*(Hondureño)*

# Lectura 6 Cabalgando entre sueños y realidades

Me encanta vivir en el campo, porque allí tengo a todos mis amigos y conocidos. Mi nombre es Emilio y soy un niño muy divertido que disfruta de la vida y de las cosas que nos proporciona la naturaleza, en especial de los animales. El pueblo en el que vivo se llama El Obraje y queda en el hermoso valle de Jamastrán, Danlí. Esta es una zona en donde se produce el grano básico de todos los hondureños, el maíz; también hay otros productos agrícolas que se cosechan en estas fértiles tierras. Además de la agricultura, también se dedican a la crianza de bovinos y equinos, es decir, a la ganadería. Aquí se emplean mucho los bueyes para arar la tierra, halar carretas cargadas de leña, ayotes, maíz y zacate para alimentar a los demás animales.

Todas las mañanas me levanto para ir a mi escuela, pues ya estoy en sexto grado. En el camino, escucho por las pedregosas calles el mugido de las vacas y el relincho de los caballos que van en manadas gozando del maravilloso sol de un nuevo día, acompañados por su amo que se levanta en las horas de la madrugada para irlos a buscar al potrero en donde descansan después de un arduo día de trabajo. Me levanto de mi cama o dejo de hacer cualquier otra actividad para ver el desfile de estos magníficos seres que son de gran utilidad, aquí en la comunidad. Es maravilloso ver cómo va creciendo la cornamenta de una ternera o un ternero, o ver el paso elegante de un potrillo que se posa a la par de sus padres e imita su andar con el cuello y las orejas erguidas, con la mirada fija en un punto y con su fino pelaje que brilla al resplandor del astro que se posa en lo más alto del cielo.

Debo contarles que en mi casa no tenemos muchos animales de este tipo, pero mis padres están haciendo negocio con don Teodoro para adquirir algunas vacas y caballos. Esto me ha emocionado mucho, ya que quiero tener mi propio corcel. Por esa razón estoy aprendiendo a montar. El que me enseña es mi tío Lupe en su yegua que se llama Presumida. Ella es muy mansa y algo longeva. Él nos cuenta que la compró hace quince años por ciento cincuenta lempiras.

Un día iba para la casa de mi tío Lupe, cuando menos acuerdo, escucho sus gritos y llantos:

- ¡Ay mi yegua, mi yegua!... ¡¿Dónde estás Presumida?!... Solo esto salía de los labios de mi tío.

- ¿Qué le sucedió a Presumida? -le pregunté con mis ojos casi envueltos en lágrimas.
- Se ha ido y no sé para dónde. –fueron sus palabras. Y lo peor es que andan los dueños de lo ajeno y se las llevan para una ciudad lejana, incluso hay algunos que las destazan.
- ¡No se preocupe tío que ya la encontraremos! –le dije con mi dulce voz para tranquilizarlo. -Lleve sus documentos y los de Presumida para que salgamos en su búsqueda.
- No tengo ningún documento de ella. –me dijo. El antiguo dueño no me dio nada cuando se la compré, ni yo le exigí papel alguno. Pensábamos que solo era de dar y recibir el dinero y nada más…
- ¡Ay tío! –exclamé-, dándole una palmadita en la espalda. Veremos si corremos con suerte y encontramos a Presumida. –dije con un poco de desánimo.

Emprendimos la marcha con nuestros mecates y montura a lomo. Pasamos por todas las haciendas y potreros cercanos y nada que mirábamos a la yegua. Fue un recorrido largo y cansado. Sin embargo, todavía teníamos esperanzas. Nos faltaba una hacienda por visitar, la de don Chente, un señor muy conocido en esta zona por ser una persona de pocas palabras. Habíamos caminado tanto que ni cuenta nos dimos que el astro brillante abandonaba su trono para cedérselo a la bella dama celeste que reina en la oscuridad. Encendimos nuestros focos, las baterillas fallaban, por eso era poca la luz que emitían. Nos acercamos al corral y alumbramos por todas partes…y no estaba. Mi tío empezó a llorar y a decir: - ¡Presumida, mi bonita y amiga, dónde estás! De la nada se escuchó un relincho familiar. En efecto, era ella. Mi tío saltó la cerca y corrió junto a su yegua. De pronto apareció don Chente con su arma y unos perros enormes. Y nos dijo:

- ¿Quiénes son ustedes y qué hacen en mi propiedad a estas horas?
- Somos vecinos de El Obraje y venimos por esta yegua que se me escapó del corral. –dijo mi tío.
- ¿Quién dice que ese animal le pertenece? –preguntó don Chente. Todo lo que está aquí es de mi propiedad.
- Pero esta yegua sí es mía. ¿No ve cómo reacciona ante mi presencia? Ella me reconoce porque sabe que soy su amo. –contestó mi tío.

- ¿Está herrada su yegua? o ¿tiene algún documento legal que compruebe que es suyo este animal? –preguntó don Chente. Si es así no tengo ningún problema en que se la lleve.
- No. –fue la corta respuesta de mi tío. Pero tengo vecinos que pueden avalar que sí soy el dueño.
- ¡Ay muchachito!, usted debe saber que cuando se compra un animal se tiene que extender una documentación legal de compraventa. Porque creo en sus sinceras palabras le permitiré que retire a su yegua de mi corral y le aconsejo que la legalice como suya. –dijo el señor.
- ¡Gracias don Chente!, mañana mismo iré al juez de policía a solicitar ese documento que me dice y le prometo que no volverá a suceder. –expresó mi tío agradecido.

Regresamos a nuestros hogares, cansados pero contentos, y con una gran lección para mi tío y una curiosidad rondando por mi mente.

Hasta los momentos no sé exactamente cuál es ese documento que se entrega cuando se vende y compra ganado de cualquier especie, pero investigaré con mis maestras y maestros en la escuela, o con alguien más que realice con frecuencia este tipo de negocios. Visitaré a los hacendados y al juez de policía civil de mi comunidad. Tengo que informarme bien de esa documentación para decírselo a mis padres que los pidan cuando hagan el negocio con don Teodoro.

Afortunadamente, en una de mis clases de español, la profesora nos explicó que existen diferentes tipos de texto con finalidades específicas y entre ellos estaban los funcionales, en estos textos se encuentran los que mi tío Lupe hacía referencia. ¡Ahora sí sé qué es lo que mis padres deben pedirle a don Teodoro!

Por fin llegó el tiempo tan anhelado y esperado por mi familia: la compra de las vacas y los caballos. La noche anterior no pude dormir de la emoción. Me imaginaba las crines doradas y el andar elegante de mis potros, el mugido de las vacas y el berrear de los terneros. Por mi mente pasaron miles de historias futuras con estos nuevos integrantes de la manada. Cuando el cielo abrió sus puertas y el sol empezó a desnudar a la oscuridad, arribaron a mis oídos los sonidos gregorianos emitidos por el príncipe del amanecer. No lo pensé dos veces y con gran entusiasmo abandoné mi cuerpo del lugar que nos acoge cuando estamos agotados. Dirigí mis cortos pasos hacia la habitación de mis padres. Todavía dormían plácidamente, pero tuve que interrumpir sus sueños y apresurarlos, pues

teníamos una cita muy importante.

Llegamos puntuales a la hacienda de don Teodoro. Él nos recibió muy bien. Nos ofreció una cumbita de pinol caliente y un par de tamalitos de elote con mantequilla. Mi paladar no sintió la alta temperatura de estas delicias, pues en tres segundos ya las había devorado. No era que tenía hambre, sino que estaba ansioso e intrigado por ir al corral. ¡Por fin! Hemos llegado al lugar en donde observaremos el desfile del ganado que comprarían mis padres. Las vacas fueron las primeras en darse a conocer. Mis expectativas se cumplieron, pues su color, tamaño y cornamenta era lo más hermoso que mis ojos habían visto en bovino alguno. Finalmente, tocaba el turno de los equinos. El primero en salir fue un potrillo saltarín y travieso, color dorado su cuerpo y una mancha blanca en su cara, crines largas y onduladas, su cola era larga y voluminosa como el vestido de una novia, brillaron mis pupilas cuando sus patas robustas y adornados sus cascos con abundante pelaje blancoempezaron a caminar sutilmente  por el corral. ¡Es lo más hermoso que he visto y sentido! El resto de los equinos no fue la excepción, todos demostraron ser dignos representantes de su especie.

El negocio llegó a buen término y don Teodoro les dio a mis padres la documentación que estipula la ley cuando se hace compran y venden animales de especie mayor. Todos quedamos satisfechos.
Ahora disfruto el amanecer viendo el desfile encabezado por mi potro Dorado, así lo nombré, seguido por los demás animales.

## El barrio de los artistas

Miki era un chico alegre, optimista y simpático. Nadie recordaba haberle visto enfadar, y daba igual lo que le dijeran, parecía incapaz de insultar a nadie. Hasta sus maestros se admiraban de su buena disposición para todo, y era tan extraño que incluso se corrió el rumor de que era debido a un secreto especial; y bastó que fuera secreto para que nadie pensara en otra cosa. Tanto preguntaban al pobre Miki, que una tarde invitó a merendar a don José Antonio, su profesor favorito. Al terminar, le animó a ver su habitación, y al abrir la puerta, el maestro quedó como paralizado, al tiempo que una gran sonrisa se dibujaba en su rostro. ¡La enorme pared del fondo era un único collage de miles de colores y formas que inundaba toda la habitación! Era el decorado más bonito que había visto nunca.

- Algunos en el cole creen que yo nunca pienso mal de nadie -comenzó a explicar Miki-, ni que nada me molesta o que nunca quiera insultar a nadie, pero es mentira. A mí me pasa como a todo el mundo. Y antes me enfadaba mucho más que ningún niño. Sin embargo, hace años con ayuda de mis padres comencé un pequeño collage especial: en él podía utilizar todo tipo de materiales y colores, siempre que con cada pequeña pieza pudiera añadir algún mal pensamiento o acción que hubiera sabido contener.

Era verdad. El maestro se acercó y en cada una de las pequeñas piezas se podía leer en letras finísimas “tonto”, “bruto”, “pesado”, “aburrido” y otras mil cosas negativas.

- Así que comencé a convertir todos mis malos momentos en una oportunidad de ampliar mi collage. Ahora estoy tan entusiasmado con él, que cada vez que alguien me provoca un enfado no dejo de alegrarme por tener una nueva pieza para mi dibujo.

De muchas cosas más hablaron aquel día, pero lo que el buen maestro no olvidó nunca fue cómo un simple niño le había mostrado que el secreto de un carácter alegre y optimista está en convertir los malos momentos en una oportunidad de sonreír. Sin decírselo a nadie, aquel mismo día comenzó su propio collage, y tanto recomendó aquel secreto a sus alumnos, que años después llamaron a aquel barrio de la ciudad, “El barrio de los artistas” porque cada casa contenía las magníficas obras de arte de aquellos niños optimistas.

*Pedro Pablo Sacristán*
*(Español)*

# El príncipe feliz

En la parte más alta de la ciudad, sobre una columnita, se alzaba la estatua del Príncipe Feliz.

Estaba toda revestida de madreselva de oro fino. Tenía, a guisa de ojos, dos centelleantes zafiros y un gran rubí rojo ardía en el puño de su espada. Por todo lo cual era muy admirada.

–Es tan hermoso como una veleta –observó uno de los miembros del Concejo que deseaba granjearse una reputación de conoce- dor en el arte–. Ahora, que no es tan útil –añadió, temiendo que le tomaran por un hombre poco práctico.

Y realmente no lo era.

–¿Por qué no eres como el Príncipe Feliz? –preguntaba una madre cariñosa a su hijito, que pedía la luna–.

El Príncipe Feliz no hubiera pensado nunca en pedir nada a voz en grito.

–Me hace dichoso ver que hay en el mundo alguien que es completamente feliz –murmuraba un hombre fracasado, contemplando la estatua maravillosa.

–Verdaderamente parece un ángel –decían los niños hospicianos al salir de la catedral, vestidos con sus soberbias capas escarlatas y sus bonitas chaquetas blancas.
–¿En qué lo conocéis –replicaba el profesor de matemáticas– si no habéis visto uno nunca?
–¡Oh! Los hemos visto en sueños –respondieron los niños.

Y el profesor de matemáticas fruncía las cejas, adoptando un severo aspecto, porque no podía aprobar que unos niños se permitiesen soñar. Una noche voló una mi pequeña Golondrina sin descanso hacia la ciudad.

Seis semanas antes habían partido sus amigas para Egipto; pero ella se quedó atrás.

Estaba enamorada del más hermoso de los juncos. Lo encontró al comienzo de la primavera, cuando volaba sobre el río persiguiendo a una gran mariposa amarilla, y su talle esbelto la atrajo de tal modo, que se detuvo para hablarle.

–¿Quieres que te ame? –dijo la Golondrina, que no se andaba nunca con rodeos.

Y el Junco le hizo un profundo saludo.

Entonces la Golondrina revoloteó a su alrededor rozando el agua con sus alas y trazando estelas de plata.

Era su manera de hacer la corte. Y así transcurrió todo el verano.
–Es un enamoramiento ridículo –gorjeaban las otras golondrinas–. Ese Junco es un pobretón y tiene realmente demasiada familia.

Y en efecto, el río estaba todo cubierto de juncos.

Cuando llegó el otoño, todas las golondrinas emprendieron el vuelo.
Una vez que se fueron sus amigas, sintiose muy sola y empezó a cansarse de su amante.

–No sabe hablar –decía ella–. Y además temo que sea inconstante porque coquetea sin cesar con la brisa.

Y realmente, cuantas veces soplaba la brisa, el Junco multiplicaba sus más graciosas reverencias.

–Veo que es muy casero –murmuraba la Golondrina–. A mí me gustan los viajes. Por lo tanto, al que me ame, le debe gustar viajar conmigo.
–¿Quieres seguirme? –preguntó por último la Golondrina al Junco.
Pero el Junco movió la cabeza. Estaba demasiado atado a su hogar.

–¡Te has burlado de mí! –le gritó la Golondrina–. Me marcho a las Pirámides. ¡Adiós!
Y la Golondrina se fue.

Voló durante todo el día y al caer la noche llegó a la ciudad.

–¿Dónde buscaré un abrigo? –se dijo–. Supongo que la ciudad habrá hecho preparativos para recibirme.

Entonces divisó la estatua sobre la columnita.

–Voy a cobijarme allí –gritó– El sitio es bonito. Hay mucho aire fresco.

Y se dejó caer precisamente entre los pies del Príncipe Feliz.
–Tengo una habitación dorada –se dijo quedamente, después de mirar en torno suyo.

Y se dispuso a dormir.

Pero al ir a colocar su cabeza bajo el ala, he aquí que le cayó encima una pesada gota de agua.

–¡Qué curioso! –exclamó–. No hay una sola nube en el cielo, las estrellas están claras y brillantes, ¡y sin embargo llueve! El clima del norte de Europa es verdaderamente extraño. Al Junco le gustaba la lluvia; pero en él era puro egoísmo.

Entonces cayó una nueva gota.

–¿Para qué sirve una estatua si no resguarda de la lluvia? –dijo la Golondrina–. Voy a buscar un buen copete de chimenea.

Y se dispuso a volar más lejos. Pero antes de que abriese las alas, cayó una tercera gota.

La Golondrina miró hacia arriba y vio... ¡Ah, lo que vio!

Los ojos del Príncipe Feliz estaban arrasados de lágrimas, que corrían sobre sus mejillas de oro.

Su faz era tan bella a la luz de la luna, que la mi pequeña Golondrina sintiose llena de piedad.

–¿Quién sois? –dijo.
–Soy el Príncipe Feliz.
–Entonces, ¿por qué lloriqueáis de ese modo? –preguntó la Golondrina–. Me habéis empapado casi.

–Cuando estaba yo vivo y tenía un corazón de hombre –repitió la estatua–, no sabía lo que eran las lágrimas porque vivía en el Palacio de la Despreocupación, en el que no se permite la entrada al dolor.

Durante el día jugaba con mis compañeros en el jardín y por la noche bailaba en el gran salón. Alrededor del jardín se alzaba una muralla altísima, pero nunca me preocupó lo que había detrás de ella, pues todo cuanto me rodeaba era hermosísimo. Mis cortesanos me llamaban el Príncipe Feliz y, realmente, era yo feliz, si es que el placeres la felicidad. Así viví y así morí y ahora que estoy muerto me han elevado tanto, que puedo ver todas las fealdades y todas las miserias de mi ciudad, y aunque mi corazón sea de plomo, no me queda más recurso que llorar.

«¡Cómo! ¿No es de oro de buena ley?», pensó la Golondrina para sus adentros, pues estaba demasiado bien educada para hacer ninguna observación en voz alta sobre las personas.

–Allí abajo –continuó la estatua con su voz baja y musical–, allí abajo, en una callejuela, hay una pobre vivienda. Una de sus ventanas está abierta y por ella puedo ver a una mujer sentada

ante una mesa. Su rostro está enflaquecido y ajado. Tiene las manos hinchadas y enrojecidas, llenas de pinchazos de la aguja, porque es costurera. Borda pasionarias sobre un vestido de raso que debe lucir, en el próximo baile de corte, la más bella de las damas de honor de la Reina. Sobre un lecho, en el rincón del cuarto, yace su hijito enfermo.

Tiene fiebre y pide naranjas. Su madre no puede darle más que agua del río. Por eso llora. Golondrina, mi pequeña Golondrina,

¿no quieres llevarla el rubí del puño de mi espada? Mis pies están sujetos al pedestal, y no me puedo mover.

–Me esperan en Egipto –respondió la Golondrina–. Mis amigas revolotean de aquí para allá sobre el Nilo y charlan con los grandes lotos. Pronto irán a dormir al sepulcro del Gran Rey. El mismo Rey está allí en su caja de madera, envuelto en una tela amarilla y embalsamado con sustancias aromáticas. Tiene una cadena de jade verde pálido alrededor del cuello y sus manos son como unas hojas secas.

–Golondrina, Golondrina, mi pequeña Golondrina – dijo el Príncipe–, ¿no te quedarás conmigo una noche y serás mi mensa- jera? ¡Tiene tanta sed el niño y tanta tristeza la madre!

–No creo que me agraden los niños –contestó la Golondrina–. El invierno último, cuando vivía yo a orillas del río, dos muchachos mal educados, los hijos del molinero, no paraban un momento en tirarme piedras. Claro es que no me alcanzaban. Nosotras las golondrinas, volamos demasiado bien para eso y además yo pertenezco a una familia célebre por su agilidad; mas, a pesar de todo, era una falta de respeto.

Pero la mirada del Príncipe Feliz era tan triste que la mi pequeña Golondrina se quedó apenada.

–Mucho frío hace aquí –le dijo–; pero me quedaré una noche con vos y seré vuestra mensajera.

–Gracias, mi pequeña Golondrina –respondió el Príncipe.

Entonces la mi pequeña Golondrina arrancó el gran rubí de la espada del Príncipe y llevándolo en el pico, voló sobre los tejados de la ciudad.

Pasó sobre la torre de la catedral, donde había unos ángeles esculpidos en mármol blanco.

Pasó sobre el palacio real y oyó la música de baile.
Una bella muchacha apareció en el balcón con su novio.

–¡Qué hermosas son las estrellas –la dijo– y qué poderosa es la fuerza del amor!

–Querría que mi vestido estuviese acabado para el baile oficial
–respondió ella–. He mandado bordar en él unas pasionarias

¡pero son tan perezosas las costureras!

Pasó sobre el río y vio los fanales colgados en los mástiles de los barcos. Pasó sobre el ghetto y vio a los judíos viejos negociando entre ellos y pesando monedas en balanzas de cobre.

Al fin llegó a la pobre vivienda y echó un vistazo dentro. El niño se agitaba febrilmente en su camita y su madre habíase que- dado dormida de cansancio.

La Golondrina saltó a la habitación y puso el gran rubí en la mesa, sobre el dedal de la costurera. Luego revoloteó suavemente alrededor del lecho, abanicando con sus alas la cara del niño.

–¡Qué fresco más dulce siento! –murmuró el niño–. Debo estar mejor.

Y cayó en un delicioso sueño.

Entonces la Golondrina se dirigió a todo vuelo hacia el Príncipe Feliz y le contó lo que había hecho.

–Es curioso –observa ella–, pero ahora casi siento calor, y sin embargo, hace mucho frío.

Y la mi pequeña Golondrina empezó a reflexionar y entonces se durmió. Cuantas veces reflexionaba se dormía. Al despuntar el alba voló hacia el río y tomó un baño.

–¡Notable fenómeno! –exclamó el profesor de ornitología que pasaba por el puente–. ¡Una golondrina en invierno!

Y escribió sobre aquel tema una larga carta a un periódico local.

Todo el mundo la citó. ¡Estaba plagada de palabras que no se podían comprender!...

–Esta noche parto para Egipto –se decía la Golondrina.

Y sólo de pensarlo se ponía muy alegre.

Visitó todos los monumentos públicos y descansó un gran rato sobre la punta del campanario de la iglesia.

Por todas partes adonde iba piaban los gorriones, diciéndose unos a otros:

–¡Qué extranjera más distinguida!

Y esto la llenaba de gozo. Al salir la luna volvió a todo vuelo hacia el Príncipe Feliz.

–¿Tenéis algún encargo para Egipto? –le gritó–. Voy a emprender la marcha.

–Golondrina, Golondrina, mi pequeña Golondrina –dijo el Príncipe–, ¿no te quedarás otra noche conmigo?

–Me esperan en Egipto –respondió la Golondrina–. Mañana mis amigas volarán hacia la segunda catarata. Allí el hipopótamo se acuesta entre los juncos y el dios Memnón se alza sobre un gran trono de granito.
Acecha a las estrellas durante la noche y cuando brilla Venus, lanza un grito de alegría y luego calla. A mediodía, los rojizos leones bajan a beber a la orilla del río. Sus ojos son verdes agua- marinas y sus rugidos más atronadores que los rugidos de la catarata.

–Golondrina, Golondrina, mi pequeña Golondrina –dijo el Príncipe–, allá abajo, al otro lado de la ciudad, veo a un joven en una buhardilla. Está inclinado sobre una mesa cubierta de papeles y en un vaso a su lado hay un ramo de violetas marchitas. Su pelo es negro y rizoso y sus labios rojos como granos de granada. Tiene unos grandes ojos soñadores. Se esfuerza en terminar una obra para el director del teatro, pero siente demasiado frío para escribir más. No hay fuego ninguno en el aposento y el hambre le ha rendido.

–Me quedaré otra noche con vos –dijo la Golondrina, que tenía realmente buen corazón–. ¿Debo llevarle otro rubí?

–¡Ay! No tengo más rubíes –dijo el Príncipe–. Mis ojos es lo único que me queda. Son unos zafiros extraordinarios traídos de la India hace un millar de años. Arranca uno de ellos y llévaselo. Lo venderá a un joyero, se comprará alimento y combustible y concluirá su obra.

–Amado Príncipe –dijo la Golondrina–, no puedo hacer eso. Y se puso a llorar.

–¡Golondrina, Golondrina, mi pequeña Golondrina! –dijo el Príncipe–. Haz lo que te pido.
Entonces la Golondrina arrancó el ojo del Príncipe y voló hacia la buhardilla del estudiante. Era fácil penetrar en ella porque había un agujero en el techo. La Golondrina entró por él como una flecha y se encontró en la habitación.

El joven tenía la cabeza hundida en sus manos. No oyó el aleteo del pájaro y cuando levantó la cabeza, vio el hermoso zafiro colocado sobre las violetas marchitas.

–Empiezo a ser estimado –exclamó–. Esto proviene de algún rico admirador. Ahora ya puedo terminar la obra.

Y parecía completamente feliz.

Al día siguiente la Golondrina voló hacia el puerto.

Descansó sobre el mástil de un gran navío y contempló a los marineros que sacaban enormes cajas de la cala tirando de unos cabos.

–¡Ah, iza! –gritaban a cada caja que llegaba al puente.
–¡Me voy a Egipto! –les gritó la Golondrina.

Pero nadie le hizo caso, y al salir la luna, volvió hacia el Príncipe Feliz.

–He venido para deciros adiós –le dijo.
–¡Golondrina, Golondrina, mi pequeña Golondrina! –exclamó el Príncipe–. ¿No te quedarás conmigo una noche más?

–Es invierno –replicó la Golondrina– y pronto estará aquí la nieve glacial. En Egipto calienta el sol sobre las palmeras verdes. Los cocodrilos, acostados en el barro, miran perezosamente a los árboles, a orillas del río.

Mis compañeras construyen nidos en el templo de Baalbeck. Las palomas rosadas y blancas las siguen con los ojos y se arrullan. Amado Príncipe, tengo que dejaros, pero no os olvidaré nunca y la primavera próxima os traeré de allá dos bellas piedras preciosas con que sustituir las que disteis. El rubí será más rojo que una rosa roja y el zafiro será tan azul como el océano.

–Allá abajo, en la plazoleta –contestó el Príncipe Feliz–, tiene su puesto una niña vendedora de cerillas. Se le han caído las cerillas al arroyo, estropeándose todas. Su padre le pegará si no lleva algún dinero a casa, y está llorando. No tiene ni medias ni zapatos y lleva la cabecita al descubierto. Arráncame el otro ojo, dáselo y su padre no le pegará.

–Pasaré otra noche con vos –dijo la Golondrina–, pero no puedo arrancaros el ojo porque entonces os quedaríais ciego del todo.
–¡Golondrina, Golondrina, mi pequeña Golondrina! –dijo el Príncipe–. Haz lo que te mando.

Entonces la Golondrina volvió de nuevo hacia el Príncipe y emprendió el vuelo llevándoselo.

Se posó sobre el hombro de la vendedorcita de cerillas y deslizó la joya en la palma de su mano.

–¡Qué bonito pedazo de cristal! –exclamó la niña. y corrió a su casa muy alegre.

Entonces la Golondrina volvió de nuevo hacia el Príncipe.

–Ahora estáis ciego. Por eso me quedaré con vos para siempre.
–No, mi pequeña Golondrina –dijo el pobre Príncipe–. Tienes que ir a Egipto.
–Me quedaré con vos para siempre –dijo la Golondrina.

Y se durmió entre los pies del Príncipe. Al día siguiente se colocó sobre el hombro del Príncipe y le refirió lo que habla visto en países extraños.

Le habló de los ibis rojos que se sitúan en largas filas a orillas del Nilo y pescan a picotazos peces de oro; de la esfinge, que es tan vieja como el mundo, vive en el desierto y lo sabe todo; de los mercaderes que caminan lentamente junto a sus camellos, pasando las cuentas de unos rosarios de ámbar en sus manos; del rey de las montañas de la Luna, que es negro como el ébano y que adora un gran bloque de cristal; de la gran serpiente verde que duerme en una palmera y a la cual están encargados de alimentar con pastelitos de miel veinte sacerdotes; y de los pig- meos que navegan por un gran lago sobre anchas hojas aplasta- das y están siempre en guerra con las mariposas.

–Querida mi pequeña Golondrina –dijo el Príncipe–, me cuentas cosas maravillosas, pero más maravilloso aún es lo que soportan los hombres y las mujeres. No hay misterio más grande que la miseria. Vuela por mi ciudad, mi pequeña Golondrina, y dime lo que veas.

Entonces la mi pequeña Golondrina voló por la gran ciudad y vio a los ricos que se festejaban en sus magníficos palacios, mientras los mendigos estaban sentados a sus puertas.

Voló por los barrios sombríos y vio las pálidas caras de los niños que se morían de hambre, mirando con apatía las calles negras.

Bajo los arcos de un puente estaban acostados dos niñitos abra- zados uno a otro para calentarse.

–¡Qué hambre tenemos! –decían.
–¡No se puede estar tumbado aquí! –les gritó un guardia. Y se alejaron bajo la lluvia.

Entonces la Golondrina reanudó su vuelo y fue a contar al Prín- cipe lo que había visto.

–Estoy cubierto de oro fino –dijo el Príncipe–; despréndelo hoja por hoja y dáselo a mis pobres. Los hombres creen siempre que el oro puede hacerlos felices.

Hoja por hoja arrancó la Golondrina el oro fino hasta que el Príncipe Feliz se quedó sin brillo ni belleza.

Hoja por hoja lo distribuyó entre los pobres, y las caritas de los niños se tornaron nuevamente sonrosadas
y rieron y jugaron por la calle.

–¡Ya tenemos pan! –gritaban.

Entonces llegó la nieve y después de la nieve el hielo.

Las calles parecían empedradas de plata por lo que brillaban y relucían. Largos carámbanos, semejantes a puñales de cristal, pendían de los tejados de las casas. Todo el mundo se cubría de pieles y los niños llevaban gorritos rojos y patinaban sobre el hielo.

La pobre Golondrina tenía frío, cada vez más frío, pero no quería abandonar al Príncipe: le amaba demasiado para hacerlo.

Picoteaba las migas a la puerta del panadero cuando éste no la veía, e intentaba calentarse batiendo las alas.

Pero, al fin, sintió que iba a morir. No tuvo fuerzas más que para volar una vez más sobre el hombro del Príncipe.

–¡Adiós, amado Príncipe! –murmuró–. Permitid que os bese la mano.
–Me da mucha alegría que partas por fin para Egipto, Golondrina –dijo el Príncipe–. Has permanecido aquí demasiado tiempo. Pero tienes que besarme en los labios porque te amo.
–No es a Egipto a donde voy a ir –dijo la Golondrina–. Voy a ir a la morada de la Muerte. La Muerte es hermana del Sueño, ¿verdad?

Y besando al Príncipe Feliz en los labios, cayó muerta a sus pies.
En el mismo instante sonó un extraño crujido en el interior de la estatua, como si se hubiera roto algo.

El hecho es que la coraza de plomo se habla partido en dos. Realmente hacia un frío terrible.

A la mañana siguiente, muy temprano, el alcalde se paseaba por la plazoleta con dos concejales de la ciudad.

Al pasar junto al pedestal, levantó sus ojos hacia la estatua.

–¡Dios mío! –exclamó–. ¡Qué andrajoso parece el Príncipe Feliz!
–¡Sí, está verdaderamente andrajoso! –dijeron los concejales de la ciudad, que eran siempre de la opinión del alcalde.

Y levantaron ellos mismos la cabeza para mirar la estatua.

–El rubí de su espada se ha caído y ya no tiene ojos, ni es dorado –dijo el alcalde– En resumidas cuentas, que está lo mismo que un pordiosero.
–¡Lo mismo que un pordiosero! –repitieron a coro los concejales.
–Y tiene a sus pies un pájaro muerto –prosiguió el alcalde–. Realmente habrá que promulgar un bando prohibiendo a los pájaros que mueran aquí.

Y el secretario del Ayuntamiento tomó nota para aquella idea.
Entonces fue derribada la estatua del Príncipe Feliz.

–¡Al no ser ya bello, de nada sirve! –dijo el profesor de estética de la Universidad.

Entonces fundieron la estatua en un horno y el alcalde reunió al Concejo en sesión para decidir lo que debía hacerse con el metal.
–Podríamos –propuso– hacer otra estatua. La mía, por ejemplo.
–O la mía –dijo cada uno de los concejales. Y acabaron disputando.
–¡Qué cosa más rara! –dijo el oficial primero de la fundición–. Este corazón de plomo no quiere fundirse en el horno; habrá que tirarlo como desecho,

Los fundidores lo arrojaron al montón de basura en que yacía la golondrina muerta.

–Tráeme las dos cosas más preciosas de la ciudad –dijo Dios a uno de sus ángeles.

Y el ángel se llevó el corazón de plomo y el pájaro muerto.

–Has elegido bien –dijo Dios–. En mi jardín del Paraíso este pajarillo cantará eternamente, y en mi ciudad de oro el Príncipe Feliz repetirá mis alabanzas.

*Oscar Wilde*
*(Irlandés)*

# Lectura 8 Sembremos la paz enterrando las armas

Había una vez, una escuela en una ciudad muy grande.

AIIí, los niños y las niñas, se estaban preparando para participar en el concurso más importante del año.

Cada escuela presentaría un proyecto de beneficio para la humanidad; quién ganara el primer lugar tendría muchos premios. En la escuela de nuestro cuento, se presentaron proyectos muy hermosos para la humanidad; unos pedían protección para los animales, otros para los bosques; pero el que había ganado y que representaría a la escuela, fue el proyecto de Antonio, este proyecto consistía en: “Sembraremos la paz enterrando las armas”.

Antonio había explicado que el proyecto consistía en que todos los gobiernos del mundo, se pusieran de acuerdo y enterraran todas las armas, entonces, saldría el árbol más bello del universo: El árbol de la paz.

Todos estuvieron de acuerdo con el proyecto de Antonio, era un proyecto muy útil para la humanidad. .

Antonio estaba nervioso, al día siguiente se realizaría el gran concurso, todos sus maestros y compañeros le daban ánimos, además le ayudaban a ordenar sus pensamientos. No te preocupes, -le dijeron- todos los proyectos que vamos a escuchar son beneficiosos para nosotros, sin embargo, el proyecto de nuestra escuela evitaría que la tierra desapareciera con una guerra nuclear.

En la noche, sus padres le daban cariño y ternura a Antonio, antes de dormir, sus padres le dijeron: El proyecto de tu escuela es muy bello, nosotros estamos muy orgullosos de nuestro hijo, duerme en paz.

Entonces, Antonio se tomó un vaso de leche y se fue a la cama, su último pensamiento fue preguntarse:

¿Qué pasaría si todos los niños y las niñas del mundo nos uniéramos para lograr la paz? Y así, se quedó dormido.

Antonio empezó a soñar...Él era el Presidente de un país muy grande, había convencido a todos los gobernantes del mundo para que enterraran las armas, además, había ofrecido el territorio de su país para tal fin.

Primero empezaron a enterrar las armas de su país y las de los países cercanos. Sin embargo, empezaron a tener problemas porque eran demasiadas las armas; eran tantos los tanques, los aviones de guerra, los cohetes, los barcos de guerra, los cañones, las ametralladoras y miles de armas más, que ya no cabían en el enorme territorio. También existía otro problema y era, que había tantas armas nucleares que no había forma de transportarlas. Existían tantas armas nucleares, que no destruirían solamente al planeta tierra, sino también a otros planetas.

No se sabía qué hacer con las armas químicas, con sólo que una bomba química

estallara, todos los habitantes de un país se enfermaban y se morían.

El mundo estaba lleno de armas; Antonio se había enterado que con sólo el dinero que costaba un avión de guerra, se podía alimentar a toda la población de un continente por mucho tiempo. Había más armas que tractores, había más aviones de guerra que escuelas y hospitales, era más posible morir que aprender, era más posible morir que curarse. ¿Cómo era posible, -se preguntaba Antonio -que nos hemos acercado más a la guerra que a la paz?

También el espacio que antes estaba lleno de estrellas, ahora estaba lleno de armas.

El problema era demasiado grande; Antonio pensaba con otros gobernantes en la forma de resolverlo; cuando de pronto, se escuchó una gran explosión. Un presidente se había equivocado y apretó el botón de una bomba nuclear. Entonces, los otros Gobernantes pensaron que los atacaban y también activaron

sus bombas nucleares. Todo se volvió obscuro y el mundo se empezó a partir en miles de pedazos.

Antonio se despertó lleno de miedo, ¡No más armas por favor! -gritaba; cuando llegaron sus padres, –Antonio estás soñando, -le dijeron. Antonio les contó el sueño a sus padres, estos lo calmaron.

Los padres de Antonio estaban muy preocupados, porque el sueño de su hijo podría ser una realidad.

Y llegó el día del concurso final; se presentaron proyectos muy hermosos. Uno consistía en dar educación a todos los niños y niñas del mundo; otro, era sobre ecología y decía que toda la niñez se volvieran los cuidadores de los bosques y ríos, otro era sobre cuidar a todos los ancianos del mundo con mucho amor, y así, le tocó el turno a Antonio.

Antonio empezó contando su sueño y la preocupación que toda su escuela tenía, porque el futuro de la niñez estaba a punto de desaparecer sólo con apretar un botón. ¿Cómo es posible que los adultos hayan llenado el mundo de tantas armas? -Preguntaba Antonio.

Amigos -les decía-, existe la ONU que ha sido creada para mantener la paz; sin embargo, cada día se producen más armas que alimentos. La propuesta de mi escuela consiste en apoyar a la ONU en su lucha por la paz, a prohibir las armas de todo tipo porque son contrarias a la vida. Y para finalizar les dijo: ¡Los niños y las niñas del mundo tenemos derecho al futuro queremos vivir!

Todos se quedaron asustados, la posibilidad de matar al mundo era una realidad. Todos se reunieron para votar por el proyecto más beneficioso para la humanidad, era muy difícil, todos los proyectos eran muy hermosos. Por fin, anunciaron que el ganador del primer premio era el proyecto de la escuela de Antonio.

Todos se sintieron alegres, pero también tristes; lo de tantas armas en el mundo y ahora en el espacio, era algo verdaderamente de miedo.

Entonces, tomó la palabra el Director de todas las escuelas y les dijo:

-El proyecto que ha ganado es muy bello, todos debemos apoyarlo. Debemos decirles a los padres de familia y al mundo en general, que formen asociaciones que luchen por la paz. Así de esta manera apoyaremos a la ONU. También les quiero decir que existe el Tratado de Tlatelolco, y que fue aprobado y firmado por muchos países, en la ciudad de México en 1967, allí se prohíben las armas nucleares en toda América Latina. Tratados como ese, deben aprobarse y firmarse en todo el mundo. ¡Que viva la Paz!, ¡Que viva!, -gritaron todos.

Desde entonces, todos los niños y niñas de esa ciudad saben del peligro de las armas en el mundo y luchan porque desaparezcan esas armas, así nos podremos sentar tranquilos bajo la sombra del árbol de la paz.

# Bibliografía


## Libros

*El Diccionario Visual: Dinosaurios*. (1996). Amereida, Chile: ABC Color de Asunción.

Gruy-Claude Agboton y otros. (1999). *Aves*. Milán, Italia.

Alarcón, Pedro Antonio. (1990). *La buenaventura en: Cuentos españoles*. Chile: Editorial Andrés Bello.

Alberti, Rafael. (2000). *Rafael Alberti para niños*. España: Gráficas Cofas.

Amaya Amador, Ramón. (2011). *Cipotes*. Honduras. Editorial "Ramón Amaya Amador.

Anónimo. (1989). *Simbad el marino*. Madrid: Ediciones Rialp, S.A.

Baum, L. Frank. (1990). *El ciclón en: El mago de oz*. Chile: Editorial Andrés Bello.

Cáceres Lara, Víctor. (1995). *Paludismo en: Cuentos completos*. Tegucigalpa: Ediciones Oscar Acosta.

Esquivel, Laura. (2008). Pastel Chabela en: Como agua para chocolate. México: Editorial Reclam.

Frank, Ana. (2006). *Diario de Ana Frank*. Chile: Pehuén Editores.

Mistral, Gabriela. (2004). *Ternura*. Chile: Editorial Universitaria.

Molina, Juan Ramón Molina. (1993). *Postal en:Tierras, mares y cielos*. Tegucigalpa. Editorial Universitaria.

Pfeiffer, Rubin. (1990). *Cuentos simpáticos*. Lincolnwood: Nacional Textbook Company.

Quiroga, Horacio. (1982). *La abeja haragana*. México: Editores Mexicanos Unidos.

Skármeta, Antonio. (1996). *El cartero de Neruda: Ardiente Paciencia*. Argentina: Editorial Sudamericana.

Sosa, Roberto. (1988). *Este volver a Honduras en: Honduras poesía escogida*. Tegucigalpa: Educa.

Swit, Jonathan. (2002). *Los viajes de Gulliver*. Brasil: Gráfica Melhoramomentos.

Valle, Rafael Heliodoro. (2004). *Lluvia de peces en julio en: Tierras de pan llevar*. Honduras: Fondo Editorial UPNFM.

Verne, Julio. (2001). *Viaje al Centro de la Tierra*. Tegucigalpa: Editorial Guaymuras.

Vilela, Luis Felipe. (1950). *La Rosa en: Antología poética de La Paz*. Bolivia: Editorial Universo.

Wilde, Oscar. (2007). *El príncipe feliz y otros cuentos*. Ecuador: Editorial Ecuador.

Zúñiga, Luis Andrés. (2003). *Fábulas*. Tegucigalpa: Editorial Guaymuras.

## Periódicos

Diario El Mundo. (28 de agosto del 2006). Plutón deja ser considerado planeta tras el acuerdo de la Comunidad Astronómica Internacional.

Diario La Prensa (15 de mayo de 2009). ¿Qué sucedió en la carretera?

Diario La Prensa (22 de diciembre de 2013). Adoro la tecnología pero…

Diario El Heraldo (7 de septiembre de 2013). El hombre de los caites.

## Revistas

Mendoza. B. *Calentamiento global y actividad solar* de 10 de octubre 2007. Volumen 8 Número 10. ISSN: 1067-6079, en http://www.revista.unam.mx/vol.8/num10/art75/oct_art75.pdf

**Libro de Lectura - Español**
**Sexto grado de Educación Básica**
d t do do or Se ret r de d
o d r - 2 7

# ESPAÑOL
# Libro de Lectura - Se to grado

## Augusto C. Coello
(1884-1941)

Nació en Tegucigalpa, Honduras, el 1 de septiembre de 1884. Nombrado en 1904, como Diputado al Congreso Nacional.

Su labor fue fecunda en el campo de la poesía, ensayo, historia y diplomacia. Autor del "Himno Nacional de Honduras" (1915) y en 1926, ejerció como Vocal Primero en la conformada Junta Directiva de la Sociedad de Geografía e Historia de Honduras, junto a notables personajes de ciencia.

También escribió los libros "El tratado de 1843 con los indios moscos" (1923) y "Canto a la bandera" (1934).

**Himno Nacional de Honduras**

*Coro*
*Tu bandera, tu bandera, es un lampo de cielo*
*por un bloque, por un bloque, de nieve cruzado;*
*y se ven en su fondo sagrado*
*cinco estrellas de pálido azul;*
*en tu emblema, que un mar rumoroso*
*con sus ondas bravías escuda,*
*de un volcán, de un volcán, tras la cima desnuda*
*hay un astro, hay un astro, de nítida luz.*

*VII estrofa*
*Por guardar ese emblema divino*
*marcharemos, ¡oh patria!, a la muerte;*
*generosa será nuestra suerte*
*si morimos pensando en tu amor.*
*Defendiendo tu santa bandera,*
*y en sus pliegues gloriosos cubiertos,*
*serán muchos, Honduras, tus muertos,*
*¡pero todos caerán con honor!*

**República de Honduras**
**Secretaría de Educación**